

ROBERTO FONTANARROSA

**NADA
DEL OTRO
MUNDO**

Y OTROS CUENTOS

EDICIONES DE LA FLOR

Séptima edición: marzo de 1998
Diseño de tapa: *Roberto J. Kitroser*
Ilustración: *Juan Pablo González*.
Fotografía de contratapa: *Alberto A. Rossi*
© 1987 by Ediciones de la Flor S.R.L.
Gorriti 3695, 1172
Buenos Aires, Argentina
Impreso en la Argentina
Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723
ISBN: 950-515-115-2

ÍNDICE

[El gran hermano Oso](#)

[Informe de Beirut](#)

[La degradación de Utte Rummenigge](#)

[Edmundo "Chachín" Medina](#)

[La mayor desgracia](#)

[La reserva natural de Palma de Mallorca](#)

[La yacuaregazú](#)

[Vidas ejemplares](#)

[Iniciación](#)

[La tarde del viejo Macaroni](#)

[Un hecho curioso](#)

[Charlas con Zablinsky](#)

[Aforismos de Ernesto Esteban Etchenique](#)

[Un veterano de la Rueda Gigante](#)

[El récord de Lauven Vogelio](#)

[Los últimos vermicelli](#)

[Fotos viejas](#)

[Nada del otro mundo](#)

[El ocho era Moacyr](#)

[A propósito de la muerte de Marcos Salaberry](#)

["Rodajas de mí"](#)

[Choro común](#)

[Los especialistas](#)

[Una historia de tango](#)

[El cazador blanco](#)

[Mog y Npmw](#)

[El monito](#)

[19 de diciembre de 1971](#)

EL GRAN HERMANO OSO

Pero esa noche, al advertir que la vieja Mok ponía sobre el fuego uno de sus mejores guantes de pesca en lugar del muslo de caribú, Cheena pensó que ya había llegado el momento de llevar a la anciana al Gran Hermano Oso.

Mok ya estaba muy crecida. Cheena no podía calcular cuánto tiempo llevaba de vida, pero bien podía ser anterior a la invención del trineo, incluso previa al descubrimiento del perro.

A la mañana siguiente, Cheena, el pescador, se lo dijo a Kidok, su mujer, hija de Mok. Kidok no dijo nada. Se limitó a menear lentamente la cabeza hacia ambos lados, en ese habitual movimiento suyo que tanto le recordaba a Cheena a las focas. Luego, la mujer se acercó al iglú y estrelló contra él varias veces su frente. Fue la única manifestación de contrariedad que realizó Kidok, pero apenó a Cheena. Después de todo, él había puesto su mayor empeño en construir ese iglú.

A lo largo de ese día, Cheena no pudo dejar de pensar en el asunto. La vieja Mok ya casi había perdido la vista y eran muchas las ocasiones en que insistía en encasquetarse una bota en la cabeza porfiando que se trataba de un gorro. Había perdido todos los dientes y Kidok debía masticar largamente cada bocado antes de pasarlo a la boca de su madre para que ésta pudiera deglutirlo. Incluso Kidok repetía este procedimiento con los líquidos, lo que a Cheena le parecía una exageración. Tres noches atrás, Cheena, Kidok y los 16 perros, habían estado masticando como rumiantes un duro trozo de garrón de foca antes de cedérselo a la vieja. Había sido duro hacer entender a cada uno de los cánidos que debían luego devolver el bocado. Las manos de Cheena quedaron casi despedazadas por los mordiscos, pero Kidok insistía en que era la única forma en que Mok pudiese comer algo sólido. Todo eso para que, finalmente, Mok rechazase el bocado aduciendo que prefería la parte de la pechuga.

Tiempo atrás, las manos de Mok habían sido diestras para trabajar sabiamente los huesos de morsa. Con ellos hacía pequeñas tallas que luego Cheena cambiaba en el almacén del viejo Ruesch por tabaco, golosinas, escalpelos de sílice, peines de nácar y aceite de hígado de bacalao que el pescador bebía con delectación. Pero, últimamente, las figuras escapadas de la imaginación de la anciana ya no eran aquellos estilizados bípedos, palmípedos y paralelípedos conocidos.

—¡Cómo está cambiando la fauna de la zona! —había dicho el viejo Ruesch contemplando una de las desafortunadas tallas, la última vez que Cheena fuera hasta el poblado. Aun así, las estatuillas nunca generaban indiferencia. Ese mismo día, Yolan, el trampero, tomó una de ellas y la pulverizó contra el suelo. Luego saltó repetidas veces sobre los pedazos hasta que, entre cuatro fornidos mineros, lograron inmovilizarlo cuando procuraba pegar fuego al almacén.

Mok alegaba que se había alejado del realismo, o bien que sus figuras reproducían perfiles de unos extraños animales que ella viera, muchísimo tiempo atrás, en las láminas de un libro que les dejara un explorador blanco. El libro era un grueso catálogo de máquinas de coser Singer. El explorador había pasado por el lugar preguntando por un lejano continente arenoso. Hablaba de otra fauna y de otra vegetación. Aquel libro fue muy importante en la vida de la familia Cheena, ya que lo fueron comiendo página a página y sus tapas de cuerina habían deleitado a Kidok.

La noche anterior al comienzo de la época de caza de la larva de mosca de caribú, Cheena se lo dijo a Mok. O bien, no se lo dijo con todas las palabras, pero la vieja, pese a sus años, entendió.

—Mok —había dicho Cheena—. Vamos a emprender un largo viaje. Y Mok comenzó a cubrirse con su tapado.

—No guardes pescado para ella —dijo luego Cheena a Kidok, y pudo advertir en los ojos opacos de la vieja un destello de comprensión. Después de todo, era la ley del Ártico y nadie podría escapar al llamado del Espíritu de la Ausencia Justificada. La pobre Mok ya no producía nada útil, y lejos estaban los días en que obtenía aceite de ballena con el solo recurso de exprimirlos. Ahora sus brazos eran débiles y flaccidos mientras procuraba calzarse el sacón que llevaría ante el Gran Hermano Oso.

Cheena, al verla resignada, sintió el ramalazo de la pena. Recordaba aquella vez en que había estado enfermo y Mok fue la más consecuente y cariñosa en su cuidado. Cheena nunca pudo explicarse cómo aquello pudo pasarle a él, un esquimal, pero lo cierto fue que, en esa

oportunidad, había sufrido un enfriamiento por salir desabrigado. Lo sorprendió la oscuridad lejos del iglú, ensimismado en el seguimiento de los rastros de un glotón rojo, también llamado "piojo de las isobaras". Cuando cayó en la cuenta de su distracción, casi era noche cerrada. Buscó el rumbo de retorno confiando en el instinto de sus perros, pero dos horas después comprendió que habían estado girando en círculos, concéntricos y cada vez más pequeños. Entendió entonces que, dado que era la hora de dormir, sus perros habían comenzado a dar vueltas y más vueltas en el mismo sitio. Casi no tuvo tiempo de reprocharles. El Espíritu del Frío le hizo perder el conocimiento. Fue su hijo Pipaliluk quien lo rescató y Mok quien le prodigó los mejores cuidados. Le pegaba brutales golpes en la espalda con un besugo para espantar la fiebre y luego le orinaba en la nuca para refrescarlo. También le había punzado la vejiga con una espina de salmón para permitir que escaparan los dioses del Mal y lo había alimentado con vísceras crudas de zorro y bosta de ciervo durante noches enteras.

Cheena sabía que debía su vida a la vieja Mok, por lo que había hecho ella en aquella oportunidad. No había un médico en continentes a la redonda y los hombres de piel clara preferían no acercarse al iglú de Cheena dada la costumbre de éste de ofrecer su mujer a los visitantes. Cheena no lograba explicarse cómo los blancos desechaban su gentileza, privándose de los encantos de Kidok, quien llegaba a untarse el cuerpo con grasa de oso para satisfacerlos. Incluso hubo uno, tiempo atrás, que no aceptó a Kidok, pero, para no ofender a Cheena, accedió a pasar la noche con uno de los perros.

—La vieja Mok ya no es una ayuda —pensaba Cheena caminando junto a la anciana por la inmensidad helada, rumbo al Océano Glacial. —No puede trabajar, sus ojos no diferencian al oso de la corneja y debemos perder tiempo en hacer ropas para ella. ¡Y esa manía suya por las faldas largas! Además, por menos que coma la pobre vieja, la comida no sobra.

Nunca había sobrado la comida en el iglú de Cheena. El pescador, incluso, había llegado a intentar una nueva forma de nutrición. Quiso, tiempo atrás, comer hielo. Había discutido con Kidok esa posibilidad. Sostuvo que, de lograr alimentos con el hielo, aun fríos, la sustentación de los pueblos esquimales estaba asegurada. Pero cuando ponía los gruesos trozos de hielo sobre el fuego, para cocinarlos, éstos se tornaban en agua. Mucho tiempo estuvo Cheena herido por aquel fracaso.

—Mok necesitaba mucho calor para calentar su cuerpo ya sin grasa —seguía meditando Cheena, en tanto caminaba con la vieja, —y no hay sebo para tanto fuego.

Para Cheena y los más jóvenes el problema del frío, dentro del iglú, no era grave. Los 16 perros dormían adentro y, a veces, aquello se caldeaba a límites intolerables. Era fastidioso cuando los perros, nostálgicos de sus ancestros, rompían a aullar a coro en medio de la noche, pero el desvelo era preferible al congelamiento de los miembros, propios o de la familia. Cuando llegaron a un pequeño promontorio rocoso, Mok, sin decir una sola palabra, se sentó sobre él y se arrebujó en sus ropas. Cheena le ayudó a acomodarse el cuello levantado y luego, sin decir nada, dejó a la vieja esperando la llegada del Gran Hermano Oso.

Esa noche comieron en silencio. Sin que nadie lo mencionase, era notorio que todos estaban pensando en la vieja Mok, esperando al Gran Hermano Oso en la inmensidad oscura y gélida. Tal vez, por aquellos momentos, la anciana ya no estuviese viva. Incluso extrañaban los relatos que Mok solía urdir en las noches, tras la comida, antes de que conciliasen el sueño. Aunque, en los últimos tiempos, la memoria de la anciana no era de las mejores y sus cuentos solían ser confusos y enrevesados. Una de las últimas noches, Mok había hablado sobre un lejano rey de una comarca cálida, que desposaba a una joven morsa blanca y luego ambos se marchaban a vivir a Paraguay. Ahí la pareja visitaba unas inmensas pirámides donde vivían tres pequeños cerdos, dos de ellos príncipes imperiales y el tercero, procurador público. En ese punto, la pobre Mok se había confundido afirmando que el rey era un lapón perverso que anhelaba conquistar el corazón de uno de los puercos y que la morsa blanca no era otra que su propio abuelo Siorakidsok, un esquimal que Cheena alcanzara a conocer pues todos los años llegaba a la región encofrado en los eternos cristales de un iceberg, para la época del deshielo.

Cuando la vieja Mok arremetía con esos relatos, se iban a dormir con las mentes atormentadas y había perros que llegaban a salir del iglú, buscando refrescar sus primarios cerebros en el frío de afuera.

Pasaron dos días y nadie habló más del asunto. Pero al tercer día, Cheena volvió de la pesca y halló a Mok dentro del iglú, sentada sobre un petrel, con expresión culposa.

—No vino el oso —dijo la vieja.

—¿Cómo no vino? —se asombró Cheena, con un atisbo de enojo en su voz.

—No. Lo estuve esperando pero el Gran Hermano Oso no vino.

—¿Se quedó usted sentada en donde yo la dejé?

—Allí me quedé dos días con sus lunas. Sin moverme. Sólo se acercó un crustáceo que me comió parte de una bota pero luego se marchó.

—¡Debió usted quedarse a esperar al Gran Hermano Oso! —se ofuscó Cheena—. ¡El Gran Hermano Oso no tiene por qué acudir de inmediato! ¡Él está ocupado en sus cosas, pescando, cazando, comiendo por la estepa, haciendo sus necesidades, cuidando sus oseznos! ¡No se puede pretender que acuda tan rápido como uno lo desea!

—No vino —se encogió de hombros la anciana. —Estará en la época de apareamiento —farfulló Cheena. —Que no pretenda nada conmigo porque...

—¡Debe usted volver allí de inmediato! —indicó el pescador.

—¡No quiero pasar otra noche allí!

Cheena sintió que perdía la paciencia. Tomó a la vieja de un brazo y la condujo fuera del iglú.

—Debe tener un poco de paciencia —suavizó el tono de su voz, Cheena. Le daba pena advertir la débil resistencia que oponía la anciana a su empuje. —Es una lástima que no tengamos ahora el libro del explorador blanco, aquel que fuimos comiendo hoja a hoja. Mok hubiese podido observarlo hasta que el Gran Hermano Oso llegara.

—Cheena no debe afligirse —dijo la vieja —Mok cuenta sus dedos y así pasa el tiempo.

Llegaron a la roca. Mok se sentó en ella con cierta resignación y Cheena volvió al iglú.

Tres días después, poco antes del comienzo de la pesca de la vaca marina, Cheena entró en su iglú buscando un banco de madera, un pedernal, un arpón, algo con qué pegarle a los perros y encontró a Mok, sentada frente al fuego. Mok dijo que el Gran Hermano Oso no había ni siquiera aparecido. Que ni siquiera se había dignado hacerle oír su bronco bramido. Que ella no estaba dispuesta a seguir alimentándose con líquenes, bayas y musgo, sentada como una imbécil sobre una piedra en medio de la soledad ártica esperando a esa bestia y que estaba cansada.

Cheena la reprochó duramente. Le recordó la ley esquimal, su falta de colaboración y su inutilidad como ser humano. Y sin brindarle más argumentos la despachó de nuevo hacia su puesto de espera solitaria, ahora sin acompañarla.

Esta vez la anciana no volvió.

Pasado cierto tiempo, Cheena dirigió sus pasos hacia la región donde había dejado a Mok. No había querido volver, antes, sobre esa zona, pero, en definitiva, la curiosidad propia del lapón lo llevó hasta allí. Encontró la roca, pero no a Mok, ni restos de ella. Había abundantes huellas de oso en torno al promontorio, pero él apenas si pudo hallar, tras largo tiempo escarbando con un anzuelo, una tira de cuero reseco que Mok solía lucir ciñéndole una rodilla. Luego encontró las huellas propias de un cuerpo que ha sido arrastrado sobre la nieve. Sin duda el Gran Hermano Oso, tras el zarpazo mortal, se había llevado a Mok hacia su osera, para compartir el alimento, rodeado del cariño de los suyos.

Cheena siguió el rastro un poco más, como para estar seguro del final de la historia, pero no tanto como para arriesgarse a un desagradable encuentro con el enorme oso plantigrado. Fue allí que vio el bulto sobre la nieve, casi cien varas más allá. Al principio pensó que se trataba de un solo cuerpo pero, al acercarse, comprendió que eran dos. Corrió presuroso y pudo ver a la vieja Mok, con un afilado hueso de narval en la mano, desollando prolijamente los restos de un oso polar.

—Toma, Cheena —dijo Mok, casi sin mirarlo. Y le arrojó un pesado muslo del animal —no es la mejor carne que he comido. Pero es carne. —Cheena la miró en silencio.

—En estos días me alimenté con las entrañas —continuó la anciana, cortando con mano diestra la grasa que recubría las paredes del estómago del oso. —Pero aún queda mucho. Tenía hambre. La espera da hambre.

—¿Cómo hizo Mok para dar muerte al Gran Hermano Oso? —preguntó Cheena.

—Era un oso muy viejo. Apareció cerca de mí escoltado por otros dos osos jóvenes. Casi lo empujaban. Lo dejaron solo y cuando comenzó a caminar hacia mí, cayó muerto. Creo que su corazón no resistió.

Cheena aprobó con la cabeza. Luego ayudó a la vieja Mok a poner los trozos del oso en un morral y finalmente, ambos, volvieron lentamente hacia el iglú.

INFORME DE BEIRUT

Circular en taxi por Beirut es muy peligroso. Pero no queda otra forma. Los ómnibus interurbanos ya no se arriesgan a ser blanco de los disparos y, por otra parte, la Osmubal, la fuerte empresa maronita que nuclea la mayoría de las unidades de transporte, se ha declarado en huelga ante el mal estado de las calles, perforadas por los cráteres de los obuses.

Casi todos los taxistas son sunitas confesionales. Han sido, poco tiempo atrás, camelleros. Para colmo, los francotiradores de las diversas fracciones procuran acertar en los vehículos; es frecuente estrellarse contra las barricadas y, por si esto fuera poco, los conductores tratan de pasearlo a uno por toda la ciudad para cobrar más el recorrido. Me doy cuenta de ello cuando nos topamos, por tercera vez, frente al mismo oficial rubio de uniforme camuflado que nos hace bajar apuntándonos con una bazuca antiaérea Blow Pipe, inglesa.

—Los drusos de Chafic Bikfaya se niegan a dejar Beirut —me diría luego el imán Mussa Bechir, en su confortable sótano blindado del barrio cristiano de la Bekaa—. Han recibido dinero de Khomeini y de los coptos para marcharse a Londres y montar allí una lavandería. Pero la niebla los repele como el agua al aceite.

El oficial rubio y unos ocho soldados comienzan a golpearlos con las culatas de sus armas, como ya lo hicieran en las dos ocasiones anteriores. Pero esta vez también nos dan puntapiés, nos escupen, nos propinan algún bayonetazo y la emprenden con el coche. Finalmente, tras indicarnos que nos apartemos, el oficial arroja una granada incendiaria de fósforo blanco dentro del viejo Plymouth, que estalla envuelto en llamas. Luego, revisan nuestros papeles y nos dejan marchar.

—Son las Fuerzas de Paz de la ONU — me cuenta Maurice Boisson, al día siguiente, sentados ambos en lo que queda del café "La Boiserie".— No será mucho el tiempo que estarán por acá. Francia los ha enviado por un simple acuerdo protocolar con Reagan. Los paracaidistas vienen a Beirut y jóvenes estudiantes californianos aceptan recibir en sus casas a estudiantes de Bayeux. A nuestros paracaidistas no les gusta esto. Hace calor y no tienen con quién hablar.

Dos días después encontraré una patrulla de ellos haciendo cola para entrar a un cine donde ponen una película americana. Se los ve cansados y de mal humor. Es notorio que aguardan la orden de retirarse pues todos llevan colocados sus paracaídas. Más de uno encontrará, entonces, dificultades para sentarse con comodidad en los asientos del cine y abandonará la sala antes de que la película (una de Robert Redford) finalice. Otros, como parejas de novios adolescentes, optarán por ver el film arriba, en el primer piso, y desde allí se arrojarán con sus paracaídas sobre la platea baja. Pienso con pena en las pasadas glorias de ese cuerpo, traicionado en Indochina por nuestros pensadores pseudo-comunistas.

Asha Hama Mechref es una mujer alauita ya no tan joven, alistada en la falange del Cedro Azul. En tanto vocea su mercadería (muñequitos para colgar de los espejos retrovisores en los automóviles checos) en una demolida esquina del barrio palestino del Baadbad, procura explicarme la situación.

—Es entendible el desconcierto de los aerotransportados franceses. Se han preparado por años para ser transportados por avión. Y aquí los trajeron en tren.

La fresca brisa que llega del Mediterráneo nos trae el aroma fuerte a iodo madrepora y cardumen, como así también el dulzón perfume a las rosetas de maíz que acostumbran fritar los marines del acorazado "Minnesota", apostado frente a Beirut, mar afuera, lejos del alcance de nuestra vista. Estando allí, en la terraza de "La Boiserie", sobre la amplia avenida Nakoura en el distrito dominado por la falange Kataeb, junto a Maurice, sorbiendo un aperitivo chipriota a base de cizaña, uno no puede menos que recordar aquel Beirut soberbio y despreocupado de una década atrás, cuando la bonanza y el despilfarro ocultaban, a algunos ojos necios, la turbulencia que se avecinaba.

—La caída del precio del petróleo y la falda corta, tuvieron mucho que ver —sintetiza Maurice. A Boisson lo conozco desde los duros tiempos de Argelia (fue uno de los pocos que desobedeció el llamado de De Gaulle a merendar). Él cubría la información para la France Presse y perdió su mano derecha al hacer explosión una carga de dinamita que activistas de la resistencia ocultaron en su máquina de escribir. Aún recuerdo que era una Erika, de origen

alemán, que voló en mil pedazos junto con los dedos de Maurice, cuando éste presionó la tecla del signo de admiración. Boisson es un cronista que gusta del sensacionalismo y los argelinos de Ben Bella lo sabían (presumo que los "pieds noirs" de Raoul Salan, también).

—La lucha se ha centrado en los grandes hoteles —le digo a Maurice en tanto el mozo, un maronita de piel aceitunada, nos sirve cordero con coles— ¿Por qué crees tú que los sirios no han intentado aún ocupar el Place des Canons Hilton?

—Está en una colina de difícil acceso. Una sola ametralladora pesada puede dominar un ataque. Y sus duchas son pésimas. Cuando hay poca presión, como hoy, el agua no llega hasta allá arriba. No creo que a los jerarcas del Kremlin les interese un lugar como ése.

—Sin embargo —le corrijo— Walid Jumblatt podría estar interesado en ese hotel para ofertárselo a los integracionistas laicos. En ese hotel puede instalarse, desde una base de misiles SS 21 hasta un casino, pasando por un sauna.

Boisson no alcanza a contestarme. Un cohete Katiuska, de los que los iraníes venden al menudeo a la salida de los cines los sábados por la noche, estalla sobre una mesa vecina. Una lluvia de cascotes, maderas encendidas, arvejas incandescentes, carne humana y ovina y tenedores retorcidos cae sobre nosotros. Nuestro mozo, el maronita, maldice en voz baja. Ha perdido su propina y el cobro de la adición.

—Ahí lo tienes —me dice Maurice— Los iraníes venden los cohetes Katiuska a los hezbollahs e integracionistas de Trípoli. Pero se los venden en consignación. Aquellos cohetes que los integracionistas no disparan los regresan a los iraníes y éstos los vuelven a colocar en el Mercado Común Europeo. Un buen negocio.

Muy cerca nuestro, jóvenes de la falange Kataeb y tropas livianas palestinas luchan encarnizadamente por una mesa. Es cierto que son las siete de la tarde y a esa hora es difícil conseguir turno en "La Boiserie", pero no es fácil entender, para un occidental, un combate tan duro. También hay civiles esperando por la mesa, pero optan por marcharse. Están acostumbrados a tales atropellos.

Los componentes falangistas son muchachos apenas salidos de la infancia, provenientes de los suburbios de Damour, delgados adolescentes de los barrios bajos de la zona Este de Beirut, y algunos egresados de las academias Pitman de Saida, desalentados por lo dificultoso de los exámenes finales. Han ido tomando uniformes quitados al desarticulado ejército libanes, pero aún muchos visten con lo que encuentran. Hay uno con sombrero texano, camisa militar, jeans y zapatillas. Otro con sombrero Panamá, saco de felpilla color mostaza cruzado por los cargadores de su fusil de asalto Kalachnikov (de los nuevos, con culata plegadiza) y pantalones de sarga. Veo uno, incluso, de gruesos bigotes, con vestido de tul calado, muy suelto, algo tomado en la cintura, color salmón suave. Lleva una AK 47 (el modelo chino de la Kalachnikov) y los hombros descubiertos.

Los mozos se han atrincherado tras el mostrador, están armados con pistolas ametralladoras FM K 3 con linterna láser, compradas a los restos del ejército del Sha.

—Esas armas se compran en Latakia por *containers* cerrados —me informa Hafez el Taoune, cajero administrativo del Banco de Sangre de Beirut, uno de los tantos empleados burocráticos a quienes la creencia musulmana les ha hecho rechazar todo uso de tinta estilográfica azul en sus lapiceras— Se venden a muy bajo precio y usted recibe el *container* una semana después en el puerto de Sidón. Es una transacción barata, pero en el *container* puede venir cualquier cosa. Se cuenta que Suleimán Jedid compró dos para la milicia drusa. Uno venía lleno de tapices de baja calidad. El otro traía una bazuca de la segunda guerra, cojines inflables y una familia de vietnamitas, miembros de los "boat-people", que no encontraban dónde vivir.

Los jóvenes de la falange Kataeb reclaman un puerco a la pimienta pedido, según ellos, hace más de dos horas. Disparan con una tanqueta francesa AMX 13 pintada de rosa, olvidada por el contingente de paz egipcio, contra la puerta del baño de damas.

El comandante Axnín Keffieh es un copto confesional, militar de carrera, que ha dado un año de franco a sus tropas hasta que la situación se clarifique.

—Una sola salva del "Minnesota", con sus cañones de 420 milímetros, bastaría para terminar con todo esto —me dice. Y es verdad, nadie entiende a ciencia cierta, el ridículo papel que juega el formidable acorazado, vigilante en mar abierto desde hace tres años, frente a Beirut. Un rumor echa algo de luz sobre su sorprendente pasividad.

—El "Minnesota" tiene un error estructural —me confía John S. desertor de la flota estadounidense, de la que ha escapado hurtándose un destroyer de 23.000 toneladas.— Su casco no ha sido diseñado para soportar las ondas sonoras formidables que se producen al

disparar su artillería. La quilla está rajada, muestra un rumbo de unos quince metros. Cada cañonazo la aumenta en cuatro centímetros.

John S. ha conseguido trabajo, ahora, en la zona mahometana, como muezzin. Es uno de los sacerdotes que, día a día, a la hora de la oración, eleva sus cánticos litúrgicos desde lo alto de los minaretes. Pero John S. lo hace en estilo "country". El día que el almirante Patrick L. Newport descubra la falta del destroyer, John S. se las podrá ver feas.

—Acá hay un problema que va más allá de lo político —se queja Sharon Naún Najenson, agregado de la embajada israelí en Atenas y que se salvara de la masacre de Munich porque, él, ese día, estaba en Lima y jamás practicó ningún deporte.— Y es la presión que ejerce sobre el presidente Reagan la empresa "Rent-a-Car", de alquiler de coches. En Beirut han rentado unidades a grupos falangistas y éstos los usan como autos-bombas. Al último, un Ford Coronado nuevo, impecable, lo llenaron de trinitrotolueno y lo hicieron estallar contra un teatro de títeres de los "Camaradas de Saladino". A la agencia sólo le devolvieron el picaporte de una de las puertas de atrás y un trozo de poliuretano, que ellos pensaron pertenecía a una de las butacas, pero resultó ser la mejilla de un títere. Los de "Rent-a-Car" están desesperados porque los grupos confesionales coptos prosiguen alquilándoles coches y la agencia no tiene demasiados argumentos para negarse. Debemos seguir esperando que el ejército libanés se recomponga y tome las riendas de la situación.

Pero esto último no parece muy sencillo. Con las sempiternas dudas de Dany Bigeard, abandonados del apoyo logístico americano, con el comandante Fuad Acrafteli en cama con gripe, el otrora eficaz ejército del Líbano, es hoy tan sólo un conjunto de voluntades dispersas al que no le quedan sino dos brigadas eficientes: la séptima, al mando del general Ibrahim Nabih, que mantuvo durante dos semanas bajo fuego enemigo la fortificación portuaria de Souk el Gharb; y la tercera, que mantuvo durante una semana al tope del record de ventas americano el tema "Tú eres la luna de Medio Oriente", grabado por el coró de una de sus mejores compañías.

Quizás sólo reste esperar que Gemayel recomponga su gobierno, de por sí precario, y fortalezca sus alianzas con los encrespados chiitas o, al menos, con las fracciones disidentes cristianas que ya no lo incluyen en sus plegarias. Parece más difícil el arreglo con los sectores drusos que no le perdonan la matanza de ovejas cometida por las tribus kurdas al mando de Fakheredín Akkar en las laderas del monte Juniye, en 1522.

—Me han dicho que el Santo Padre está visitando el acorazado "Minnesota", donde procura terminar con la tradicional rivalidad entre marines y artilleros. ¿Cree usted que el Vaticano enviará tropas?

La pregunta de la anciana confesional maronita es, apenas, una más de las tantas que nos formulamos, día a día, los que estamos inmersos en la conflictiva realidad libanesa. Pero no puedo detenerme a meditarla, un camionero jordano se ha ofrecido a llevarme mañana hasta el zoco de Merj Uyún, donde los brigadistas coptos anuncian una conferencia de prensa seguida por un baile de disfraz.

LA DEGRADACIÓN DE UTTE RUMMENIGGE

Hamburgo, 1937. Un coche negro y pesado, bruñido como un escarabajo se desplaza en la noche por la zona portuaria. Llovizna. Al volante de la limousine se halla un chofer de aspecto severo e impecable librea. En el asiento de atrás va una dama. Es una mujer de increíble belleza pese a que ya no es joven. Puede tener unos cuarenta años, pero su rostro oval no registra mayores huellas del paso del tiempo. Un rictus amargo crispa sus labios carmesí. Sus ojos, sus profundos y hermosos ojos grises atisban inquietos por entre los visillos que ocultan el interior del coche a la vista de los transeúntes. Parece una vana medida de discreción, sin embargo. A esa hora de la noche, casi la una de la fría madrugada, no se ve a nadie por las callejuelas del puerto. Cada tanto, la dama debe apelar al pañuelo de fina seda que oprimen con angustia sus manos para enjugar el llanto. Llora. Llora bastante. No por eso deja de espiar al exterior, inquieta. ¿Quién es ella? ¿Qué buscan en el misterio de la noche sus bellos ojos?

La dama no es otra que Utte Rummenigge, esposa del científico Harold Schiller, respetado y famoso hombre de ciencia abocado, sin pausa ni descanso desde hace ya muchos años, al perfeccionamiento del gas de mostaza, el mortal veneno que había diezclado las trincheras en la primera guerra. Otra conflagración a nivel ecuménico puede estallar en cualquier momento. ¿Qué enigmático anhelo impulsa a Utte Rummenigge en esa loca búsqueda por el puerto de Hamburgo? Enfundada en su mórbido tapado de piel, la mujer no parece conocer el sosiego. De pronto, sus ojos detectan algo, habla brevemente a su chofer, éste detiene la lenta marcha del coche pero, de inmediato, recibe la orden de continuar.

Ahora ella da la impresión de caer presa del abatimiento. Solloza acongojada y sus finas uñas arañan el lustroso tapizado del asiento. Sin embargo se recompone y torna a su vigilancia. De repente, algo parece haber visto.

—Lothar —dice tan sólo, imperativa. El auto se detiene, con un quejido. Un quejido de algo, o de alguien, que ha estado a punto de atropellar.

Decidida, Utte Rummenigge abre la portezuela de la limousine, se arrebuja aún más en su abrigo y desciende del coche. Bajo el cono de luz amarillenta de los faros del auto yace un montón de trapos mugrientos y en desorden. Emanan una fetidez que sobrecoge a la mujer. Contempla con curiosidad y repugnancia aquel bulto extraño, esperando, quizás, un rasgo vital, un movimiento. Pero, pronto, se desalienta y torna sobre sus pasos. En aquel preciso instante, de nuevo el quejido se deja oír en la desolación de la calle. Utte se arrodilla junto al irreconocible promontorio y logra ver, entre las telas nauseabundas, una mano.

—Lothar —ordena. El chofer baja del auto y, sin un gesto, levanta del suelo el guiñapo humano, desecho social que hiede a alcohol, cereal fermentado, orinas y excremento. Casi con desdén lo arroja dentro del coche, en el asiento trasero. Después, frotándose los guantes, vuelve a su puesto tras el volante. Utte, luego de mirar hacia todos lados como temerosa de haber sido descubierta, entra también en la limousine. Pero nadie ha advertido la rápida maniobra.

—Lothar —dice Utte. Y el coche emprende la mareha.

Hace ya más de dos horas que la limousine enhebra caprichosas vueltas por las callejas portuarias como procurando desconcertar a algún posible perseguidor. La misma Utte, de tanto en tanto, descorre la cortina de la luneta posterior para cerciorarse de no ser vigilada. Se la nota menos tensa, pero en su sugestivo rostro se ha aposentado ahora el inequívoco gesto de la repulsión. Observa ese despojo miserable que yace junto a ella en el asiento trasero y debe contener una arcada. Doblado sobre sí mismo, con la frente descansando sobre sus rodillas, el hombre, casi un anciano, apesta. Su aliento es el infernal hálito de quien ha comido desperdicios durante siglos, y el vaho que huye de esa boca prácticamente oculta por la barba, empaña los vidrios de la limousine.

Por lo que alcanza a ver Utte, entre los pelos de la desgreñada barba hay restos de brea, algas marinas, sangre seca, algo parecido a una melaza y rastros de salchichón. El hombre respira dificultosamente exhalando una suerte de ronquido animal. Esto alarma a Utte.

—Lothar —pide. El chofer se vuelve hacia aquella escoria humana, la contempla y musita: "Está borracho".

Esto tranquiliza a Utte. Como confirmando la aseveración del chofer, el hombre levanta lentamente su cabeza, cubierta a medias por una gorra de cuero raída por el uso. No es tan viejo como parece, pero es imposible hacer una evaluación atinada de su edad. La vista de Utte se abisma, más que nada, en las lagañas que pueblan sus ojos y la mucosidad verdosa que mana de su nariz pegoteando el bigote tupido. Ahora, el hombre observa a Utte y una luz de esclarecimiento parece cruzar por sus pupilas acuosas. De pronto se inclina, tensa los músculos de su cuello y, cuando parece que va a decir algo, despidе por el ano una ventosidad de un estruendo y un olor espantosos. Utte se cubre el rostro con ambas manos, como queriendo borrar de su memoria aquel gesto de inusual grosería. Cuando quita las manos de su cara hay en ella una expresión de resignada determinación. El oprobioso sonido de la ventosidad, similar al que produce la vela de un bajel al rasgarse ante el meteoro de la tempestad, ha despejado algo la mente del miserable. Procura, entonces, barbotear algunas palabras inquisidoras. Es notorio que su torturado cerebro intenta dilucidar las razones por las cuales él se halla a bordo de ese lujoso coche.

—¿Dónde estoy? —alcanza a decir, baboseándose— ¿Qué quieren de mí? Utte sólo lo mira, asqueada.

—¿Es que pretenden robarme? —insiste, apretando sus puños cubiertos de hollín sobre las deshilachadas solapas de su sacón. Tras el esfuerzo de pronunciar estas palabras, eructa y vuelve a caer su cabeza, como un títere al que le cortasen los hilos, sobre las rodillas.

—Lothar —dice Utte. Y Lothar asiente, sin una palabra.

La limousine se ha detenido en una sórdida calleja casi a oscuras. Sólo una luz, a media cuadra, ilumina con egoísmo un cartel de latón herrumbrado donde, con buena voluntad, puede leerse: "Hotel de las Tres Jirafas". Lo equívoco del nombre no parece arredrar a Lothar, quien entra con paso decidido en el ruinoso edificio. Poco después sale, comenta algo con su ama a través de la ventanilla del coche y, por último, abre la puerta trasera. Utte cruza en dos largos pasos la estrecha vereda y penetra en el hotel. Se ha cubierto la cabeza con un gorro de piel y sus ojos enrojecidos se ocultan tras un par de anteojos negros. Además, cubre casi por completo su rostro con el levantado cuello de su tapado. No puede evitar, pese a su actitud decidida, estremecerse ante la ruindad y sordidez del lugar. Tras ella, llega Lothar, cargando con el pordiosero. Debe sostenerlo trabajosamente ante el precario equilibrio del sujeto, que se muestra encorvado como un deforme.

Utte procura no prestar atención a la mujer que ha aparecido en el minúsculo vestíbulo que hace las veces de recepción. No es necesario su desdén, sin embargo. La dueña de aquel miserable alojamiento, una tan voluminosa como desagradable hamburguesa entrada en años, es ya inmune a todo tipo de asombros, desde aquel día de 1927, cuando el mismísimo Hindenburg, ataviado al uso nibelungo, le solicitara una cama para compartir con un pingüino antártico.

Utte sube las escaleras de madera que crujen escandalosamente. Lo propio hacen Lothar y el desconocido, no sin esfuerzo. Finalmente llegan a la habitación asignada. Es de una pobreza y una lobrete que estruja el corazón. Lothar arroja al exánime sujeto sobre la cama y espera. Utte está apoyada contra una de las paredes empapeladas en rosa sucio. La luz es muy débil. Utte observa humedad en los tiznados pantalones del borracho. Se ha orinado. O lo que es peor, se está orinando. La mujer aprieta los labios y hace a su chofer un gesto con la cabeza. El chofer le extiende la llave de la habitación y se marcha cerrando con cuidado la puerta.

Han pasado ya casi quince minutos y Utte continúa apoyada en la pared. Las lágrimas resbalan por su mejillas marmóreas. El borracho, tendido en forma cruzada sobre la estrecha cama, ronca con estruendo incalificable. Así, cuan largo es, los embarrados zapatones rústicos casi rozando el piso de madera opaca, no parece tan enjuto y encorvado. "Es más... —acuerda Utte—... es casi corpulento", conclusión que provoca en la mujer un estremecimiento de rechazo.

Utte parece decidirse. Lentamente, comienza a despojarse de las ropas. Se quita el tapado, el gorro de piel y arroja después el sedoso pañuelo que abrigaba su cuello sobre una silla. Luego, como en un ritual pagano, con lentitud casi exagerada, desabrocha su vestido y se lo saca. Después se desembaraza de la enagua y el corsé negro. Ante la evidencia de su próxima desnudez, el llanto vuelve a acosarla. Destruída, se sienta en la cama y solloza oprimiéndose el

rostro. Pero, pronto se recompone. Se pone de pie y se acerca al desconocido. Lo sacude, primero delicadamente, luego con fiereza, por los hombros, hasta comprender que es inútil su esfuerzo. Utte ve, entonces, sobre la misma silla sobre la que había arrojado su pañuelo de seda, una jarra de cuarteadada loza. Contiene algo verdoso, móvil, similar a un líquido. Utte arroja aquello sobre la cara del miserable. Este salta en la cama como tocado por un rayo. Farfulla e insulta torpemente, asustado y luego se queda observando la maravillosa imagen de la mujer en ropa íntima que, a su vez, lo contempla. El olor que despidе el vagabundo retrotrae la memoria de Utte al desgraciado día en que había rescatado, a duras penas, su perro Gottlieb, que se había caído en una letrina de la Prenzlauer Strasse.

El hombre continúa con sus ojos clavados en Utte, jadeando. Al parecer, por fin, lúcido. Utte, despaciosa, torna a sentarse a los pies de la cama.

—¿Cuál es su nombre? —pregunta al desdichado. Este, tarda una eternidad en contestar. Da la impresión de que las órdenes emitidas por su obnubilado cerebro se demoran siglos en encontrar el camino hacia las cuerdas vocales.

—¿Mi nombre? —dice, al fin— Oh... ¡Cristo!... Utte se cubre los ojos con ambas manos.

—¡Oh no! ¡Oh no! —gime —¡Esto es demasiado! ¡Parece un castigo más del Destino! ¡Es un símbolo cruel que la Vida pone frente a mí para agobiarme aun más! ¡Ese nombre suena tan... tan... tan eucarístico, tan litúrgico! —ahora clava su mirada en el sujeto— ¡Hubiese preferido que se llamase de cualquier otra forma, "Pedro" quizás, o bien "José", o "Judas Iscariote", "Atila", "Palas Atenea" incluso... ¡Pero no...! —frenética, Utte retoma al llanto. El miserable extiende una de sus manos hacia ella. Una mano enorme, áspera y terrosa como un tubérculo recién extraído.

—No, señora —tranquiliza.— Usted ha entendido mal. Mi nombre es...

—¿Cuál es su nombre? —exige, tonante, Utte.

—Mi nombre es soledad...

—¿Soledad? —ahora, la cara de Utte, su hermosa cara, adquiere una expresión confusa. ¿Pudo haber estado tan ciega? ¿Pudieron haber estado, tanto ella como Lothar, tan confundidos y asustados como para no reconocer bajo esos astrosos atuendos varoniles, las formas de una mujer? ¿Era posible que, bajo aquella barba enmarañada, se ocultasen los rasgos femeninos de una dama?

—Soledad... angustia... —continúa con voz cascada el hombre—... desesperación tal vez. Nervios. Y algo de frío. Está destemplado aquí.

—Yo sé que usted se preguntará... —comienza, de repente, Utte—... el porqué de todo esto. De haberlo subido a mi coche, de haberlo traído a este hotelucho de estar ahora, acá, juntos, sin casi conocernos.

El hombre, cruzando las manos entre sus muslos, realiza un gesto inclinando la cabeza que puede interpretarse como de asentimiento. Utte se pone de pie, gira en torno a la cama y crispera sus puños sobre el respaldo de la silla.

—O quizás... —se contradice— a usted no le interese... lo que voy a contarle. Es posible que usted piense que está, tan sólo, frente a una pobre loca, a una mujer a quien las privaciones de la gran guerra convirtieron en una demente, en una posesa.

El desconocido hace otro vaivén con su cabeza, posible de entenderse como negación, interés o sueño.

—Pero creo que si usted es el hombre elegido... —continúa Utte, mirando fijamente al piso, como en una letanía—... elegido no ya por mí, elegido por el Destino mismo, debe conocer las razones que me han empujado, fatalmente, a este arrebato... a este... acceso de venganza, o vergüenza... Ya no sé.

Utte bordea la silla hasta sentarse en ella.

—Amberes, 1916...—sitúa—... me caso con el eminente hombre de ciencia Harold Schiller. Un buen hombre. Educado, bondadoso, responsable. El hombre perfecto que toda madre quiere para su hija. Harold ya no era muy joven, pero lo mismo me atraían de él su solidez, su calma y, esencialmente, su genio. De todos modos —Utte sonríe, con amargura— todo me sale mal. Comenzó a reprocharme ciertas cosas. Él siempre fue algo distante conmigo, siempre enfrascado en sus fórmulas químicas, en sus probetas. Pero, sí, fue exigente. Gustaba de volver a casa y hallar el baño preparado, las camisas planchadas y la cena lista. Cuando encontraba todo a su gusto era justo y cordial, incluso a veces, me dirigía la palabra. Pero, comenzó a martirizarme con mi falta de habilidad culinaria. A decirme que no sabía ni freír un huevo, ni amasar un Apfelstrudel, ni hornear un sencillo "kranz". Y la verdad, lo admito, es que tenía razón. Yo había sido criada para desposarme con alguien de fortuna. Y el pobre Harold tenía

prestigio, pero poco dinero. No podía darse el lujo de pagar una cocinera para la casa. Me aconsejó, me exigió casi, que tomase un curso de cocina. Algo rápido, básico. Yo me anoté en uno, pero nunca tuve aplicación en los estudios. No hacía mis deberes y olvidaba con facilidad asombrosa las recetas más pueriles, como la de los panecillos de cebolla, que yo suponía que se hacían con espárragos. Fallé mis exámenes finales, pero para ocultar esto a los ojos severos de mi esposo, decidí preparar una cena consagratoria con mis propias manos. La mañana del día siguiente a tal cena fue espantosa y no se borrará de mi memoria mientras viva. Mi esposo fue atacado por una enfermedad eruptiva que lo mantuvo en cama, hinchado como un monstruo, durante dos meses. Mi hijo más grande perdió el sentido del oído, y con éste, el sentido del equilibrio, y hoy rebota por las calles girando como una peonza, sin saber quién es, sin saber qué hacer y lo que es peor, sin saber siquiera qué es una peonza. Su mujer murió. Mi hija menor perdió totalmente el pelo y hoy usa permanentemente una prótesis muy similar a un sombrero, que incluye frutas de plástico y hasta una garza disecada. A mí se me inflamó un ganglio en una axila, pero eso fue todo.

Utte calla por un momento, transpira y sus manos se retuercen la una a la otra.

—Todo me sale mal —susurra.— Mi desidia destruyó una familia. Cuando se recuperó, Harold no me dijo nada. Pero desde ese momento fue más frío y lejano que nunca conmigo. Y un mes atrás, me dijo que iríamos al teatro. Ofrecían "Parsifal" por el grupo de danzas del Cuarto Regimiento Aerotransportado de Stuttgart. Llegamos tarde al teatro y sólo quedaban entradas separadas. Desde ese día nunca más volvimos a estar juntos. Sé que ahora vive con una de sus jóvenes asistentes, una renana que le cocina los gases de mostaza como a él le gustan.

Utte aspira hondo un par de veces, conteniendo las lágrimas.

—Decidí entonces...—continúa—... que era indigna de esta vida. Dios me había dado lo suficiente para ser feliz. Un hogar bien constituido, un esposo afable, hijos maravillosos y por mi necedad, por mi impericia, lo había destruido todo, todo, todo. Decidí castigarme. Castigarme con la degradación más grande en la que puede caer mujer alguna. Decidí castigarme con algo que me hiciera maldecir mi piel por siempre jamás, que me hiciera blasfemar cada vez que rozara mi cuerpo con mis manos y vomitar de asco las veces en que recordara lo sucedido. Eso decidí.

El miserable parece haber comprendido. Se pone de pie, en tanto Utte, incorporándose, procede a desprenderse el corpino. El hombre, trabajosamente, se quita el sacón. Utte, pudorosa, opta por meterse bajo las rotos y manchadas colchas. Cuando vuelve sus ojos hacia el por-diosero, algo le hiela la sangre en las venas: en la mano derecha de éste reluce una navaja.

—¡Qué hace con eso...! —se espanta, cubriéndose instintivamente hasta el mentón con la frazada. El hombre la mira con ojos de locura. "Y... ¿por qué no?" piensa, entonces, Utte, dentro del pánico que le atenaza el pecho. "¿Por qué no, la posibilidad de toparme con un loco asesino, borracho demencial como tantos otros que andan por las callejas de mala muerte y abundan en las noticias de policía?". ¿Por qué no podía ser ese desconocido, a quien ella había recogido de la calle, un sádico criminal más dispuesto a cortarla en pedazos como una res que a colaborar con el cumplimiento del castigo autoestipulado? ¿No sería ése el verdadero castigo, el real castigo, el castigo divino que la Justicia superior había elegido para ella en lugar de tan sólo el oprobio, la repugnancia, la degradación sexual más despreciable e inmundada?

—¡Corta! —ordena, en un grito de horror Utte, cerrando los ojos, ofreciendo su mejilla y su cuello esbelto al filo del arma — ¡Corta de una buena vez!

—Es que no puedo —escucha balbucear al miserable. Abre sus ojos, entonces. El hombre está procurando cortar el cinto que sostiene, precariamente, sus pantalones— Encontré este trozo de cuero, lo ceñí a mi cintura... —explica—... mediante un nudo. Pero la lluvia mojó el cuero y se ha...— no termina de redondear la frase. Bufo, intentando tronchar el improvisado cinto. El esfuerzo lo hace despedir una pederrea prolongada. Utte oculta la cabeza entre las sábanas que huelen a humores agrios. Cuando vuelve a asomar la cabeza el miserable sostiene trabajosamente sus pantalones, tiene aún la navaja entre las manos y tose como atacado por una afección tropical. Una flema espesa le invade la garganta. Con los ojos enrojecidos, escupe una mucosidad efervescente que queda latiendo sobre el piso como un batracio. En un raptó de pudor busca los ojos de Utte y dice "Perdón, voy a pasar al baño".

Utte aprieta los dientes y luego concede: "Lo espero".

Estira la mano derecha y apaga la luz. Sólo impregna la habitación un hálito amarillento, reflejo del cartel del albergue, sobre la calle. Allí, en la semipenumbra, Utte escucha sordos ruidos provenientes del mínimo baño, pequeño como una ermita. Oye carraspeos, salivazos, arcadas y toses frenéticas. Una lágrima resbala por la sien izquierda de la mujer, quien mantiene

los ojos cerrados. Luego oye el crujido de la puerta del baño al abrirse, el chirriar del elástico de la cama al recibir un peso considerable, el respirar agitado del miserable. Finalmente, algo inmenso e insoportable se deposita sobre su cuerpo trémulo y desnudo.

Es la mañana siguiente. Temprano aún. Delgados y débiles rayos de sol intentan penetrar en la sordidez del cuarto por entre las estriás e irregularidades del vidrio de la ventana.

Utte se ha despertado. Siente un dolor que le recorre los músculos de su cuerpo, huele un tufo vergonzante a sexo en el aire enrarecido de la habitación y experimenta una vaga sensación de plenitud.

Lentamente, comienza a recobrar su raciocinio. Una bocanada de llanto le ataca entonces. Lo ha hecho. Lo ha cometido. Ha transpuesto las puertas mismas de la degradación. Mira el techo ruinoso con fijeza enfermiza. No quiere observar al cuerpo pesado que hunde, a su lado, el colchón de la cama.

Pero comprende que no puede quedarse ni un solo segundo más allí. No puede prolongar gratuitamente su escarnio, su calvario. Cuando procura levantarse advierte, casi con pánico, que un brazo de su ocasional acompañante la ciñe por sobre el vientre, impidiéndole el movimiento. Con cuidado, casi con repugnancia, toma ese brazo por la muñeca y comienza a apartarlo. Es cuando Utte fija su vista en el hombre. Emite un grito de sorpresa y se incorpora entre las desordenadas sábanas, intenta taparse con ellas, cubrir su desnudez.

El alarido de Utte ha despertado al hombre, que, ahora, la mira sorprendido también.

—¿Quién es usted? —los bellos ojos de Utte se agrandan en la requisitoria.

A su lado reposa un sujeto de no más de 25 años, fuerte y musculoso como un atleta, de piel bronceada y tersa, ojos celestes algo alarmados y sin rastros de barba o larga cabellera.

—Señora... —balbucea el muchacho, atribulado.— Por favor...

—¿Quién es usted? —insiste Utte, al borde del colapso nervioso. —¿Por dónde entró? ¿Dónde está el miserable que se hallaba conmigo anoche?

—Soy yo. Yo soy aquel hombre —replica el joven con voz serena y firme. Utte lo contempla con ojos de incredulidad, pasea su vista por los anchos hombros del joven, por la línea recta y pura de su nariz, por el dibujo grácil de su mentón varonil.

—Cuando fui al baño —comienza a relatar el muchacho —tras cortar mi cinturón de cuero con la navaja, lavé mi rostro y se disipó la borrachera.

Advertí, entonces, lo desagradable de mi aspecto. Me bañé aprisa, hasta quitar todo rastro de suciedad o impureza. Luego, aprovechando la navaja que aún portaba en mi mano, me rasuré con cuidado, para cortar luego mi cabello, que me asqueaba por lo grasoso y prolongado. Eso es todo, señora... señora...

—Utte. Utte —asesora ella, en un susurro. No logra salir de su asombro.

—Señora Utte.

—Pero... pero... —intenta explicarse Utte.— ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible entender que...?

—Se lo he contado, señora.

Utte niega con la cabeza.

—Entiendo —dice—. Puedo comprender su transformación física. El hecho casi increíble que una persona, mediante el antiguo recurso del aseo, se transforme al punto de convertir a una piltrafa humana detestable en un caballero pulcro y atildado. ¡Pero... es que ha variado usted, incluso, su actitud, sus modales!. Le juro que no puedo reconocer a aquel energúmeno que, anoche, frente a mis ojos y oídos perpetró hechos de una bajeza y una grosería imperdonables.

—Lo siento, señora —baja la vista, avergonzado, el muchacho—. Es que me sentía muy solo. Era la primera vez que me hallaba abandonado, lejos de mi familia. Despojado del cariño de los míos, en la antítesis de mi verdadera vida. Y... no sé... tal vez "no quiero concebir la antítesis como antítesis", según dijera Nietzsche refiriéndose a Wagner.

La sorpresa dilata todavía más los ojos de Utte.

—Su vocabulario —señala— no es propio de un estibador.

—No soy estibador, señora. Soy poeta.

—¿Poeta?

—Poeta.

Desde que comenzara la conversación, la mano ancha y generosa del joven reposa casi en la entrepierna de Utte. Ella la toma entre las suyas y, palpando hacia el codo reconoce los

músculos turgentes, las venas indómitas que otorgan singular relieve al brazo del muchacho.

—No tienes tampoco... —se extraña Utte— el clásico aspecto de los poetas. No veo en ti al intelectual asmático y frágil, de espalda encorvada y ojos gastados por la lectura.

—¡Es que amo la naturaleza! —el rostro del joven se ilumina al punto.— Escribo, sí, Utte, pero no olvido la maravilla de mi cuerpo. ¿Has leído a Walt Whitman? Cultivo mi físico, entonces. Corro todos los días 46 kilómetros por la campiña de Bernau, practico esgrima, equitación y hasta boxeo. ¡El alma es importante, Utte, pero también lo es el cuerpo, el envoltorio carnal!

—Eso que dices... —se retrae Utte—... me recuerda ciertas frases muy en boga ahora. Ideas sobre la raza aria, la raza superior, el hombre...

—¡No! —interrumpe el muchacho—. No te equivoques. Es por todas esas ideas que me hallaste así, sucio, borracho, tirado como una bolsa de desperdicios en el medio de la calle.

Utte lo observa con curiosidad creciente.

—¿Quién eres? —reclama—. Dime, de una buena vez, quién eres.

—Soy Andreas Krupp, el famoso poeta.

La breve mano, la fina mano de Utte se retira veloz, del muslo del joven y cubre la boca abierta por la sorpresa.

—¡Andreas Krupp, el poeta multimillonario! —recuerda.

—El mismo —ahora el joven oprime, nerviosamente, un pliegue de las sábanas entre sus puños.— Una guerra está próxima a estallar, Utte. Ya no hay posibilidades de detenerla. Hitler está decidido a todo. No hay nadie que no lo sepa en mi familia. Me lo han dicho. Y me han permitido que me vaya.

—Que te vayas... ¿adónde?

—Que me vaya del país. Saben que soy patriota como el que más, pero que mi condición de poeta, de humanista, me impediría alistarme en el ejército, atentar contra la vida de mis semejantes. Matar, en suma.

Utte, conmovida, acaricia el sedoso cabello del muchacho.

—Es por eso que arreglaron todo para que yo me embarcase en un buque de bandera liberiana, esta misma noche —continúa.— Pero para tal fin, debí disfrazarme de pordiosero, ocultar mis rasgos tras una barba que dejé crecer durante meses, como así también mi cabello. Sabes bien que no es simple dejar el país a los jóvenes que pueden servir bajo bandera.

—Perdón... —duda Utte.— ¿Por qué te emborrachaste? ¿Por qué esa enajenación alcohólica, ese estado lamentable en que te hallabas anoche? ¿Era acaso, necesario? —en las palabras de Utte hay algo de enojo o reconvención.

—Debes comprenderme, Utte —intenta aclarar Andreas.— Son emociones muy fuertes para mí. La idea de alejarme del país, por momentos me fascina y por momentos me apena. La certidumbre de que no volveré a ver a mi familia por algún tiempo me...

—Y... ¿Por qué no parten ellos también?

—No pueden. Las acerías Krupp no pueden detener su trabajo. Se incrementará, te imaginas, cuando comience la guerra. Además, me atrapó la excitación de verme rodeado de gente distinta, Utte. De comer en una miserable taberna del puerto junto a estibadores, rufianes y prostitutas. No olvides que soy un poeta, Utte, y estaba descubriendo un mundo de gente nueva tan diferente a mis amistades del Círculo Hípico. Influyó, asimismo, la impresión que me causó comer, por primera vez, un *leberkäse* de Baviera de este grosor. Una sensación increíble, cálida primero, de real ardor luego, un infierno después, acá, en la boca del estómago. Eso me llevó a beber, a beber como un desesperado para apagar ese fuego. Por otra parte, Lida faltó a la cita.

—¿Quién es Lida?

Andreas baja la cabeza.

—Lida era mi novia —dice.— O una amistad, tal vez. Una simpatía.

—¿Por qué hablas así, conjugando el verbo en pasado?

—Porque al no venir anoche —el tono del muchacho se hace duro y cortante— para mí ha muerto. No existe más en mi vida.

Utte acepta el silencio que, de repente, corta la explicación.

—En un primer momento —prosigue, sin embargo, Andreas —aceptó irse conmigo. Concedió, incluso afrontar el riesgo de escapar casi subrepticamente en el barco de bandera liberiana.

—Es una muchacha valiente.

—Nada de eso, Utte. Hay cierto riesgo, lo acepto. Pero mis padres tienen mucho dinero, mucho más de lo que tú puedas llegar a imaginar. Han pagado a guardias, a marineros, a

policías, a jefes de las Waffen SS para que simulen no ver nada de lo que pudiesen llegar a ver. Si yo me disfrazo y finjo es para que el hecho no sea tan grosero, tan evidente. Pero no existe riesgo alguno.

—¿Qué hizo desistir a tu novia, entonces?

—Me envió, ayer, con un oficial submarinista, un mensaje donde decía que se negaba a acompañarme. Que no resistiría viajar a un país donde viven negros. Está fanatizada por la propaganda de Goebbels.

Andreas vuelve a quedar en silencio, como apesadumbrado. Utte prosigue acariciándole el cabello, blanco de tan rubio.

—Mira... —dice de improviso Andreas, saltando de la cama y dirigiéndose hacia el baño. Utte se sobresalta con la rapidez de la acción y ante la vista del cuerpo ágil y desnudo del muchacho abandonando la cama. Comprueba que mide casi un metro noventa y los músculos dorsales son fuertes como cables de acero.— Mira... —lo escucha decir desde el baño—... ya tenía los dos pasajes, el mío y el de ella. El de Lida —y no hay cariño cuando pronuncia este nombre.

—¿Cómo... pasajes? —duda Utte.— ¿No viajaban como polizontes?

—Ni soñar —Andreas se arroja de nuevo sobre la cama, que cruje—. Se trata de un barco de carga, pero con ocho hermosos camarotes, lujosos y amplios como las mejores habitaciones de mi casa. Allí íbamos a viajar. ¿Qué haré ahora con el de ella? —Y Andreas retiene ambos pasajes contra su tórax cubierto de fino y casi invisible bello rubio. —¿Qué haré también con el dinero que ya han girado mis padres? ¿Habrá allá lugares donde gastarlo?

—¿Adónde... —la garganta de Utte se reseca un tanto—... adónde viajas?

—A Samoa, una isla perdida en el Pacífico. Un paraíso, según las fotos que me han mostrado.

Utte se queda observando al muchacho. Este, de pronto, levanta la vista y clava en ella sus ojos de celeste intenso.

—Utte —le dice.— Ven conmigo. Ven conmigo. La de anoche, fue la mejor noche que he pasado en mi vida.

—Andreas... por favor —se mesa los cabellos, Utte.— No sé...

—Acompáñame. Abandonemos este país que pronto será asolado por los demonios de la guerra. Ayúdame a gastar la fortuna que me espera en Samoa. Colabora a que el camarote del buque de bandera liberiana no me resulte amplio y desolado. Nunca he querido a ninguna mujer tanto como a ti. Toma, acéptame este pasaje que despreció la frivolidad de Lida.

—No sé... no sé... —se cubre el rostro con las manos, Utte.— Tú sabes lo que ha sido mi vida. Te he contado mi secreto.

—¿Tu secreto? —sonríe, incrédulo, Andreas, que aún prosigue alargando el pasaje vacante hacia Utte.— ¿Dices que tú me has contado algo? Ayer la borrachera me impidió oír o registrar cualquier cosa, mi amada. Recién anoche, cuando te poseí, naciste a mi vida. Toma, toma, acepta este pasaje.

Un gesto, tal vez amargo, frunce la boca de Utte. Contempla, con una mano todavía oprimiendo su frente, el pasaje que Andreas oscila bajo sus ojos.

—Escribiré un poema para ti, mi amada —insiste el joven.

Utte, finalmente, toma el pasaje y lo aprieta contra su seno izquierdo con ambas manos. Menea levemente la cabeza.

—Todo me sale mal —musita. Y guarda el pasaje en su cartera, que descansa sobre la silla, junto a la cama.

EDMUNDO "CACHÍN" MEDINA

Todavía me acuerdo bien de esa trompada. Fue un derechazo en directo, seco y fulminante como un hondazo, que lo tomó a Medina lanzado al ataque, caminando. La recuerdo porque, a pesar de que eso ocurrió en el sexto round, fue el golpe que, para mí, definió la pelea. "Cachín" se mandó al ataque, como siempre lo hacía, abierto, la guardia desarmada, con esa guapeza indígena que lo caracterizaba y el contragolpe lo agarró viniendo. Fue un morterazo. Creo que ninguno de nosotros vio la mano. Se escuchó un estampido y vimos la cabeza de Medina salir despedida hacia el ring-side. No lo digo metafóricamente. El derechazo de Donald "Varicela" Dinsmore arrancó la cabeza de Medina. La cabeza desapareció de cuadro y hubo una ducha de sangre espumosa que cubrió a los espectadores de las primeras filas y a nosotros, los periodistas. Edmundo "Cachín" Medina quedó clavado en el medio del ring, con las piernas agarrotadas y, ahora sí, por fin, la guardia alta.

Recuerdo que, después del "¡Uhhh!" que provocara en los cuatro costados del "La Brea Stadium Center" de Los Angeles el tremebundo derechazo del grone sobre la humanidad de nuestro crédito pugilístico, nos miramos con Ruiz Elías, que relataba las incidencias de la puja al lado mío: no podíamos creer que "Cachín" Medina siguiese en pie tras tamaño impacto. Pero el mendocino era de fierro, aunque no lo admitiésemos nosotros ni el mismo referí, el sudafricano Cecil Vereeniging, quien inició el conteo de protección.

—¿Por qué le cuenta? ¿Por qué le cuenta? —escuché gritar, indignado a Pellizeri, desde el rincón de Medina. Y tenía razón, pese al aturdimiento que sin duda había provocado el golpe en "Cachín", éste se mantenía de pie, erecto, con la guardia armada y dispuesto a continuar la lucha. Medina abría los brazos en un gesto de incredulidad y luego retornaba los puños protegiendo la zona alta. Pero el árbitro no se detuvo hasta llegar a los "ocho" reglamentarios.

—¡Es muy difícil ganar acá! —escuché vociferar, por completo alterado, a Ruiz Elías. El público atronaba el estadio y la temperatura debía estar cerca de los 50 grados.

—¡Voló el protector bucal del argentino! —oí también acotar muy cerca mío. No me había percatado de eso, encolerizado como estaba ante la actitud del árbitro. Máxime, considerando que el nuestro ni siquiera había tocado la lona. No la había rozado ni con un guante.

Es más, el formidable derechazo del moreno lo había clavado en su sitio, eso sí, pero no había llegado a hacerlo retroceder. Quizás si la cabeza de "Cachín" no hubiese sido arrancada de su implantación natural, tal vez si los músculos y arterias del cuello hubiesen soportado el mandoble, en ese caso, sí, el cuerpo de "Cachín" hubiese sido catapultado hacia atrás, arrastrado por el vuelo de la cabeza y, es posible, incluso, que hubiese ido a parar a la horizontal ignominia del tapiz. Pero no, el tortazo impresionante del grone lo había decapitado limpiamente y el cuerpo fibroso de Medina seguía allí, un hito en medio del ring y esperando, ya a pie firme, el próximo embate del campeón.

Palpé mi camisa bajo la corbata y advertí que estaba empapado en sudor. La fina llovizna de sangre que nos llegaba desde el cuadrilátero, más que refrescarnos, nos entibiaba.

Donald "Varicela" Dinsmore se lanzó sobre el nuestro como un tigre apenas el árbitro finalizó el conteo de protección. El minuto siguiente, hasta el salvador sonido del gong, fue una persecución incesante del negro sobre "Cachín", quien, con las piernas y brazos agarrotados procuraba prendérselo de cualquier parte con tal de no terminar con su humanidad sobre la lona.

Pocas veces he visto una expresión tan cargada de ferocidad como la que se advertía en aquellos dos pequeños y perversos ojos de "Barracuda" Dinsmore.

Apenas Cachín inició el retorno, vacilante, hacia su rincón, yo también abandoné mi puesto y me acerqué.

—¡No te tocó! ¡No te tocó! —lo alentó Pellizeri, cuando "Cachín" se hubo desplomado sobre el banquito, en tanto, con una esponja húmeda, procuraba eliminar los rastros de sangre de las botas del desafiante.

—La venís llevando bien, pibe —lo confortó, también, Martín Lejarza, masajeándole las piernas trémulas.

Sin embargo, "Cachín" meneando ese rojo muñón que le asomaba entre los hombros, dijo:

—¡No veo! ¡No veo casi nada del ojo izquierdo!

Don Luis Pellizeri se hallaba empeñado en controlar la hemorragia.

—No es nada —mintió.— Tenés muy hinchado el párpado.

—No veo. No veo nada —escuché que insistía "Cachín".

—¡No podés aflojar ahora, pibe! —lo sacudió por los hombros don Luis.— ¡No podés aflojar! ¡Esto es el título del mundo! ¡No es una pelotudez cualquiera! ¡Es el título del mundo!

No podía saberse si "Cachín" negaba con la cabeza porque no la tenía, pero yo, con alguna experiencia en el mundo del boxeo, juraría que era lo que estaba haciendo.

—¡Pensá en tu vieja, allá en Mendoza! —acicateó don Luis, apelando a la vena sentimental.— ¡En tu abuelo que está en el ring-side, en tu novia, en los muchachos que se vinieron desde Tunuyán para verte, "Cachín"! ¡Pensá en todos ellos! ¡No podés aflojar, carajo!

Podía sonar un poco cruel el empleo de aquel sistema casi extorsivo para lanzar de nuevo a la pelea a un púgil que ya contaba con muy pocas o, tal vez, ninguna posibilidad de alcanzar la victoria. Pero el boxeo es un deporte duro, una pelea por el título del mundo no es una oportunidad que se consigue todos los días y lo cierto era que la sangre que manaba de las seccionadas arterias del cuello se había detenido en su fluir.

Cuando "Cachín" se puso de pie para enfrentar el séptimo round, llegó un rugido de entusiasmo desde el sitio alto de las tribunas, donde se había abroquelado la seguidora barra de argentinos. El "¡Vaaaamos "Cachín!" volvió a oírse, nítido, cuando sonó el gong llamando a la pelea.

Reconozco que todo aquello me había sorprendido. Yo tenía conocimiento de la mandíbula de cristal de Edmundo "Cachín" Medina. Me habían contado que una vez, en Rancul, Emérito Santamaría lo calzó en la pera al mendocino no ya con un impacto directo, sino con un movimiento de su mano derecha que no era otra cosa que un saludo hacia un familiar que se hallaba en las graderías. En esa oportunidad "Cachín" había puesto los ojos en blanco y se había desplomado inerte sobre la lona para despertarse dos días después en la calidez de su hogar cuando ya su madre desesperaba pensando hallarse ante otro caso de vida vegetativa. Pero en la noche del "La Brea Stadium Center" de Los Ángeles, lo que le había flaqueado era el andamiaje del cuello, revelándose de una fragilidad llamativa. Admito, no obstante, que los directos del grone eran las coces fulminantes de una mula. Y en el séptimo round, de esos piñones, de esas manos tremebundas que salían disparadas con la velocidad y contundencias de misiles eludiendo la guardia de "Cachín" hasta macerar las carnes castigadas de éste, pude contar más de ochenta. Faltando un minuto, el tronchado cuello del mendocino volvió a sangrar y, aún hoy, no me explico cómo pudo hacer ese muchacho para retornar a su rincón por sus propios medios al reclamo del gong. De nuevo me acerqué hasta allí, ya que había visto la severa figura del médico trepando al ring para observar si "Cachín" podía seguir. Confieso que rogué porque el facultativo diese por terminada la pelea, si es que podía llamarse pelea a tal carnicería. Sin embargo, el médico estudió un par de segundos el orificio de la tráquea, palpó con cuidado algunos terminales nerviosos e hizo a Pellizeri una aprobación con su cabeza. Podía seguir. Creí que eso alegraría al veterano hacedor de púgiles, a juzgar por lo que le había oído decir en el descanso anterior. Pero me equivoqué.

—Mire, pibe —le oí decir, junto al lugar donde habría estado, hipotéticamente, la oreja de "Cachín" Medina.— Usted ya hizo suficiente. No es pavada aguantarle ocho rounds a "Varicela" Dinsmore. Ya nadie le va a decir nada en la Argentina. Al contrario. Usted ya es un héroe nacional. Usted ya guapeó más que suficiente. Si no puede seguir, dígame, y le tiro la toalla.

Don Luis conseguía mantener su voz en un tono decoroso, pero pude ver lágrimas en sus ojos como así también en los de Settimini y Lejarza.

—¡No! —se ofuscó "Cachín". — ¡Si, en cualquier momento, lo saco, don Luis! ¡El negro es fuerte pero le entran como a cualquiera! ¡Tengo que terminar los quince rounds, don Luis, tengo que terminar! Ni él mismo creía en la posibilidad de una mano "providencial que diese por tierra con el campeón de los medianos. Confuso, debilitado por la pérdida de sangre, disminuido físicamente por la pérdida de la cabeza, exigua su reserva de aire, era ingenuo suponer que pudiese alcanzar a una roca como Donald "Varicela" Dinsmore y voltearlo por toda la cuenta.

—¡No puedo hacerle eso a los muchachos, don Luis! —insistió "Cachín"— ¡No puedo perder por nocaut! ¡No puedo hacerle eso a los muchachos que se vinieron desde allá!

—¡Vaaaamos "Cachín"! —se escuchó, solitaria, la voz de aliento desde la tribuna, sobre el rumor incesante de los yanquis que comentaban la paliza a la que estaba siendo sometido nuestro crédito.

—¿Escucha? ¿Escucha, don Luis? —se animó "Cachín".— ¡Ese negro no me puede tirar!

Y también vale recordar otro detalle: en su prolongada carrera profesional de 36 peleas, a pesar de sus cinco derrotas, Edmundo "Cachín" Medina nunca había sabido de la humillación de ir a la lona, nunca había visto elevar la mano de su rival desde la vergonzante posición yacente, salvo el caso de aquel malhadado golpe de Emérito Santamaría, en Rancul, donde tampoco había visto nada dado su estado de total inconsciencia. Y ahora no podía caer ante los ojos del mundo entero, depositario de la confianza y el orgullo de todo un país.

No obstante, en el décimo round, "Cachín" Medina fue ocho veces a la lona, siete en el undécimo, dos en el décimosegundo (aquí "Varicela" se tomó un descanso aduciendo cierto dolor en los nudillos) y nuevamente ocho en el decimocuarto. El público no podía creer en esa demostración casi inhumana de coraje, fortaleza física y anímica, y la gritería ensordecedora pedía, suplicaba, exigía a Dinsmore que destrozara al argentino.

La barra nuestra había enmudecido. Sólo de tanto en tanto, en algún momento de relativo silencio producido al caer de nuevo "Cachín", o ante el estupor que producía su reincorporación, se dejaba oír una voz trémula: "¡Vaaamos Cachín!".

Aquel último descanso previo al round final, el rincón de Medina era un infierno. "Cachín" volvió a sentarse convertido en un moretón gigante.

Tenía hematomas y cardenales hasta en las pantorrillas, los codos pelados de tanto caerse y la sangre manaba libremente por las arterias que asomaban, enredadas, por su cuello tronchado.

—¡Basta pibe, esto es una locura! —procuró ponerse firme don Luis Pellizeri. "Cachín" no contestó nada, no tenía aire para hacerlo. Pero un puntapié que pegó contra el balde de plástico fue más clarificador que cualquier respuesta. Faltaba un solo round, tres minutos apenas lo separaban de la gloria de retornar a la Argentina con los honores del derrotado digno, de ese campeón moral que tantas satisfacciones nos ha dado a través de nuestra historia deportiva. Ya sería imposible disuadirlo de continuar la pelea. Y otra vez el aliento desde lo alto de la tribuna, vino en su ayuda.

— ¡Vaamos "Cachín"!

"Cachín" levantó la mano, exigiéndole a don Luis que prestase atención a ese grito, a ese reclamo, a ese apoyo.

—¡No me puede tirar! —exclamó Medina, por último. Y se lanzó al decimoquinto round.

No olvidaré mientras viva lo que fue aquello. Porque el negrazo se abalanzó sobre el nuestro como un búfalo, desesperado, incrédulo ante tanta tozudez, ante tanta terquedad, ante tamaño heroísmo vano e inconducente. Le pegó como si lo odiase, como si lo conociese de antes, como si "Cachín" le hubiese insultado la madre. Siete veces fue "Cachín" a la lona y tantas otras se puso de pie: ya parecía una exhibición de flexiones. Faltando treinta segundos nos pusimos a saltar y el gong final nos sorprendió brincando como pibes, llorando de emoción y unidos en el coro de " ¡Argentina! ¡Argentina!"

Donald "Varicela" Dinsmore, "El plesiosaurio repugnante de Portland" como lo llamaban en su hogar, había ganado por 43 puntos (en mi tarjeta yo tenía contabilizada una diferencia a favor del yanqui de 38 puntos, aunque aquello no modificaba las cosas) pero el triunfador parecía el nuestro sobre el ring. Sus segundos, don Luis, periodistas y muchos argentinos residentes en Los Ángeles saltaron al tapiz e improvisaron un carnaval de vítores y abrazos como si "Cachín" hubiese ganado. Hasta llegué a escuchar que alguien le decía que le habían robado la pelea.

En medio de aquel pandemónium, segundos después que "Varicela" Dinsmore con rostro contrariado, se acercaba a felicitar a "Cachín", el micrófono inquieto de Ruiz Elías logró filtrarse entre brazos, gritos y apretujones hasta la carótida del mendocino.

—¡Para la Argentina, campeón, para la Argentina! —se desgañitó Ruiz Elías.

—¡Tenía que terminar de pie! —alcanzó a gritar, sollozante, "Cachín" — ¡Por todos estos muchachos, por todos los que vinieron a verme desde la Argentina, por los amigos de Tunuyán, por esa voz de aliento que me llegaba desde la tribuna, no podía caer!

—¡Grande, "Cachín", grande! —vociferó un muchachón, a quemarropa, sobre el micrófono.

—¡Hice todo lo que pude!—terminó "Cachín"— ¡Hice todo lo que pude! ¡Más no podía hacer!

Los diarios americanos brindaron abundante información sobre la pelea. Pero lo que más llamó mi atención fue una notita corta, dentro de una de las secciones que habitualmente suelen

dedicarse a diálogos previos o posteriores al evento, anécdotas, apostillas y detalles jugosos.

Parece ser que, en la mañana siguiente a la noche del combate, uno de los encargados de la limpieza del La Brea Stadium Center encontró, en las graderías de la tribuna popular, entre hojas de diarios, vasos descartables de gaseosas y latas de cerveza, la cabeza de "Cachín" Medina. Cuando la levantó, sostenida por el pelo, la cabeza aún insistía en un hilo de enronquecida voz: ¡Vaaamos "Cachín"!

LA MAYOR DESGRACIA

En las habituales cenas de los jueves, invariablemente, aparece el nombre y el recuerdo del fuerte pegador Herbóreo Juanmiguel Estentóreo, "El sarpullido de Camino Negro". Y no son pocas las veces en que alguno de nosotros, los componentes de la peña boxística "El golpe bajo", deja de comer, alterado por esa imagen que retorna como un fantasma desde el pasado, deformada hasta el espanto por los golpes recibidos.

Nunca he conocido otro boxeador al que le gustara tanto dar y recibir.

—Es la memoria de mi viejo —me dijo en más de una ocasión el pupilo de don Carmelo Valerga.— Él me pegaba a razón de tres veces por día, excepción hecha de los domingos, dado que era muy católico. Entonces, en el ring, cuando recibo el castigo, recuerdo claramente la figura de mi viejo, mi casa, el patio con el gallinero al fondo y aquella tortuga que se nos murió tan joven.

Debo confesar que yo he hablado muchas veces con boxeadores y he escuchado de ellos confesiones extrañas y asombrosas, propias de hombres provenientes de zonas marginales y que han hecho de la violencia un medio de vida, pero aquellas palabras de Herbóreo Juanmiguel Estentóreo, dichas pocos días antes de la pelea con Saturnino Sarlanga, me llenaron de confusión.

—Créame —continuó diciéndome en aquella ocasión el crédito de San Luis— durante toda mi niñez, que fue muy dura debido a mi corta edad, acumulé hacia mi padre un odio severo y apretado. No comprendía que, tal vez, con su actitud, me estaba marcando un camino. Luego cuando él murió, sucedió en mí algo raro. Comencé a extrañar esos golpes que habían sido, en cierto modo, una forma de comunicación entre nosotros. Por eso, ahora, en el ring, hay veces en que, incluso, ofrezco mi cara para que sea golpeada y, de esa forma, recuperar el recuerdo de mi viejo.

Aún me parece ver a Herbóreo Juanmiguel Estentóreo, sentado frente a mí, mientras yo intentaba adivinar en él, un gesto, una mueca, algo que revelase un sentimiento profundo. Pero eso no era fácil, ya que en su rostro era aventurado determinar cuál era la nariz y cuál la boca, o precisar a ciencia cierta si aquellas protuberancias que se movían acompasadas eran sus cejas o sus maxilares.

Pero reconozco que he visto pocos púgiles con tal guapeza y predisposición para el combate. Hubiese sido ídolo en los Estados Unidos, de eso no tengo dudas. Y para ejemplo, viene a mi memoria la pelea con el uruguayo Melitón Ulises Sáenz de Samaniego, a quien tiró del ring con una piña cuyos ecos aún no se han apagado en los rincones más lejanos del Luna. Pero no quedó allí la cosa. Cualquiera otro, cualquiera otro que no hubiese sido Herbóreo Juanmiguel Estentóreo hubiese refrenado su ímpetu y elevado los brazos festejando por adelantado la victoria. No fue ésa, por supuesto, la actitud del pupilo de don Carmelo. También él se arrojó del ring detrás de su rival y la golpiza continuó en el ring-side adonde se sumaron algunos espectadores, e incluso mi malogrado colega del diario "Noticias", el "Cornalito" Elizalde. El uruguayo se había logrado recomponer de la tremebunda trompada y se prendió como un león en el toma y daca, retrocediendo en orden, sin cruzar el paso atrás y punteando desesperadamente con aquella zurda tipo bisturí que tenía, por el pasillo hacia los vestuarios.

—Le juro, Horacio —me confesaba después Estentóreo— que era tan encarnizado el cambio de golpes que ninguno de los dos nos dimos cuenta de que, peleando, habíamos llegado a la esquina de Sarmiento y Talcahuano. Los bocinazos de algunos autos, unos basureros que nos arrojaban desperdicios para separarnos y las sirenas de los patrulleros nos volvieron a la realidad. ¡Se imagina usted la vergüenza! ¡De pantaloncitos cortos y en medio de la calle! Pero a la hora que era no nos íbamos a volver al Luna Park. Con el uruguayo, sin bañarnos siquiera, nos metimos en una parrilla y comimos algo. ¡Qué le íbamos a hacer!

No había forma de refinarlo en su estilo a Estentóreo. Su manager anterior, don Isidro Ezequiel Romano, había procurado infructuosamente dotarlo de algunos recursos primarios, tales como armar la defensa o preservar sus arcos superciliares. Todo había sido inútil. Frontal y honesto como un buey, Herbóreo Juanmiguel Estentóreo siempre fue una promesa de espectáculo feroz y sangriento. Y fue, justamente bajo el tutelaje de don Isidro Romano que se comenzó a develar el justo grado de la relación que Herbóreo mantenía con su madre, doña

Catalina.

Ya había pasado el combate con Ubaldino Celoria, donde tras quince vueltas a sangre y fuego, el rincón del puntano cayó en la cuenta de que Estentóreo había combatido con los guantes al revés. Aún hoy re veo fotos de aquel encuentro, formidable encuentro, y no puedo comprender cómo nadie, yo me incluyo, advirtió que los pulgares de los guantes de ocho onzas apuntaban hacia afuera.

—Es tan confuso y desmañado el estilo de Estentóreo —confesaba al día siguiente su rival— que yo pensé que no había nada extraño.

Quince días después se concertó la esperada pelea con el recio pegador colombiano Efraín Bernardito Muñones, de quien se decía que podía voltear una pared de un derechazo. Allí fue donde don Isidro Romano decidió incluir una innovación en el tratamiento de su pupilo, contratando un psicólogo para atender aquella roca agreste y primitiva. Tal vez esa determinación pueda sonar como frívola o de avanzada en un mundo tan carente de sofisticaciones como el de boxeo, pero no olvidemos que fue don Isidro Romano quien hizo de otro gladiador torpe y ciego como Ernesto "Torreja" Billinhurts un estilista tan etéreo y evasivo como para merecer el mote de "Invisible", ya que nunca más se lo vio por el gimnasio.

Y esa noche, la del combate contra Muñones, apenas acaecido el previsto desenlace: el nocaut fulminante en el primer round de Estentóreo; el médico psicólogo corrió al camerino y asistió al despertar de su sueño. En caliente, Estentóreo narró todo lo que había soñado durante su estado de inconsciencia, de lo que el especialista pudo constatar lo aferrado que se hallaba el púgil a las polleras de su progenitora.

Llegando a este punto del relato, no queda otra cosa que narrar lo que sucedió la trágica noche del 23 de febrero de 1986 en lo que hubiese debido ser, para Estentóreo, una noche de gloria.

—La única que me defendía de las palizas de mi viejo —me contaba Estentóreo, siempre que nos encontrábamos en el bar "Las dos rodillas"— era mi madre. Sería porque ella no compartía esa conducta de mi padre, sería porque yo era hijo único. Pero aquel cuidado de ella para conmigo hizo que, lógicamente, yo me fuese volcando hacia su refugio, hacia su comprensión. Yo no quiero que ella vea mis peleas. Sé que sufre mucho cuando me castigan. Por eso, a pesar de que son repetidas las ocasiones en que me acompaña de madrugada, a trotar y hacer flexiones, me ha prometido que nunca vendrá a verme en una pelea y menos en ésta, cuando está en juego el título sudamericano de los welter.

Para Herbóreo, alcanzar el título sudamericano en su categoría representaba tocar el cielo con los puños. Por dos razones: una, que él reconocía tener la suficiente capacidad como para acceder a la corona mundial; dos, su acendrada convicción latinoamericanista que pugnaba por un continente unido tras los pasos señalados por el proyecto bolivariano.

Herbóreo y su madre doña Catalina, sabían a ciencia cierta, con esa clarividencia que suele tener la gente humilde, que la importante bolsa a obtener por la pelea podía significarles un cambio de vida, un cambio de costumbres y un cambio, incluso, de vivienda.

La noche del 23 de febrero de 1986, Herbóreo Juanmiguel Estentóreo iba a tener a su frente, oponiéndose a sus ambiciones, al enérgico pegador ecuatoriano Ezequiel Carmona Pintos, "La barracuda de Quiñoneras", un negro impresionante que había destrozado más de un punching ball en sus entrenamientos.

—Pero créame, Horacio... —me dijo antes de esa pelea, el crédito puntano—... que yo miro la cara de mis rivales y pienso: "Este tipo es el que quiere quitarme el dinero, el que quiere impedir que yo le compre la casa a mi vieja, el que quiere robarme el pan de mis hijos".

Y yo lo sabía. Es más, había visto a Herbóreo Juanmiguel Estentóreo hacer detener por la policía a un ocasional e ignoto rival, en Mendoza, al grito de " ¡Detengan al ladrón! ¡Detengan al ladrón!", interrumpiendo un crudo cambio de golpes en el cuarto round. Me consta que la policía subió al ring y Celestino Agridulce, que así se llamaba el oponente de Herbóreo, aún hoy sigue preso en la provincia del buen sol y del buen vino.

A los sucesos que ocurrieron antes de la pelea de aquella noche, por el título sudamericano, me los contó después un testigo presencial, por lo que pude esclarecer un poco más las causas que condujeron los acontecimientos a ese funesto desenlace.

Doña Catalina, la madre de Herbóreo, no pudo con su ansiedad, en el día del combate. Su hijo del alma ya había partido hacia el Luna Park quedando ella sola en la humilde vivienda de Villa Caraza, procurando distraerse con alguna telenovela banal. Pero no toleró la espera. A media tarde, a pocas horas del crucial encuentro, marchó a paso vivo hasta la casa de la adivina

del lugar. Doña Agnóstica, que así se llamaba la profesional del oráculo, consultó los oscuros pliegues y repliegues de la borra del café y dijo: "Esta noche, a su hijo le va a ocurrir una desgracia". Eso sólo bastó para que doña Catalina saliera a escape hacia el Luna Park. Como una exhalación, como un águila de las alturas que observa sus pichones amenazados por la miserable comadreja, se lanzó hacia nuestro máximo circo capitalino, atrepellando gente y rompiendo cordones policiales. Llegó cuando promediaba el cuarto round. Recuerdo que, en ese momento, yo les decía a los radioescuchas a través de las ondas del éter: "¡El rostro de Herbóreo Juanmiguel Estentóreo es ya un guiñapo sanguinolento sacudido sin piedad ni misericordia por los verdaderos martillazos que descarga el ecuatoriano!" Los periodistas, fotógrafos y público que nos hallábamos en el ring-side procurábamos cubrirnos la cara y las ropas para preservarnos de aquella fina e intensa llovizna que empapaba todo y que no era otra cosa que la generosa sangre del púgil argentino.

—En el diario, Horacio —me confesaría tiempo después un conocido fotógrafo deportivo— creyeron que yo había usado otro tipo de película, una película con retícula diferente, con alguna trama de punto muy grueso. Y era, simplemente, que la sangre de Estentóreo me había salpicado la lente.

Ver aquel espectáculo de horror y abalanzarse como un alud hacia el ring fue una sola acción para doña Catalina. A codazos, empellones y puntapiés se abrió paso por el repleto estadio en tanto gritaba: "¡Detengan la pelea! ¡Detengan la pelea!".

Nadie pudo atajarla, pero cuando ya trepaba por la segunda cuerda retumbó en todo el ámbito un puñetazo letal que el ecuatoriano lanzó en cross sobre la zona donde, se presumía, se había erigido, tiempo atrás, la nariz de Estentóreo, y éste cayó de espaldas, rígido como una tabla de windsurf, rebotando su nuca contra el filo del ring.

La nuca contra el piso, hizo el ruido de una sandía cuando se rompe contra el empedrado.

En el funeral conocí a Doña Agnóstica. Me di cuenta de que era ella no sólo porque en el tarjetero dejó un naipe, sino porque miraba con atención desmesurada el fondo de mi pocillo de café.

—Yo le había dicho. Yo le había advertido —me corroboró la vidente, meneando la cabeza, acongojada.

—Cuando pegué con la cabeza contra el suelo —agregó, entonces, Herbóreo— perdí el conocimiento. Creo que fue mejor así. No hubiese soportado ver derrumbarse a mi madre como fulminada. Su cansado corazón no quiso más.

—No hay mayor desgracia que perder a la madre —musitó la adivina. Y me sonó a epitafio.

LA RESERVA NATURAL DE PALMA DE MALLORCA

Posiblemente sea esa recóndita sensación de despojo ante las cosas que, indefectiblemente, se pierden, lo que me haga recordar cada tanto el día en que mi tío Enrique me llevó a ver a los poetas en la reserva natural de Palma de Mallorca.

Mallorca tiene un clima envidiable por lo estable y cordial durante todo el año, y es por eso que la maravillosa isla fue elegida para sentar en ella una reserva natural de especies en peligro de extinción.

La reserva, obra incluso como paso intermedio de adaptación climática para animales que son trasladados desde África a zoológicos de Europa. Posiblemente mi tío no había elegido la mejor hora para llevarme a visitar el vasto parque, dado que era la siesta y las bestias habían sido alimentadas poco tiempo antes, lo que las impulsaba entonces, lógicamente, a buscar el reparo de la sombra en procura de un sueño que facilitase la digestión.

Recuerdo que yo tenía 22 años e íbamos en una camioneta Seat, que manejaba Enrique. Cuando nos franquearon la amplia empalizada de la entrada, se acercó a nosotros el jefe de los cuidadores, un mallorquí que conocía a mi tío y, por lo tanto, no le cobraba la entrada. La reserva es una atracción turística; pese a ello lo recaudado por la venta de entradas no cubre ni siquiera la comida de los leones.

El amigo de mi tío repitió las indicaciones de rigor: que no nos bajásemos del coche, que no abriésemos las ventanillas ante la proximidad de los elefantes (estos insisten en introducir sus trompas en los coches buscando alimentos en la gaveta) y que no arrojásemos alimentos a los monos aunque estos chillasen hasta el paroxismo. Cuando el amigo de mi tío comenzó a explicarnos el comportamiento que debíamos guardar en el caso de ser embestidos por los rinocerontes y mencionó algo referido a la virgen de la Macarena golpeteando rítmicamente su pierna de aluminio, optamos por pedirle que viniese con nosotros.

El hombre, Esteban, se llamaba, nos fue detallando pacientemente los lugares por donde pasábamos, nombrándonos árboles que nos eran desconocidos e imponiéndonos de usos y costumbres de las familias de animales que veíamos a la vera de los estrechos senderos de la reserva.

De cuando en cuando saludaba a algún mono agitando una mano, respondía al barritar de un paquidermo con un asentimiento de cabeza o bien presentaba con un: "Ahí está el Pedro" la figura enhiesta y atenta al paso del coche de un mochuelo. De pronto dijo:

—Oye, Enric, tira a la derecha, que han llegado unos nuevos.

—¿Qué son? —preguntó mi tío en tanto doblaba.

—Un casal de poetas con sus crías, —dijo Esteban.— Son muy bonitos. Muy bonitos...

—Y... ¿Cómo son? —apuró mi tío.

—Hombre, que no lo sé —pareció ofuscarse Esteban. —Te digo que son nuevos.

Anduvimos un trecho más y de pronto Esteban señaló entre unas matas, junto a unas palmeras.

—Ahí están. —Nos ordenó ir despacio.— Se asustan de nada —informó.

Detuvimos el coche a unos cinco metros de la familia. El macho estaba sentado entre los pastos pero se incorporó al vernos. Por un momento pareció que iba a huir pero luego se apoyó contra una de las palmas y nos observó con detenimiento. No había temor en sus ojos, sino una suerte de desparpajo. Tenía ojos muy profundos, oscuros, ensombrecidos por la pelambre que le cubría la cabeza. El pelo le crecía también en casi toda la cara pero, a diferencia de los mandriles, no cambiaba su color sobre la nariz. Saboreaba lentamente una brizna de hierba. Me impresionaron las manos delgadas y nerviosas, como las de un lemúrido. Dos metros más atrás, entre pastizales más altos, se hallaba la hembra, recostada en el suelo. También había fijado la vista en nosotros, pero en sus ojos se notaba la dilatación fruto del miedo y la desconfianza. Las aletas de su nariz se ensachaban, venteándonos y envolvía con sus brazos a la cría menor, otra hembra. Esta cría no nos prestaba atención. Garrapateaba trabajosos dibujos en un trozo de papel con un lápiz.

—Se la pasan escribiendo —murmuró Esteban. Luego señaló los pastos, junto a las hembras: —Han estado comiendo —dijo.— Se veían restos de galletitas, panes, algo de salame,

trozos mordisqueados de cáscara de queso y hasta colillas de cigarrillos.

—¿Fuman? —pregunté.

—¡Uhh!, —graficó Esteban agitando los dedos de una mano— como murciélagos. Rebusqué en mis bolsillos por mi atado de cigarrillos.

—No —me detuvo nuestro guía.— Ahora no. No hagas ningún movimiento. La hembra es muy peligrosa cuando está con las crías.

Permanecimos unos momentos en silencio, contemplando la escena.

—Comen poco —pareció afligirse, de pronto, Esteban. —Y el problema será el otro —agregó al punto— el machito.

—¿Dónde está? —buscó con la mirada mi tío apoyándose más aún sobre el volante.— A ése sí que no lo veo.

—Más a la derecha, hacia atrás —señaló Esteban.— ¿Lo ves ahora?

En efecto, casi invisible por su inmovilidad, semioculto por unos arbustos que le daban sombra, divisamos, sentado, un macho joven. En posición de loto, se lo advertía pensativo, perdida la vista en el infinito.

—¿Qué pensarán estos bichos, no? —murmuró Enrique. Nos reímos apagadamente.

—¿Y por qué dice usted que será un problema? —requerí yo a Esteban.

—Para cruzarlo. El mister ha hablado ya con un zoológico de Amberes. Le han prometido mandar una hembra para dentro de dos meses. Es una de las pocas que quedan. Cuesta una fortuna. Habrá que pagar seguro... hombre... tú sabes... Y es un riesgo...

—¿Por qué?

—Buenos, son frágiles —frunció la cara Esteban.— Son frágiles. Delicados. Se mueren de nada. Les sienta mal el aire y... hala... que se mueren. O el agua misma. O extrañan, no se adaptan.

Continuamos observando el cuadro familiar, que no había cambiado su disposición, y parecía un pesebre viviente.

—Luego... —agregó Esteban—... tienes que esperar que se gusten. Pues tienen sus remilgues. Si no congenian... No son burros, no. Que se follan hasta los árboles si pueden.

—¿Vamos? —preguntó mi tío, algo aburrido. — Asentimos en silencio. Cuando arrancamos Esteban señaló junto al sendero, con fastidio.

—¡Cómo dejan esto de papeles, hombre! —rezongó.

—¿Viene mucha gente a verlos? —pregunté cuando ya nos alejábamos.

—Por ahora, no mucha, —ilustró Esteban— porque hace poco que los han traído y no hay mucha gente que lo sepa. Pero vendrán a montones, te lo aseguro. Son una rareza. Oye, casi no quedan. Hay muy pocos.

—¿Y cómo es que se han extinguido?

—Como tantas otras cosas —se encogió de hombros, sabio, Esteban.— No se adaptan a los cambios. O los persiguen. Los cazan.

—¿Y para qué los cazan? —pregunté, ya temiendo ponerme pesado.

—¿Tú lo sabes? —me miró el mallorquí.— Yo tampoco.

—Son lindos —agregué, a manera de cierre.

—Hombre, "lindo" —por primera vez sonrió Esteban.— Suena gracioso. "Lindo."

—Se usa por "bonito" —le informó Enrique.

—Es claro. Ya lo sé. Ustedes, los argentinos, lo usan. "Lindo."

Se quedó un rato en silencio, contemplando la floresta de la reserva que escapaba a ambos lados de nuestro coche.

—Canarios. Parecen canarios cuando hablan —dictaminó.

LA YACUAREGAZÚ

Cuando el hombre sintió el pinchazo en la axila, pegó un grito y se desmoronó sobre la hojarasca del sendero.

—¿Qué pasa? —preguntó, alarmada, su mujer. Edema era una misionera de edad indefinida, de una flacura lindante con lo esquelético, que venía cargando desde Ipuberá con un yacaré de 18 kilos, vivo, comprado en el mercado de la plaza.

—Una yacuaregazú —jadeó el hombre, sentado en el suelo, revisando frenéticamente entre los pliegos de su camisa de brin.

—¿Te picó?

—Me picó.

Edema sabía preparar el yacaré en rodajas no más anchas que la palma de una mano, sazoadas con cebollas angurí y trozos de mandioca. O arrollado, atado como un matambre para evitar que se escape, en caso de no estar bien muerto, tras el primer hervor. Más de una vez le había ocurrido cuerear un yacaré, quitarle las entrañas, salarlo y verlo luego salir huyendo con una gallina entre los dientes, al primer descuido. "Yacaré mboró pubé" solía decir Edema, y no le faltaba razón.

—¿Dónde te picó?

—Acá —señaló el hombre bajo su brazo. Transpiraba copiosamente, por el calor oprobioso de la selva y por el miedo. Sabía que pronto empezaría a orinar saliva, uno de los primeros síntomas de la expansión del veneno en su cuerpo.

—Mirá —volvió a señalar— se me ha endurecido esto. Tengo un promontorio duro y redondo como una bola.

—Eso es el codo.

—Me picó en el sobaco —informó el hombre, y por un momento pareció que estuviera hablando de otro.— No sé cómo pudo meterse ahí.

Pero él sabía que las yacuaregazú buscan los lugares oscuros y pilosos para dormitar. Húmedos también. Tal vez el hombre la había molestado, sin querer, al ajustarse la correa del machete, o se había rascado.

Edema sabía preparar el yacaré en torrejitas, a las que acompañaba con arroz, yuca y tomate perita. Pero así al hombre no le apetecía demasiado.

—Andá... andá hasta lo del Catilo... —pidió el hombre a Edema.— Decile que me picó una yacuaregazú. Decile que busque un médico. Decile que se apure. Edema dejó el yacaré en el suelo y salió a escape. Era ágil a pesar de su edad indefinida y conocía la selva bastante bien.

Cuando el hombre se quedó solo, se percató del silencio. Tanteó de nuevo el lugar de la picadura. Vaya a saber cuánto tiempo hacía que la yacuaregazú había estado habitando la axila, pero no podía hacer más de tres meses. Para julio lo había atacado el paludismo y el doctor del obraje le había dado quinina y le había puesto el termómetro. Y ahí, en esa misma axila, no había nada. Luego, cuidadoso, el hombre se revisó bajo el otro brazo. Las yacuaregazú suelen andar en yunta y no hubiese sido nada raro que la pareja morase en la axila restante. Sintió la boca seca y los lóbulos de las orejas le latían como dos pequeños corazones. El veneno de la yacuaregazú es espeso como una melaza, lento por lo tanto, inapelable.

Sus efectos se empiezan a sentir más nítidamente a la sombra o después de los días patrios.

—Carajo —dijo el hombre. Se arrastró bajo un gigantesco tipá rosado y apoyó la recia espalda sobre el tronco del árbol. Miró hacia lo alto, hacia la imponente catedral de vegetación. Le parecía paradójico venir a morir en aquel lugar. Él, justamente él, nacido en esa espesura, hachero, mensú por horas y cazador de monos. Justamente él que, en el obraje, ya había llenado los papeles, bajo la vigilante mirada del mister, para irse a trabajar a Kuwait como operario no especializado.

La bruma propia de Misiones se estaba ya entibiando, cuando el hombre vio llegar a Edema y Catilo por la picada. A Edema también le gustaba servir facturas de yacaré con el mate cocido. Le pegaba al animal en la cabeza con una barreta de acero robada en el ferrocarril hasta

que le reventaba los sesos, lo espolvoreaba con harina y lo metía al horno cubierto de pasas de uva. Solían comer de esas facturas, acompañadas de chipá, durante semanas, tan duras eran. Venían de la mano, como dos criaturas, pero en sus ojos se leía la premura y la preocupación.

El hombre sólo se había alimentado con unos hongos amarillentos que encontró en torno al tipá rosado y también había engullido una docena de tucuruces, o bichos de luz, lo que le había dado una cierta energía para rebatir el avance del veneno, y un extraño brillo a la mirada de sus ojos.

—¿Qué te pasó, hermano? —se acuclilló Catilo junto al hombre. Catilo también era hábil para cocinar el yacaré, aunque lo hacía a la manera brasileña, envuelto en una pañoleta y con mermelada de canela.

—Una yacuaregazú.

—¿Dónde?

A veces, a falta de mermelada de canela, le ponía gas oil, pero no sabía igual.

El hombre levantó el brazo derecho y mostró la picadura a Catilo. Para mover con más libertad el brazo, hinchado ya del grosor de una sandía, el hombre se había cortado la manga de la camisa de un machetazo. La fiebre o la torpeza de su mano izquierda habían tornado imperfecto el tajo y el filo del machete se había llevado la manga, una rebanada de codo y dos dedos de la mano derecha, uno de los cuales, el anular, descansaba en el suelo a casi un metro del hombre como señalando algún peligro oculto en la imprevisible maleza. El otro, el meñique, era llevado dificultosamente por una multitud de hormigas coloradas, selva adentro.

—Esto es picadura de mbemberé, hermano —dictaminó Catilo.— La mbemberé es una araña peluda, del tamaño de una rata y se la llama también araña saltona o rata arañada. Catilo, y el hombre mismo, la habían visto más de una vez saltar hasta tres metros de largo para vadear arroyos o brincar al lomo de un caballo para arrear toda una tropilla y pasarla al Paraguay.

—Yacuaregazú, te digo.

—¿La viste?

—Medio de reajo, mientras caía.

—¿Cómo era?

—Negra en el lomo. Manos blancas. Pelo cortón, arriba.

—Mbemberé, hermano.

El hombre manoteó el machete. Le molestaba que lo contradijeran y más en las ocasiones en que estaba en los umbrales mismos de la muerte.

—Si es mbemberé no es nada —Insistió Catilo.— Te poneés malo un par de días pero después se pasa.

—Andá a verlo al doctor... Andá a verlo al doctor y pregúuntale —dijo el hombre.

—También pudo ser oso hormiguero, hermano.

—Lo hubiera visto. Andá a buscar al doctor, me estoy muriendo.

—O pato sirirí. Si es sirirí es más jodido.

—Decile que no puedo casi respirar y que me han aparecido ronchas en la lengua.

—¿Te fijaste bien? ¿No puede haber sido pacú reló, hermano? Hay mucho pacú reló en esta época.

—Decile que traiga alcanfor y de esas pastillas azules.

Catilo tomó de la mano a Edema y se fueron corriendo por la picada. Había veces, también, en que Edema fritaba el yacaré en forma de dados, pero había dejado de hacerlo desde la vez en que el hombre juntó los dados e insistió en jugar por dinero.

Cuando se halló de nuevo solo, el hombre pensó que hacía mucho que no veía a su tío Everaldo, que tenía que ajustar los alambres del gallinero con hilo chanchero y que si no despejaba hacia el Norte, para el atardecer tendrían lluvia.

—Si es curupí pelado, no cuenta el cuento.

El doctor meneó la cabeza con desaliento tras escuchar las palabras de Catilo y luego había vuelto a mirar fijamente dentro de la boca del pecarí de collar.

—No fue curupí. Fue mbemberé —dijo Catilo.

—¿Lomo negro y pelo cortón arriba? —musitó el doctor.— Puede ser nutria, también.

El doctor Gomulka sabía mucho del tema. Había venido al país en el 38, mezclado con la inmigración siriolibanesa, expulsado de su Polonia natal por el temor a las guerras y a los esperantistas. Y había ido a Ipuberá por tres días, atraído por la fama de los carnavales misioneros. Diez años se había quedado allí por causas que nunca se aclararon muy bien. En la cárcel aprendió su profesión, veterinario. Luego, ya libre, había seguido la especialización en Foz

de Iguazú hasta alcanzar el título de veterinario odontólogo.

—Tiene que venir pronto —urgió Catilo.— Está muy malo.

—Ahora no puedo, amigo. Estoy con un tratamiento de conducto.

—Está muy malo.

—Si es yacuaregazú —el doctor siguió atisbando dentro de la boca del pecarí no hay remedio. Corte dos ramas de abaribay y hágale una cruz en la cabecera. Pero si ha sido mbemberé, curupí pelado, nutria u oso hormiguero, por ahí estamos a tiempo. Hágale un torniquete bien ajustado que yo ya voy.

Antes de salir de la casa del doctor, Catilo quiso asegurarse.

—¿Cuándo viene usted?

—Apenas termine.

Catilo miró el pecarí de collar y vio los ojitos del chanchito salvaje, levemente desorbitados, contemplándolo. La anestesia ni siquiera había empezado a causarle efecto. Catilo tomó de la mano a Edema y volvieron a meterse en la selva.

El doctor Gomulka estaba en mitad de la picada cuando se largó a llover. Esa lluvia de Misiones, donde el agua, en forma de pequeñas gotas, se abate desde las nubes hacia la tierra. En ocasiones, era tal el calor acumulado en la tierra colorada que las gotas de lluvia no llegaban a tocarla. A un metro, un metro y medio del suelo, se evaporaban al entrar en contacto con el tufo hirviente que se levantaba desde el piso. Los primeros años, el doctor Gomulka se sorprendía al ver esa gente empapada desde la cabeza hasta la cintura, y desde allí hacia abajo, impecables. No estaba habituado el doctor a ese nuevo mundo de contrastes, él, originario de una Polonia inmutable donde el mayor contraste climático que podía recordar era el de un día, en Poznan, donde a la mañana llovió y a la tarde estuvo nublado. Pero no era momento para quedarse contemplando la lluvia, y a poco de andar por la picada, el doctor dio con el claro donde se hallaban el hombre, Catilo y Edema. A los ojos del yacaré, Edema los sumergía en yema de huevo, los empanaba y les daba un golpe de horno. Conseguía así unos bocaditos que el hombre se llevaba al monte o bien los chicos más pequeños disparaban contra los siriríes, los vencejos o los surubies flecados.

Catilo se hallaba hincado junto al hombre. El doctor advirtió un rictus amargo en la cara del hachero. Edema había vuelto a poner el yacaré sobre su hombro y aparentaba estar esperando una orden para reanudar la marcha.

—Se murió —dijo Catilo.— El doctor no contestó nada, pero se acercó al hombre. Este se hallaba aún recostado contra el tronco del tipá rosado y podría decirse que su expresión era de paz a pesar de la lengua amoratada totalmente fuera de la boca, sus ojos casi expulsados de las órbitas y un rictus horroroso en el rostro cetrino. El doctor prefirió contemplar la picadura, bajo el brazo.

—Carcará —musitó. Luego meneó la cabeza, confundido.— Esto no mata a nadie. El carcará es un insecto crisálido no mayor que un grano de maíz tierno. Vive entre el estiércol de los porcinos y el sonido que produce al frotar sus alas posteriores es casi inaudible a menos que se introduzca en el oído de alguien, cosa poco probable.

El doctor encaró a Catilo.

—Cuando ustedes llegaron... ¿Vivía?

—Sí señor.

—¿Y, entonces?

—No soportó el remedio. Le hice el torniquete, como usted me dijo.

—Para parar la hemorragia. En el brazo.

—No —dijo Catilo.— Si la picadura hubiese sido en la mano, le hacía el torniquete en el brazo. Pero fue en el sobaco. Le hice el torniquete en el cuello. El doctor observó de nuevo al hombre. Pudo ver entonces, entre los pliegues de la gordura de su cuello, el relumbrón acerado del alambre.

—"Gente bruta" —pensó. — "Con alambre".

Y se volvió para su casa.

Catilo tomó de la mano a Edema y la ayudó a cargar el yacaré hasta más allá de Aguarimbé.

VIDAS EJEMPLARES

En las ocasiones en que alguien me detiene por la calle para preguntarme, quién es, para mí, un ejemplo de vocación, mi respuesta no presenta ningún tipo de duda ni titubeo: "Hilario Bordenabe", digo. Y no son pocas las veces en que esto me sucede. No sé si será porque mi apariencia física transmite una cierta imagen receptiva a tales preguntas o bien que mi forma de caminar induce a la resolución de ciertos cuestionamientos, pero lo cierto es que, por cuadra, nunca son menos de dos o tres personas las que se me acercan con tal requisitoria: "¿Quién es, para usted, un ejemplo de vocación?" Y no sólo de vocación, diría yo, sino también de tenacidad, de enjundia, de humana curiosidad, pues todas ellas eran condiciones que orlaban la figura de Bordenabe.

Lo conocí mucho y no creo que mereciera el final que lo aguardaba, cual mordaz bofetada del destino ni, mucho menos aquellas habladurías que circularon en determinados ámbitos con respecto a la pura relación que nos uniese.

Las primeras épocas de nuestra amistad datan de aquel primer año de Medicina. Yo había llegado de Coronel Bogado, un pequeño pueblo cercano a Rosario, y poca atención presté a aquel hombrón alto e inarmónico que transitaba por los pasillos de la facultad ante la mirada curiosa de todos.

—Sufrió un golpe muy grande cuando murió mi madre —fue la primera frase que me dijo, tal vez a modo de respuesta, cuando yo le pedí que me alcanzase el servilletero, en el bar que los estudiantes frecuentábamos. Allí comprendí que Hilario era una persona de conducta directa, que no tomaba inútiles rodeos cuando se proponía alcanzar algo. Y así como yo me había propuesto alcanzar el servilletero, él se había propuesto ser mi amigo.

—Soy huérfano —continuó diciéndome.— Mi padre murió. Y mi madre fue incapaz de continuar en la vida sin su pareja, murió también, posiblemente de tristeza, 24 años después. Ella, sin duda, no soportó la muerte de su compañero, de la misma forma en que mi padre no la soportaba a ella.

Respeté su dolor. Y fue ese respeto, esa atención mía para con sus palabras, lo que motivó que me relatara, a grandes trazos, su historia. Al morir su madre, al descubrir esa traumática sensación de despojo resultante de sentirse huérfano, Hilario acababa de cumplir 62 años.

—Y comprendí otra cosa —me contaba— aún peor. Debería trabajar, cosa que jamás en mi vida había hecho ni intentado.

La familia de Hilario había sabido de años de esplendor pues los Bordenabe eran descendientes directos de un general beneficiado por la conquista del Desierto. Se decía que los aduares que limitan el salar de Malpachá del Cruce y Trompa de las Bisagras habían sido propiedad del general Gregorio de la Merced Bordenabe, bisabuelo de Hilario. De aquella época de holgura y, quizás, de holganza, tan sólo les había quedado a los padres de mi amigo una mezzuina renta en moneda fuerte, un chifle de plata (de uso personal del propio soldado de la Patria) y una mucama indígena de rasgos pétreos e inalterable mutismo, de la que sólo 30 años después de haber sido traída a la casa se supo que se trataba de un hombre.

—La quise mucho en mi candor de niño —me contaba Hilario— por eso me dolió cuando se alzó en armas quemando el desván y la cocina. Nunca hubiésemos sospechado que era un hombre, un indio, y mucho menos un indio de lanza, tal era lo misterioso de su personalidad.

Pero Hilario Bordenabe no llegó a la determinación de que debía ganar dinero tan sólo por la ramplona necesidad de comprar ropa o alimentos, o engrosar la magra renta que le permitía seguir manteniendo la modesta casa que fuera de sus padres. Era un hombre austero al que vi comer helechos apenas alineados con unas gotitas de acetona, eso me consta, y no se depositaban allí sus expectativas.

Hilario había descubierto, en las palabras cruzadas del Leoplán, el gusto por el conocimiento y por el estudio.

—Saber, por ejemplo, que se le llamaba "ara" a la piedra consagrada del altar —me confió un día— fue para mí una revelación de vida. Comprendí la infinita variedad de las cosas que me quedaban por saber y que el único camino que podía acercarme a esa sabiduría era el estudio.

Pero Hilario había quedado sin dinero. Sus últimos ahorros se le habían ido en el entierro de su madre. Ella había pedido ser sepultada junto al cadáver de su esposo y, conociendo a

Hilario, era sabido que él jamás hubiese dejado de cumplir un pedido de su madre. La dificultad residía en que Esteban, padre de Hilario, había muerto en Indonesia, como abrupto final de un largo viaje de negocios que había emprendido enviado por los grandes almacenes "Sucesión de Eugenio Polimeni y Hnos." Fue atacado por un extraño mal que ni los mismos naturales reconocieron y bajo el cual su cuerpo se cubrió de lana. Se lo había enterrado sin dilaciones en un camposanto de Singapur, ante el temor oficial de que se tratara del comienzo de una epidemia bovina. Hilario debió vender todo para enviar el cuerpo de su madre hasta aquel lejano país. El féretro fue embarcado en una aeronave de bandera marroquí pero, por uno de los frecuentes errores burocráticos, se lo desembarcó en Cádiz en lugar de hacerlo en Dakar, desde donde debía haber sido reembarcado hacia Singapur. Se supone que luego alguien lo embarcó en otra compañía pero la empresa funeraria no supo ni quiso hacerse responsable, por lo tanto lo que restaba de la madre de Hilario es muy posible que aún siga transitando por los cielos del mundo.

—Mi depresión ante tal hecho fue enorme —me dijo, en cierta ocasión, Hilario— perdí la voluntad de luchar e, incluso, mis anhelos de comenzar mis estudios pasaron a segundo plano. Ingresé, entonces, en un orfanato. Pero, no sé, no conseguí una buena relación con los otros pequeños ni supe integrarme en sus juegos.

Los niños suelen ser de conductas crueles y yo sé bien que aquello marcó mucho la sensibilidad de Hilario. En alguna otra ocasión logró contarme cómo lo segregaban en los juegos de las "esquinitas" y no le permitían participar en la rayuela. Y para alguien que ya ha superado los 60 años y tiene un ápice de orgullo, eso es demasiado. Pero mi amigo pronto recuperó su ánimo, y esa es otra de las condiciones que hicieron de Hilario un luchador por la vida: su capacidad de reacción, su fuerza de voluntad.

—Me anoté en la carrera de Medicina por una simple razón —solía contarme mientras caminábamos sin rumbo por los pasillos de la alta casa de estudios— mi admiración hacia la hermana Teresa de Calcuta. Quiero recibirme y viajar a la India para ayudarla en su cruzada.

Habíamos decidido vivir juntos, compartiendo mi pieza de pensión en barrio Echsortu ya que él no tenía donde parar. Allí fue donde empecé a conocerlo mejor y supe, a ciencia cierta, que Hilario alcanzaría todo lo que se propusiese. Yo tenía, en ese entonces, tan sólo 22 años, pero juro que mi compañero de pieza me superaba en entusiasmo y dedicación.

Las precarias condiciones en que vivíamos signaron el futuro de Hilario, ya que desde aquel entonces sobrellevaría problemas físicos acentuados. Las duchas heladas en pleno invierno, la pésima alimentación y el poco sueño lo afectarían a él mucho más que a mí, en definitiva, más joven. La falta de buena luz castigó duramente la vista de Hilario. Durante siete años estudió solo de noche aprovechando para alumbrar sus lecturas la luz que llegaba a través de la ventana, desde un letrero luminoso intermitente de la vereda opuesta. Hilario aprovechaba la luz roja, más potente, para leer, con los treinta segundos de luz azul, repasaba, y con el medio minuto de oscuridad, cabeceaba un sueño. Así hizo casi toda la carrera, pero las secuelas para sus ojos fueron severas.

—Voy a trabajar, Juan —me espetó un día.— No podemos seguir viviendo así. Nos falta todo.

Y no me dio tiempo para la respuesta. Al día siguiente me informó, muy contento, que había conseguido un puesto en frigorífico Swift. Al principio yo pensé que se trataba de un puesto administrativo, pero luego Hilario me amplió la información: lo habían tomado como matarife y su horario era de una de la mañana a once del mediodía. Como no tenía dinero para el colectivo, a las nueve de la noche del día anterior ya salía Hilario caminando hasta Saladillo, feliz, pese al esfuerzo. Pensaba que el trabajo de degollar animales no era tan desagradable, después de todo, y que el carneo le resultaba de gran ayuda para sus estudios. Aún sigo pensando que tenía razón y que su fundamental descubrimiento de una nueva glándula suprarrenal (que aún en estos días sigue siendo llamada "glándula Bordenabe") tuvo una lógica cuota de casualidad pero también mucho que agradecerle al exhaustivo conocimiento que Hilario tenía de la hipófisis del porcino.

—Si me viera mi madre —solía elevar sus ojos al cielo Hilario, cada vez que escuchaba el paso de un avión y, en tanto, tiraba sobre nuestra mesa la chaira ensangrentada. —Ella que nunca quiso que su hijo trabajara.

Y ese recuerdo permanente por su madre motivó los primeros comentarios malintencionados sobre nuestra convivencia. La inclinación de Hilario a llevar consigo, siempre, algo que hubiese pertenecido a la autora de sus días, era permanente. Cuando llevaba en sus bolsillos el alicate con que ella solía pulirse las uñas, por ejemplo, nada sucedía. Pero cuando Hilario lucía sobre sus hombros la pañoleta que fuese de doña Martina o insistía en ponerse bajo

el saco una blusita azul marino de batista que ella tenía, las habladorías arreciaban.

Debo reconocer que muchas veces se nos vio de la mano por los pasillos de la facultad, pero cualquiera sabe que aquellos pasillos no eran de los mejores iluminados y que la vista de Hilario estaba estragada por el titilante servicio del letrero luminoso.

Ya antes habíamos tenido problemas con los otros estudiantes. No era para ellos cosa común el tener un compañero de estudios de edad tan avanzada. Sabían que no integraba el personal de maestranza y que no era uno de los profesores. Poco tardaron en suponer, entonces, que Hilario era policía.

—Son tiempos difíciles, Juan —me dijo uno de mis compañeros de estudios un buen día.— La situación política se ha puesto muy tirante y la reacción ha decidido infiltrarnos con gente de los Servicios. Decíle a tu amigo que se vaya de la facultad pues lo hemos descubierto.

Vanos fueron mis esfuerzos para convencer al militante de que Hilario no era policía. Tampoco bastó que, para esa época, Hilario realizase el formidable descubrimiento de la glándula suprarrenal que asombrase a todos los niveles educativos y científicos. Ellos ya estaban decididos a todo.

—Algún informante habrá... —llegaron a decir.—... Alguien le ha pasado el dato a Bordenabe de que esa glándula estaba allí, oculta por el epigastrio. De lo contrario, la compañera glándula no hubiese sido detectada con tanta facilidad.

Lo cierto es que una noche nos hallábamos cenando con Hilario cuando irrumpieron. Recuerdo que nos habíamos hecho un caldo con un fémur de un esqueleto humano robado del cementerio del El Salvador, con otros compañeros, para estudiar. El grupo que entró a nuestra pieza estaba compuesto por unos seis muchachones que ocultaban sus rostros bajo barbijos médicos. La paliza que nos propinaron fue tremenda. Algunos vecinos protestaron por el escándalo. La dueña de la pensión llamó a la policía, ésta llegó cuando nuestros atacantes ya se habían ido y también nos molió a palos.

Todo esto no hizo más que acentuar la porfía de Hilario por el estudio. Consciente de que lo que ganaba en el frigorífico no bastaba para comprar los libros, se empleó primero en una panadería, luego en el Correo y hasta llegó a hacer changas en el puerto. Su afán de conocimiento no tenía límites. Leía todo lo que pasaba por sus manos y eso le valió, por ejemplo, que lo despidieran del Correo. Pero su más importante crisis estaba por ocurrirle. Hilario tenía ya 68 años y sólo le restaban dos materias para recibirse de médico.

—Juan —me dijo un día.— Voy a abandonar la carrera. Pensé que había escuchado mal, o que se había vuelto loco.

—He comprendido que la Medicina no me gusta —afirmó.— Yo, recuerdo, perdí la cordura. Grité, lloré e intenté por todos los medios de disuadirlo. Pero fue inútil, al día siguiente Hilario ya se había anotado en Abogacía.

Hoy por hoy creo comprenderlo y me atrevo a ahondar en los sentimientos de Hilario Bordenabe, aquel amigo entrañable al que, quizás, no llegué a comprender en toda su dimensión. Ahora pienso que para Hilario la perspectiva de recibirse, embarcarse hacia la India, hacia Calcuta, para militar en las filas de la hermana Teresa, y dejarme, era demasiado. Sentía por mí algo más que afecto, algo que por pudor o temor nunca me atreví a indagar.

Lo cierto es que Hilario comenzó una nueva carrera y 6 años después se recibía de abogado. Dejé de verlo cuando él abandonó Medicina o, al menos, no lo volví a ver ya con tanta frecuencia. Supe, simplemente, que para costear sus estudios hacía doble turno en el frigorífico, que había trabajado también en el ferrocarril y que había estado a punto de completar unos cursos acelerados de alemán, cosa que había tenido que desechar ante la incompreensión del idioma.

Lo volví a ver el día de la consagración, recibiendo su título, en el aula magna de la Facultad de Derecho. Él mismo me había invitado. Se lo veía bastante más viejo (tenía ya 75 años) y se lo podía confundir más con el rector de la Universidad que con un recién egresado. Sus manos eran ásperas cuando estrecharon las mías, dado que el uso de la chaira les había conferido una superficie poco amable, y su arrugado rostro se veía despellejado por las altas temperaturas de los hornos de Somisa, empresa donde estuvo empleado los últimos años para solventar sus estudios.

—Cualquiera pudo haberlo hecho —dijo, con voz firme, al recibir su diploma, ante la ovación merecida del colmado salón.

Un injusto destino impidió que Hilario disfrutara por largo tiempo de su triunfo, de su objetivo alcanzado. Diez años después de aquella tocante ceremonia, Hilario Bordenabe alcanzó

el título de juez. Fue allí que recibió una extraña acusación judicial, una acusación contra él mismo, Hilario Bordenabe, por práctica ilegal de la medicina. Y era cierto, en nuestros últimos años de estudio juntos, habíamos impartido algunos consejos a conocidos o a gente de paso por la pensión. Recetas simples, curas populares, que nosotros revestíamos de importancia con el tono presuntuoso de nuestra condición de estudiantes de Medicina, de futuros médicos. Alguien se sintió afectado, entonces, ante la recomendación de Hilario de que se quemase una verruga con el método de la papa, sistema que luego, según el acusador, originaría en el paciente una erupción cutánea, algo de seborrea y una inusual inapetencia sexual. Hilario, como juez, no pudo menos que condenar su pasado de falso médico y, aún hoy, voy de tanto en tanto a visitarlo en la cárcel de Encausados.

Está algo enfermo, muy viejo, pero me cuenta que ha empezado a estudiar Filosofía y Letras.

INICIACIÓN

Yo creo que a mi padre se le ocurrió ese día en que entró al baño y yo estaba bañándome. Dijo "permiso" y entró, sin esperar que yo contestara, cosa que siempre hacía y que a mí me jodía bastante. Pero él tenía esa costumbre de los clubes, de los vestuarios de los clubes. Le gustaba esa cosa muchachera de la falta de privacidad de los clubes y, entonces, lo mismo entraba. Yo creo que fue ese día porque me pegó una ojeada, empezó a buscar algo en el botiquín, por ahí me volvió a mirar, cerró el botiquín y se fue preguntándome si salía bien el agua de la ducha y sin esperar a que yo le contestara.

También es cierto que yo hacía poco que me había puesto los pantalones largos a instancias de mi viejo que le preguntó a mi vieja qué esperaba para comprármelos y le dijo que faltaba poco para que se me pasaran las bolas por debajo de los cortos. Además a mí me había agarrado una gripe fuerte y había pegado un estirón interesante. No diré que me había puesto alto porque nunca fui alto, pero para esos días había pegado un estirón considerable.

Al poco tiempo lo encontré a mi viejo hablando en voz baja con mi madre y eso me sorprendió porque mi viejo hablaba muy poco con mi madre. Era de esos matrimonios de antes que funcionaban con muy pocas palabras, con acuerdos tácitos, con miradas, con gestos. Por otra parte, se daba por descontado que el padre no tenía por qué contarle sus problemas a la esposa. Pero yo entré en la cocina no sé buscando qué cosa y ellos estaban hablando en voz baja y cuando me vieron dejaron de hablar o cambiaron la conversación, no sé, algo que yo me di cuenta. Y me dio la impresión de que mi viejo quería convencerla a mi madre de algo y que a ella no le caía del todo bien el asunto. Después, esa tarde, mi madre, mientras planchaba, me miraba. Daba un par de pasadas con la plancha y me miraba, después volvía a planchar. Yo estaba estudiando química, me acuerdo —una materia que detestaba— y me hacía que no la veía, pero notaba que ella me estaba observando.

Pasó un tiempo y no ocurrió nada. Digamos, todo esto que ahora yo cuento lo relacioné después, después que pasó todo. En ese momento, digamos, lo noté, pero no le di mayor importancia. Después até cabos, más adelante.

Muy bien; un día mi viejo aparece de tarde, y eso era raro en él, que casi siempre aparecía ya bien de noche, y me dice "vestite". Ahí fue, ahí fue cuando yo me di cuenta de que había algo raro. Cuando él me dijo "vestite" yo ya presentí que había algo raro.

"¿Adonde vamos?" le pregunto. "Al club" me dice. Me acuerdo que salimos juntos, caminamos esas tres cuadras y llegamos al club. En el trayecto mi viejo no me habló una palabra, nada. Llegamos al club y mi viejo entra en el buffet. No había un alma. Mi viejo se movía en el club como en su casa, o mejor que en su casa porque se la pasaba más en el club que con nosotros. "¿Está Mendoza?" le pregunta a un tipo que aparece detrás del mostrador. "Salió" le dicen. "Cagamos" dice mi viejo. "Pero vuelve" dice el tipo. "Lo esperamos, entonces" dijo mi viejo. "Acá, con el compañero, lo esperamos". Nos sentamos en una de las mesitas del salón. Mi viejo, después de hablar conmigo algunas pavadas, banalidades, las clásicas preguntas de cómo me iba en el colegio, esas cosas, me empieza a decir que todo llega en esta vida, que el tiempo pasa, que yo ya había dejado de ser un pibe, que estaba empezando a ser un hombre, que había algunas cosas que yo tenía que conocer, etc., etc., etc. Todo muy por encima, todo más amagado que concreto, pero era la primera vez que nos poníamos los dos, uno frente al otro, solos, en una mesa, a hablar de esos asuntos. O mejor dicho, hablaba él, yo lo escuchaba. De todos modos, era la primera vez. No fue muy larga la espera, sin embargo, porque enseguida llegó el Mendoza en cuestión. Era el bufetero del club; yo lo había visto un par de veces antes. Y se ve que ya habían conversado de la cosa porque mi viejo le dijo: "Acá está el hombre" señalándome y el tipo dijo: "¿Así que éste es el campeón?" y enseguida mi viejo se levantó, lo agarró del brazo y se lo llevó hasta el mostrador. Ahí estuvieron hablando unos minutos con gran familiaridad. Mi viejo le dio unos pesos que sacó de la billetera y después se acercó de nuevo hasta la mesa. "Te dejo con Mendoza" me dijo "es un amigo. Él se va a ocupar de todo". "Andá tranquilo que todo va a salir bien" le dijo el otro a mi viejo desde atrás del mostrador mientras acomodaba unas facturas que se ve quería dejar arregladas antes de venirse conmigo. "Después te veo en casa" me dijo mi viejo, y se fue. Este Mendoza entró a lo que era la cocina del club y enseguida salió con un saco puesto, así nomás, sin corbata. Me acuerdo que agarramos el auto de él, un Plymouth viejo, todavía me

acuerdo, y salimos. Ni sé para qué lado agarramos pero este Mendoza tampoco me dijo nada.

Llegamos a una casa, una casa grande, y bajamos. Mendoza entra y me hace esperar afuera. Al ratito sale y me dice: "Entrá". Yo entro, era un living amplio, bastante bien puesto, con unos sillones, esas mesitas con mantelitos de encajes y unas muñecas sobre las mesas, todo bastante rococó.

Y ahí había una mujer, alta, grandota, que debía ser bastante joven, andaría por los 35, por ahí, lo que pasa es que para mí, en ese entonces era casi una jovata, una veterana. La mujer tenía puesto una especie de salto de cama con muchos bordados y chinelas. No era fea, para nada. Tenía un pelo muy negro me acuerdo y los ojos muy pintados. Me acuerdo también del perfume, un perfume dulzón, penetrante. Mendoza y la mujer cuchichearon un momento, se rieron y enseguida Mendoza se fue hacia la puerta. "Te espero en el auto" me dijo, y me guiñó un ojo. "Vení, pasá, pasá", me dijo la mujer, apoyada en la puerta que daba al patio y que era parte de una mampara con un vitraux.

Entonces me acuerdo que pasamos a una pieza, a un dormitorio, donde había una estufa de esas altas a la que, en la parte de arriba, le habían puesto una ollita con hojitas de eucaliptus para secar el ambiente. No me podré olvidar nunca de ese olor. "Sentate" me dijo la mujer, y me señaló una silla; "yo ya vengo". Yo me quedé ahí, sentado en la punta de la silla, mirando todo, con las manos agarradas medio tapándome los puños de la camisa que me sobresalían por debajo del saco porque estaban medio despelusados y me daba vergüenza. Enseguida vuelve esta mujer del baño y se había sacado esa especie de batón, de salto de cama, que tenía. Tenía puesta una camisa blanca y una pollera, sencilla nomás. Se sentó en la cama y, mientras me miraba, dejó caer las chinelas y subió las piernas a la cama. Yo trataba de no mirarla mucho, pero ella me miraba permanentemente. Por ahí me dijo: "Tenés lindos ojos". Yo me quedé mudo y seguía tratando de no mirarla. "De veras", repitió, "tenés ojos muy lindos". Después se hizo un silencio y yo noté que estaba transpirando. Yo, estaba transpirando. Era un silencio muy pesado y sólo se oía el tic tac de un reloj desde la otra pieza. Entonces ella se levantó y se acercó lentamente a mí. Se agachó enfrente mío y puso sus manos sobre las mías. Después se levantó, sin soltarme las manos, y yo quedé casi obligado a mirar a los ojos. Entonces me dijo: "Hay cosas que un hombre tiene que saber". Y enseguida: "Los Reyes Magos son los padres".

Después, lo único que me acuerdo es que me fui de aquel lugar llorando.

LA TARDE DEL VIEJO MACARONI

"El mundo, ahora, es mucho más pequeño", solía decir el tío Eremián, sentado a la mesa de la cocina.

"Las distancias se han acortado desde la invención de la bicicleta."

Y nosotros lo escuchábamos con respeto porque tío Eremián era algo así como el filósofo de la familia. Pero, más que nada, lo admirábamos por otra cosa: nunca jamás había trabajado.

Él se paseaba, ufano, por el patio, con las manos en los bolsillos y una toalla sobre el cuello, durante horas, y nosotros lo contemplábamos con arrobamiento, conscientes de que estábamos mirando a un hombre que no había trabajado nunca. Lo había hecho, nos confió una vez, allá en Ereván, antes de venirse. Yo creo que eso enfurecía a abuela Smenta y, mucho más, a mi padre, que se deslomaba catorce horas al día trabajando en la imprenta.

A la abuela solíamos escucharla despotricar contra tío Eremián cuando nosotros rondábamos la cocina prontos a adueñarnos de algún dulce, pero no era mucho el caso que hacíamos a sus palabras. Ella era enferma del corazón, por una debilidad que contrajera cuando niña, y nuestro principal pasatiempo era asustarla, para ver si se producía el desenlace tan temido. Éramos pequeños, yo tenía ocho años, mi hermano Meshed once y mis primos oscilaban en edades entre los dos y los sesenta y siete años.

Abuela Smenta no debía ser tan enferma como afirmaba, ya que soportaba a pie firme nuestras bromas pesadas y, a lo sumo, solía correr con una cadena o nos arrojaba pesadas lajas que recogía del patio.

Lo cierto es que, posiblemente, la familia necesitase del trabajo del tío Eremián, quien, de tanto en tanto, se pavoneaba de saber escribir a máquina y de usar el serrucho como pocos. Éramos treinta y dos en la casa y, a pesar del recuerdo feliz que conservo de aquellos años, no puedo olvidar que más de una noche nos íbamos a dormir sin nada en el estómago, o sólo con un caldo que mi madre obtenía de hervir agua con pedazos de caño de plomo adentro.

Pero lo cierto es que el único que solía intercambiar unas palabras con el viejo Macaroni era tío Eremián. Lógicamente, tío Eremián disponía de mucho tiempo durante el día y, cuando declinaba la tarde y sacaba su silla a la vereda, era cuando pasaba el viejo Macaroni. El viejo Macaroni era un viejo algo loco que vivía de la generosidad de sus vecinos y solía pasar recitando poemas en un idioma extraño. Nadie sabía dónde vivía o dónde pasaba las noches, pero su figura barbuda y delgada era habitual en aquel barrio de trabajadores. Los perros le ladraban y los pequeños, entre los cuales yo me incluía, sabíamos recibirlo con pullas, pedradas y algún intento ingenuo de prenderle fuego.

A mi padre no le causaba ninguna gracia regresar del trabajo y encontrar a tío Eremián conversando con el viejo Macaroni en la puerta de nuestra casa. No decía nada, pero en su rostro se leía un enojo profundo. Cuando eso ocurría, durante la cena mi padre no quitaba la vista del fondo de su plato, sus pocas palabras eran ladridos y, tras la comida, ni siquiera se sentaba junto al fuego a escuchar, al igual que nosotros, cómo tía Gasani nos leía uno a uno los días de un almanaque *Minute Maid*, del año anterior, que había ganado en una rifa de la congregación del padre Nasir. Por eso nos sorprendió cuando aquella tarde, vísperas de Nochebuena, nuestro padre no pareció enfadarse al hallar, una vez más, a tío Eremián y al viejo Macaroni departiendo cordialmente sobre las soberbias propiedades curativas del emplastro de hoja de parra, en el fresco atardecer de la vereda. No sólo no se enfadó, sino que incluso murmuró algo parecido a un saludo. Primero pensamos que nuestro padre estaba muy contento con su nueva adquisición. Él nos había prometido que no pasaríamos otra Nochebuena sin un pino de Navidad, como sucediera el año anterior en que habíamos tenido que adornar con borlas brillantes, estrellas de latón y velas de sebo al abuelo Ismail, desde hacía un lustro paralítico en su silla. Y cumplió con su promesa aquella tarde, llegando con un destartalado sombrerero, rescatado de vaya a saber qué tacho de basura de la vecindad. Sin embargo, luego comprendimos que no era tan sólo eso lo que había ablandado la actitud de mi padre hacia el viejo Macaroni. Comprendimos que él estaba realmente imbuido, aquel año, de un espíritu cristiano.

Recuerdo que, en tanto mi hermano Narsés, junto con mis primos embellecían el sombrerero con toda suerte de farolillos chinos, campanas de papel glacé, cinturones viejos y tuercas oxidadas, yo, con mi prima Razmara, nos dirigimos a la cocina para ayudar a tía Farah

en el amasado de panecillos de gofio. Nada nos divertía más que eso, ya que, sin que tía Farah nos viera, gustábamos de mezclar en la masa tornillos de bronce, pequeños cromos y hasta anzuelos que, según nuestro particular entender, configurarían verdaderas sorpresas para quien luego comiese aquellas confituras. También tía Farah se especializaba en hacer un pastel inmenso que rellenaba con todo tipo de carne picada, legumbres, cascaras de frutas y una mixtura muy sabrosa que obtenía de vincular la pasta dentífrica *Eastman* con crema de maní. Era esto último lo que estaba haciendo, cuando entró en la cocina mi padre, conduciendo gentilmente al viejo Macaroni. Ahora pienso que, tal vez, mi padre hubiese deseado desde hacía tiempo invitar al viejo Macaroni y aprovechó aquella ocasión en que no estaba en la cocina abuela Smenta.

Desde el día anterior, abuela Smenta estaba recluida en la pequeña habitación de la terraza, reponiéndose del colapso que le había producido descubrir entre las sábanas de su cama, el cadáver degollado de un gato que mi primo Pakravan le había deslizado. Lo suyo no fue más allá de un vahído, unos ronquidos que parecieron anteceder a la muerte y luego desplomarse, golpeando malamente con el respaldar de la cama. Pero del infarto, nada.

Lo cierto es que mi padre entró en la cocina llevando, tomado del codo, al andrajoso viejo Macaroni, que mantenía su raído sombrero entre las manos en una actitud de prevención y defensa, conmovedora. Papá nos lo presentó como si nosotros no lo conociéramos, nos dijo que había invitado al pobre viejo a tomar una copa en celebración de la Navidad, que todos debíamos abrir nuestros corazones en ocasiones como ésa, y luego llamó a mi madre para que se uniese al festejo.

—No sé cómo agradecerles esto que ustedes hacen por mí —recuerdo que barbotó el viejo, emocionado, en tanto se sentaba en una silla que le alcanzaba uno de mis primos.— No estoy acostumbrado a esto. Hace unos 25 años que paso mis navidades solo.

Allí fue que tío Artabán enjugó una lágrima, pero mi padre se lo reprochó exigiendo que no debía haber penas y que aquélla, era una fecha de júbilo. Tío Eremián se había apresurado a traer una botella de buen vino y la cara del viejo resplandecía al olfatear el aroma que los panecillos nos hacían llegar desde el horno.

—Sólo puedo ofrecerles decir alguna poesía —nos dijo el viejo.— En agradecimiento. Yo soy poeta.

—¿Es usted poeta? —se interesó mi padre, sirviendo el vino.— Juro que no lo sabía.

—Soy poeta. Y de los buenos. De más joven solía ganarme la vida recitando. Los recitaba mientras trabajaba en la cadena de montaje de las fábricas Backer & Spielvogel, donde tenía un buen sueldo.

—No sabía que fuese usted poeta —dijo mi madre.— Parece usted, más bien, un mendigo.

—Es que las grandes ciudades ya no parecen necesitar de poetas, señora —sonrió tristemente el viejo.— Y sin hesitar recitó, ante nuestro silencio y asombro, un corto poema bastante malo.

—Es muy bueno —aplaudió mi madre.— ¿Puede saberse quién lo ha escrito?

—Yo. Lo he escrito yo mismo.

—Nunca hubiese imaginado que usted fuese un escritor. Parece usted, más bien, un pordiosero.

Los mayores habían tomado varias copas de vino, y esto pareció animar al anciano.

—Me resisto a recitar poemas ajenos, señores —exclamó.— Prefiero mis viejas poesías. Cosas que han salido de aquí... —se señaló la calva cabeza—... y de aquí —se señaló el corazón.— Mis primos habían acudido atraídos por el jolgorio y ya éramos como veinte en la amplitud de la cocina.

—Les recitaré ahora —anunció el viejo— mi poema titulado *Madre*, dedicado a una mujer que perdí cuando era un niño, a una mujer que tuvo mucho que ver con el hecho de que esté yo, ahora, aquí, frente a ustedes. A una mujer que... y no quiero prolongar vuestra curiosidad... fue quien me trajo al mundo.

El viejo se puso de pie y, con las mejillas arrojadas por el alcohol, recitó durante tres cuartos de hora un insorportable y tedioso poema de su autoría. Apenas hubo terminado, empujó la copa que había vuelto a llenarle tío Eremián, se trepó en la silla y anunció a voz en cuello:

—¡Y ahora, mi estimado público, tendremos nueva oportunidad de conmovernos con las estrofas que me pertenecen del poema titulado *Patria*, y para el cual pido toda vuestra atención, ya que es algo largo y...

Recuerdo, entonces, que mi padre, algo achispado por el alcohol, se puso de pie, lo tomó

de un brazo y procuró convencerlo de que no recitase más.

—¡Es que me avergüenza no tener otra cosa con que pagarle, señor Makinistián! —protestó el viejo.

—Nos damos por bien pagados con su presencia en nuestra casa —lo cortó mi padre, ya con cierta dureza en la voz.

—Pues cantaré, entonces... —insistió el viejo, procurando volver a treparse en la silla, cosa que mi padre impidió con energía—... puedo entonar unos villancicos que harán las delicias de los niños...

—¡No, señor Macaroni, ya ha pagado usted! Puede marcharse.

—O bien, bailaré... Solía bailar bastante bien... —el viejo trató de saltar sobre la mesa, puso uno de sus embarrados zapatos sobre ella y aplastó parte del pastel de tía Farah.

—¡Oh, Santo Dios, me ha arruinado el pastel...! —gimió tía Farah.

—¡Dile a ese sucio viejo que se marche de una vez! —le gritó mi madre a papá.

—¡Dirán que no sé agradecer un vaso de vino! —argumentó el viejo.— ¡Déjeme al menos recitar *Patria!*

Fue ahí que mi padre sacudió al viejo y lo tiró contra la pared de la cocina. Creo que fue eso lo que todos esperábamos. Nos lanzamos sobre él y juro que no recuerdo haberle propinado a alguien una paliza como aquélla. Luego, abrimos la puerta y lo arrojamos por las escaleras, a la calle. Cayó en el empedrado y a poco estuvo de pisarlo un tranvía. Hasta tío Eremián que, en definitiva, era quien había propiciado, con sus triviales charlas, el acercamiento con el viejo, se rió como pocas veces lo hacía cuando vio aquello.

Luego, en la cena navideña, mi padre reconocía su error, entre las bromas y pullas de todos. Y eso que la comida no era como para alegrar demasiado a nadie. En ese tiempo debíamos conformarnos con el pastel de tía Farah, los panecillos con sorpresas y algunos huesos de rabo de vaca que mi prima Bukhara robaba de los almacenes del ejército. Pero había algo en nuestra familia, algo que emanaba de la vigorosa personalidad de mi padre o del natural optimismo de mi madre, que nos proveía de una irresponsable alegría permanentemente.

—Viejo de mierda —dijo mi padre, antes de los villancicos, cerrando el episodio. Y, al día siguiente, cuando un cohete lanzado por mi primo Baku incendió la habitación de la abuela, abrasándola adentro, el suceso nos produjo tal gozosa excitación que, por varios años, ni nos acordamos de la tarde en que vino a casa el viejo Macaroni.

UN HECHO CURIOSO

El Colorado había sugerido comer en Santa Fe pero no le habían dado bola. Los demás dijeron que tenían que aprovechar a rajar cuanto antes, antes de que la ruta fuera un kilombo y que a eso de las doce podían estar en Rosario y comer allí. Después de todo, por la autopista, en dos horas estaban de vuelta. La noche, además, era muy linda e incluso, tiempo después todos recordaban que Pepe, ya en el auto, había dicho que era perfecta para que apareciera algún plato volador. También se acordaban de que Pepe, hasta ese momento silencioso y pensativo en el asiento de atrás, había agregado, como preguntándose a sí mismo: "¿Tendrán un once?". Habían ido a cancha de Unión a ver a Central contra los tatengues y se había perdido dos a cero dando lástima. Y la carencia de un puntero izquierdo lo tenía mal al Pepe.

Lo cierto es que se largaron a la ruta sin siquiera tomar un liso en Santa Fe, tratando de primerear al resto de la sufrida hinchada que se había llegado hasta la ciudad capital para ver esa cagada de partido.

Encontraron la autopista despejada y, muy de vez en cuando, pasaba algún auto con alguna bandera arriba, cruzada sobre el techo, agarrados los extremos con las ventanillas traseras.

—Por qué no te metes la bandera en el orto —alcanzó a decir Ramón poco antes de que el Colorado propusiera parar en cualquier parte para comer algo.

—Un sandwich, aunque sea —agregó. Pero alguien tiró la posibilidad de una tira, un cacho de vacío y los cuatro comenzaron a escudriñar el camino en busca de una parrillita. Se habían avivado tarde de que tenían hambre y ya habían dejado atrás las parrillas de la salida de Santo Tomé. La mufa del partido, por otro lado, había aflojado.

—Por acá no hay un choto —dijo Pepe. Pero se equivocaba. A poco tiempo de andar vieron una estación de servicio, chica y, al lado, casi oculta entre unos árboles, una parrilla iluminada. Pararon el auto, bajaron, y cuando se estaban acercando a la edificación, vieron cómo un tipo cerraba la puerta vidriada desde adentro.

—Cagamos —dijo el Colorado. Pero ya habían llegado junto a la puerta y Ramón golpeó con los nudillos sobre el vidrio, como si el tipo de adentro no los viera cuando, a no ser por la puerta en sí, estaba separado de ellos por unos quince centímetros. El Negro, al mismo tiempo, le hacía la seña basquetbolística de pedir minuto, con el dedo índice de la mano derecha apoyado en la palma hacia abajo de la mano izquierda. En tanto el hombre volvía a abrir, adentro, un adolescente que barría, dejó de hacerlo.

—¿Podremos comer algo, jefe? —preguntó el Colorado frotándose las manos.

—Sí. Sí —dijo el hombre señalándoles una mesa y yéndose hacia atrás del mostrador. El adolescente abandonó la escoba con cara de culo y se fue para la cocina. No se veía más nadie en el local, pero aún quedaban mesas sin levantar, indicio que delataba que había habido gente comiendo minutos antes.

—Es temprano después de todo —dijo Pepe, mirando el reloj en tanto se sentaba.— Son las once y media.

—Que trabajen, qué mierda —dijo Ramón.

—¿Hacemos un blanco? —propuso el Colorado, y volvieron sobre el tema del partido.

Ramón no se acuerda, hoy por hoy, a qué hora habrá caído el tipo de bigotitos, pero no les habían traído todavía las tiras cuando entró a la parrilla. Tampoco notaron nada raro, aunque, tiempo después, el Negro recordó que no habían escuchado ruido de auto o cosa así llegando a la parrilla. Tanto, que primero pensaron que era un tipo del lugar, alguno que trabajaba en la parrilla o atendía en la estación de servicio.

Era un tipo delgado, de estatura mediana, pelo negro y bigotito fino.

—Parecía uno de esos que laburan en teatros de varieté —diría después el Colorado.— Un mago o cosa así.

—Uno de esos que cuentan chistes pelotudos —aportaría el Pepe.

El hombre saludó al entrar con el "provecho" de rigor y los cuatro contestaron con monosílabos y movimientos de cabezas. El hombre se dirigió al dueño, que estaba detrás del mostrador, habló dos palabras con él, el patrón se encogió de hombros y el tipo se acercó a la mesa de los cuatro.

—Perdonen —dijo.— ¿Les molestaría que me sentara con ustedes?

Pepe, al lado de quien estaba parado, dejó de masticar y lo miró largamente. El Colorado fue más operativo, corrió la silla de la cabecera y lo invitó a sentarse.

—Che... —avisó al Negro y a Ramón—... acá el amigo va a compartir la mesa con nosotros.

Ramón miró al recién llegado duramente, el Negro lo estudió en silencio y luego los dos siguieron charlando del partido.

—¿Toma blanco, jefe? —ofreció Pepe, acercándole un vaso.

—Bueno, bueno, un poco.

—¿Viene del partido? —consultó el Colorado. El hombre lo miró con extrañeza.

—¿Qué partido?

—Ah... no. No —se excusó el Colorado.— Creí que venía del partido.

—No.

—¿No le gusta el fútbol? —inquirió Pepe.

—¿El fútbol? —preguntó el nombre, inquieto. Y daba la sensación de que era la primera vez en su vida que escuchaba esa palabra. Ramón y el Negro también lo miraron.

—¿Usted es de por acá? —ahora el Colorado cambiaba el ángulo de la conversación. El hombre lo miró con particular interés.

—No —dijo. —No —y se quedó en silencio. El Negro apuró el trago que tenía en la boca y, cuando el tipo no miraba, levantó las cejas hacia Ramón como diciendo: "¿Qué le vamos a hacer?"

La charla, de ahí en más, retomó el tono futbolístico, ya que los muchachos casi ni le dieron bola al comensal agregado que rumiaba un pedazo algo frío de chinchulín, calladamente. Cada tanto, alguien le ofrecía vino o le ponía un trozo de asado en el plato, lo que generaba un intercambio de "permiso", "gracias", "no hay de qué" breves y circunstanciales.

El que precipitó un poco la cosa, sin quererlo, fue el Colorado, que preguntó cuánto tiempo tendrían desde allí hasta el centro de Rosario, cuando prosiguieran el viaje. Los otros no lo escucharon o no le dieron bola, salvo el desconocido que se disculpó por no conocer la ruta.

—¿De dónde es usted? —insistió el Colorado, como una formalidad, rebañando con el pan el jugo del plato, antes de retornar a la charla futbolera.

—Soy de Sinope, una de las lunas de Júpiter, distante varios millones de años luz de este planeta.

El Colorado lo miró largamente, primero inmóvil, luego aprobando con la cabeza, la boca cerrada, la lengua quitando un residuo de lechuga de los dientes. Pepe también lo había oído.

—¿Sinope? —preguntó, serio.

—Sí —dijo el hombre— a varios millones de años luz.

—Che, muchachos —el Colorado se volvió hacia Ramón y el Negro, incluso reclamando la atención de éste tomándolo de un brazo— acá el hombre me dice que él es de Sinope, una galaxia que está lejísimos de acá.

—Ah... ya me parecía —aprobó Ramón.

—Y... ¿Cómo es eso, señor? —adelantó la cabeza el Negro.— Porque yo no lo oí bien, perdone, estaba conversando.

—Sinope —comenzó el hombre— es un planeta frío, en la galaxia de Andrómeda, a dos millones de años luz, atravesando el mar de meteoritos junto a los satélites gemelos, Elara y Ganímedes.

—¿Como saliendo hacia dónde? —preguntó el Colorado. El otro pareció no entenderlo.

—¿No tendrán un once? —preguntó Pepe. El otro lo miró muy serio.

—Un once —repitió Ramón. El hombre frunció el ceño.

—¿Y usted viaja, digamos, va y viene? —preguntó el Negro. El hombre pensó un poco.

—Con la nave Lysitea, en dos millones de años, estamos acá.

—¿No te decía yo? —se dirigió el Colorado al Negro —No es tan lejos.

—Usted sabe que yo lo miraba y me decía... "este hombre no es de acá"... no sé ¿vio?... hay como... —el Negro contemplaba al tipo frunciendo la cara.

—Mi nombre es Namur —se presentó el desconocido.— Y soy hijo de Knar, el rey de Gdeon. Yo soy el príncipe Namur. Pero desde hace medio siglo, Merak el perverso rey del planeta Mkor, se ha apoderado de nuestro pobre planeta y nos somete a una impiadosa tiranía.

—Permiso —se levantó Ramón— voy a mear.

Ramón fue al baño. Casi detrás de él entró Pepe.

—Pobre, qué loco está —dijo Pepe. Ramón se rió.

—¿Cómo vas a pensar —dijo, en tanto meaba— que en un boliche, en medio de la ruta, te

vas a encontrar con un coso como éste?

—Hijo de puta —se rió Pepe. Ramón, mientras se cerraba la bragueta, se rajó un pedo de los fuertes.

—A ver si todavía le tenemos que garpar el asado —dijo.

—¿Tendrá guita nuestra?

Cuando llegaron de nuevo a la mesa, Namur estaba contando que el perverso rey Merak, del planeta Mkor, había intentado atraparlo, que incluso sus naves habían intercambiado andanadas de rayos desintegradores en el mar de los meteoritos, pero que había logrado desorientarlo al entrar en el fluctuante campo magnético de Plutón. El Colorado le decía que él había pasado una vez por esa zona y que era muy jodida, que le había cagado dos amortiguadores.

—La importancia del pensamiento es vital para incidir sobre las descargas enemigas de rayos desintegradores —informó Namur, tocándose el entrecejo con la punta de los dedos.

—Ni qué decir —se encogió de hombros Pepe estirándose para pinchar un último trozo de tira.

—¿Cómo es eso, jefe, cómo es eso?

—La levedad de la materia enfrentada con la energía —aclaró Namur.— Por ejemplo... —buscó con la mirada— ese adorno... —señaló con su mano delgada un poster colgado en la pared, la foto de un perro peludo, plana en la base de la foto, con un relieve realista y repulsivo en la parte de la cabeza del perro.

—Sí... —dijeron todos, mirando. Namur contempló el poster fijamente durante un par de minutos. Luego el poster pareció desprenderse de la pared, se separó de ella unos cinco centímetros y cayó al suelo. Los cuatro se miraron, haciendo gestos de aprobación con la cabeza.

—¿Cómo se llamaba el alemán que hacía eso? ¿Uri Geller? —preguntó el Colorado.

—Tiene un nombre eso.

—¿Un nombre? —preguntó el hombre.

—Sí. Ese fenómeno. ¿Telequinesis, no es?

—A ver si nos cobran el cuadro, todavía —se quejó el Negro.

—¿Y usted no ha probado a ver un oculista? —el Colorado volvió a la carga.

—No dispongo de tiempo para nada. El perverso rey Merak puede caer sobre mí en cualquier momento. Es por eso que quería pedirles algo...

Los cuatro lo observaron con atención. El hombre estaba algo inclinado hacia adelante, estudiándolos. Se mantuvo así en tanto el patrón, saliendo de la cocina, se inclinaba sobre el mostrador preguntándose cómo carajo se había caído el poster del perro peludo de la pared. Namur no dijo nada hasta que el patrón se volvió hacia la cocina con un gesto de escepticismo.

—Estamos haciendo una colecta... —explicó Namur— ...juntando fondos para combatir contra el perverso rey Merak. No es mucho lo que les pido. Lo que ustedes puedan, muchachos, queda en la voluntad de ustedes, no se hagan problemas...

Se hizo un silencio prolongado. Todos miraban a Namur. Ramón se empezó a reír.

—Flaco... —comenzó.— ¿A vos te parece... —pero no pudo continuar. A través de los vidrios del quincho se vio una luz enceguecedora. Todos se volvieron a mirar hacia afuera. Se oyó un zumbido, una trepidación que sacudió levemente los vasos y los cubiertos pero que de inmediato cesó y, fuera de la parrilla, volvió la oscuridad.

—Flaco... —retomó Ramón. — ...¿A vos te parece que...

Fue cuando se abrió la puerta y apareció una figura desmañada, verdosa y fosforescente. Una especie de humanoide, de baja estatura y ojos saltones.

—¡Namur! —llamó.— Namur... ¿Qué pasa?

Namur se volvió hacia él.

—Ya voy, Pxer... —dijo.— Es que acá, los señores... bueno, están pensando... La figura se acercó a la mesa, con su especie de cabeza romboidal hizo un gesto que parecía un saludo.

—Acerquese jefe —solicitó Pepe.— Colo, acércale una silla.

—¿Es amigo suyo? —preguntó el Negro.

—Pxer... ¿Vas a comer algo? —Namur parecía más seguro y reconfortado de estar con alguien conocido. El humanoide dudó, pasándose una extremidad de tres dedos sobre lo que podía ser el cogote.

—Métale, che... —el Colorado le acercó la fuente— ...el chinchulín debe estar caliente todavía.

El patrón se había asomado nuevamente al escuchar el chirrido de la puerta.

—Jefe —llamó Pepe— tráigale un cubierto al amigo.

—No tenemos mucho tiempo —repitió Namur.

—Tío... —Ramón estaba escrutando a Pxer.— ¿Qué crema usa para la cara?

—¿Con qué se da?

—¿Es algún bronceador? ¿Algún vasodilatador? El Colorado esgrimió un cuchillo hacia Ramón.

—El "Barrocutina" —explicó— ...hay lugares donde no llega. No se reparte. Pxer consumía los restos de la achura y era extraño ver desaparecer la tripa en el cuerpo fosforescente.

—¿Es de tomar mucho sol su amigo? —se dirigió Pepe a Namur. Este no llegó a contestar. Afuera hubo otro destello eneguedor que se apagó tan sorpresivamente como se había iniciado. Namur tuvo un gesto de inquietud. Pxer no lo advirtió, estaba requiriendo con gesto confuso pero entendible que le escanciaran un culito del blanco que aún quedaba.

—Lo que no hay es hielo... —se disculpaba en ese momento Ramón, revolviendo con las pinzas inútiles el baldecito. Fue cuando se abrió la puerta y penetraron tres figuras oscuras, altas y poco tranquilizadoras.

Apenas localizaron a Namur y Pxer les apuntaron con unas armas brillantes como piedras preciosas. Hubo un par de destellos sin sonido, los cuerpos de los eventuales amigos de Pepe, el Colorado, Ramón y el Negro, se vieron orlados por un aura tornasolada y luego, se consumieron en el aire como papeles chamuscados. De Namur quedó, sobre la silla que había ocupado, una ceniza tibia y amontonada. De Pxer, una viruta retorcida y de color malva, también sobre la silla. Los tres ejecutores echaron una mirada rápida al lugar, saludaron con un vaivén de lo que se suponía eran sus cabezas, cerraron la puerta y se marcharon. Pronto se volvió a ver la luz intensa y se escuchó un zumbido que se alejó hasta perderse.

El Colorado, con el tenedor, pescaba en la ensaladera los últimos vestigios de cebolla.

—Los versos que inventan para sacarte guita —dijo el Negro.

—El petiso ni abrió la boca.

—Le daba a la molleja como desesperado.

—Andá a saber... —dijo el Negro.

Pagaron, no era mucho, y volvieron al auto. Habrán llegado a Rosario a eso de las dos de la mañana, no más, y ya casi se les había pasado la mufa de la derrota.

CHARLAS CON ZEBLINTSKY

Entrar en la casa de Efraín Eneas Zeblintsky me produjo la misma sensación que entrar a un templo. Si bien no había ningún detalle puntual que trajese a mi mente esa semejanza (íconos, campanarios, sarcófagos, confesionarios) la sabia dosis de luz contenida por los vitraux, el silencio casi monástico que campeaba en los ámbitos y la insistencia firme pero cordial de la mucama en que me quitase el calzado posibilitó en mí tal caprichosa conexión de ideas.

El clima de recogimiento, el austero tono oscuro de la madera de las bibliotecas y el olor a incienso me transmitieron un mensaje de paz que atenuó lo prolongado de la espera.

Debo reconocer que, a pesar de mis largos años en el oficio del periodismo, no pude menos que experimentar cierta ansiedad de principiante ante la proximidad de la nota. La sucesión de personas que, a manera de graciosos controles o retenes, se anoticiaron de mi presencia en la casa (la ya mencionada mucama que se había retirado con mi calzado; un señor maduro, a todas luces el jardinero, dado que sostenía en su mano derecha un almácigo con la misma grandeza con que Herodes pudo haber sostenido la cabeza de San Juan el Bautista, una anciana que sufrió un acceso de tos ante mi presencia) logró, incluso, aumentar mi estado de tensión.

Afortunadamente, y como no podía ser de otra manera, el campechano descuido y la sobria cordialidad de Zeblintsky en su trato me hicieron recobrar de inmediato la cordura. Colaboró también, para hacer menos acartonado el primer contacto con el genial pensador y filósofo, la breve irrupción de Haydée, su esposa, quien, tras charlar animados quince minutos conmigo en la errónea convicción de que yo era el escritor peruano Mario Vargas Llosa, se perdió en las habitaciones traseras para reaparecer luego con dos tazas de un aromático té que perfumó con su oriental fragancia los primeros momentos de nuestro encuentro.

La nota que sigue a continuación se desarrolló a lo largo de cinco días consecutivos. El primero, donde agotamos la conversación en sí, y los cuatro restantes en los que retorné a la casa en procura de recuperar mi calzado, en un reclamo que, aún hoy, la mucama se empeña en desconocer.

R. F.

P —Zeblintsky... ¿Qué es el té?

Z —Qué curioso... usted me nombra el té y yo no puedo menos que pensar en el Karma, en el Karma como lo interpretaban los vedas, no los brahmanes levíticos. Por supuesto que ellos no se referían al Karma con esa palabra: "karma", una palabra tan fonética, si no que le decían "tsé", como si fuera "té" pero con una "ese" intermedia.

P —Como la mosca "tsé-tsé".

Z —No, porque la mosca "tsé-tsé" es una deformación gálica, tan propia de un pueblo con artrosis culturales como el nuestro y, si no, ahí está el ejemplo de Manfredo Flores Villarda. El "tsé-tsé" de la mosca no es otra cosa, para los bantúes, que la simple repetición de la onomatopeya del sonido de esos insectos, bellos insectos, al volar. Lo que ocurre es que nosotros enseguida nos dimos a la tarea de interpretarlo bajo el insuficiente prisma del lenguaje.

P —Esa "ese" intermedia se repite, como una obsesión, desde el griego.

Z —Yo no diría desde el griego, sería un despropósito de mi parte, pero podría aventurar que el latino ha sido bastante generoso con las "eses" intermedias y, por transmisión, nuestra lengua. Se nota en los nombres, por ejemplo. "Ambrosio", sin ir más lejos, es un caso flagrante de "ese" intermedia. Eso lo estuvimos discutiendo largo tiempo anoche con Ismael Silva Lencina, dado que él, pobre, es pasible del mismo problema.

P —Es extraña la influencia de los nombres sobre la conducta de las personas. Los criollos del norte de Galicia solían decir que el nombre era parte de la herencia genética de un ser humano, que lo recibía de los padres como un rasgo continuatorio, de la misma forma que el color de los ojos, la conformación ósea o...

Z —O la densidad del cabello. Puede ser, puede ser. No sé. No sé. Pero no hay que

confiarse demasiado en la lucidez de la gente del norte de Galicia. No olvidemos que ellos colaboraron activamente en el advenimiento de la hepatitis, a la que siempre confundieron con un ciclo orgánico natural, como la pubertad o la menopausia. No por nada, Attilio Bertolucci ha dicho: "Eppur è possibile/ di quest'uomo folgorato, stroncato, atterrato/ narrarsi lunghe stagioni attive." Ismael, y permítame mi recurrencia a la cita, me comentaba que a él, su nombre le calzaba tan bien como a un monje benedictino el sayo. Y eso es lo preocupante, ya que los monjes benedictinos visten muy mal, o al menos no es esa su principal característica.

P —Es notable, usted me hablaba de su charla con Ismael Silva Lencina durante el transcurso de una cena y yo no podía menos que relacionar el hecho con el antiguo placer de los hombres de intercambiar ideas, conocerse, filosofar incluso, durante el momento de la ingestión de alimentos.

Z —No. O no es exactamente así. Si yo lo expresara así no podría menos que considerarme un poco tonto, o un poco lelo, para no emplear una palabra de una musicalidad tan primaria como "tonto". "De minimis non curat praetor" dice el adagio latino y no lo dice en vano. Se hace dificultoso hablar en tanto uno mastica. No es tampoco lo aconsejable en materia estética, al menos en nuestra época. Entre los sunitas, el comer con la boca abierta era un rasgo de poder. ¿Lo sabía usted? O, al menos, un rasgo de poder comer. Para algunas tribus del oeste de África, el mostrar a una persona del sexo opuesto el alimento masticado dentro de la cavidad bucal era interpretado como un acto de altísima carga erótica. Los primeros holandeses que llegaron a Tobago, daban al hecho de comer una significación alimenticia. Los hititas también. No sé los arameos.

P —Ha sido un pueblo extraño el arameo.

Z —Son muy extraños los arameos, especialmente para aquellos que no conocen nada sobre ellos. No puedo menos que recordar las palabras del general De Gaulle cuando, llegando a Argel en el 58, y frente a doscientas mil personas, dice: "Je vous ai compris".

P —¿No es conmovedora esa permanente avidez del hombre por el conocimiento?

Z —A esa pregunta se la puede contestar perfectamente con las mismas palabras que pronuncia Manuel Filiberto de Saboya, al volver de la batalla de San Quintín, donde había batido a los franceses.

P —Para algunas culturas chinas, la palabra "conocer" es sinónimo de "casa de té". Es notable ¿no? Para usted... ¿qué es el té?

Z —El pueblo chino es un anagrama difícil de imaginar. Porque la similitud de los chinos entre ellos es de una complejidad que no se da entre nosotros o, al menos, yo sólo lo he visto en Florencio e Hipólito Ablanedo, que eran gemelos. Por lo que se me daba en pensar, hasta qué punto podría llegar el mimetismo entre los chinos si, además, fuesen gemelos o mellizos. "Do you know, Astafy, I saw two women fighting in the street today" dice Yemelyan, el patético personaje de Dostoiévsky en "The honest thief". Stevens opina: "Quien ha visto un chino ha visto al Universo", lo que me parece una desmesura de su parte, cosa que no debe sorprendernos. Pero Habermann dijo: "Quien ha visto un chino ha visto todos los chinos", lo que me parece bastante más cerca de la verdad o, al menos, no tan petulante.

P —Y, además, ese color amarillo...

Z —Ese color amarillo, un color tan asmático. Pero ellos lo sobrellevan bien. Es un pueblo sufrido.

P —El sufrimiento parece ser una marca de agua, algo ya impreso e irreversible en algunos estadios de ciertas culturas orientales. ¿Hay dos concepciones independientes entre sí del concepto de sufrimiento como ente individual y el sufrimiento como carga colectiva o de familia? ¿Se puede interpretar el "pathein" como ajeno al concepto de individuo? ¿Es tan sólo gestual el sufrimiento así interpretado?

Z —Es notable... es notable... ¡Qué partícula interesante y digna de estudio es la contracción "al"! Es un puente, un pasillo, un desfiladero hacia algo, hacia otra cosa, hacia el más allá. "Al" suena un poco a cristal ¿no es cierto?

P —Tiene un matiz arábigo.

Z —Sería ése un entendimiento simplista. No me refería yo a una interpretación tan ramplona. Es difícil de aprehender, quizás, para nosotros, hechos, mal que nos pese, a una concepción occidental de las cosas, cómo con tal economía de letras puede lograrse tanta vocación de servicio en el vocablo. La contracción "al" se potencia en contacto con otras palabras. Por sí sola decrece en su validez, lo que confirmaría la teoría de la química como lenguaje.

P —¿Era Bergeroo quien sostenía esa teoría?

Z —No, acaba de ocurrírseme en este momento. La química es fascinante, especialmente todo lo que se refiere al parentesco de la materia orgánica con otras materias.

P —Como ser... ¿cuáles?

Z —Física, Ciencias Biológicas, Gimnasia y ese engendro que se ha dado en llamar "Educación Democrática". Hablábamos de eso y del sufrimiento con Ismael Silva Lencina anoche, casi sobre el fin de la cena. Sobre la convivencia democrática y la actitud mayestática ante el sufrimiento, dado que él había recibido el impacto de un pan sobre la ceja derecha, arrojado por el tipógrafo de la revista. Usted sabe, hemos vuelto a la carga con "El labio leporino".

P —Para alguien a quien le aprietan los zapatos, por ejemplo, el dolor es un episodio pasajero, digamos. O, al menos, que perdurará hasta el momento de quitárselos. Pero, para aquel que ha nacido con una caja craneana más pequeña que lo que su cerebro requiere, el dolor será permanente. Sin embargo... ¿No será menor el dolor para quien está acostumbrado a él, que para quien lo vive como un episodio pasajero?

Z —Rilke dice: "Ich bin ja noch kein Wissender im Wehe/ so macht mich dieses grosse Dunkel klein/ bist du es aber: mach dich schwer, brich ein/ dass deine ganze Hand an mir geschebe/ un dich an dir mit meinem ganzen Schrein." Creo que está bastante claro. También decía eso Augenthaler, que recitaba cosas de Rilke y a quien conocí en Nelspruit.

P —Austria.

Z —No, Pretoria, junto a Lourenço Marques. Créame, un imbécil.

P —¿Lourenço Marques?

Z —No, Augenthaler. Pero en lo que va del dolor adoptado como algo consuetudinario a la herida circunstancial producida por el golpe de un pan sobre una ceja, media un campo tan amplio como el que va de la prosa de un Milquíades Magisster a la pintura de un Venancio César Aguilera. Era eso lo que procuraba hacerle entender a Ismael anoche mismo. Ismael estaba muy furioso. Pensaba que era todo proveniente de una idea mía. Sabrá usted que él no me perdona que yo lo catalogara como "el mejor, por lejos, de los poetas que ha dado Remedios de Escalada", cosa totalmente cierta, por otra parte. Tuvimos que servirle un tilo para que se calmara.

P —La furia, el enojo, parecen ser también una constante dentro del genio creador. ¿Es un tubérculo bueno o malo dentro de la capacidad creadora? ¿Es el reflejo de lo oscuro? ¿Qué es lo que representa, Zeblintsky?. ¿Qué es el tilo?

Z —Los arameos decían: "Lo mejor es ser páramo". Es una frase que me ha perseguido desde siempre o, quizás, desde que la oí por primera vez. ¿Qué quieren decir con eso? Y le recuerdo que los arameos nos legaron el aro de cobre. ¿Qué quieren decir con eso de "lo mejor es ser páramo"? "Páramo", una palabra tan esdrújula para nuestro gusto. ¿Qué quieren decir con esa frase?... No sé. No tengo la más mínima idea de lo que quieren decir los arameos con eso. Será por eso, tal vez, que la frase me persigue como una maldición gitana. ¿Sabía usted que los gitanos interpretan las manos?

P —Leí algo sobre eso.

Z —Debería leer más. Ellos leen las manos y lo hacen de corrido. Admiro al pueblo gitano, tan trashumante. Creo que necesitan un reconocimiento en el concierto de las naciones, alguna vez, por su aporte. "Celos", de Gades, por ejemplo, es formidable. Y nadie parece saberlo. Hemos hecho de la ignominia una actitud y de la bonhomía una trivialidad. Es una pena. Pero yo creo que el dolor de Ismael no era tanto por lo del ojo sino por el abandono voluntario de su libertad, de su independencia.

P —¿Por qué, Zeblintsky?

Z —Se casaba. El abandono voluntario de la independencia es una bajeza o, si se quiere, una debilidad. Humana, pero rastrera. Es como el soldado que abandona su trinchera. Bien lo sintetizó Ole Lars Qvist aquella vez que regresaba de Burdeos.

P —El concepto de libertad, "la libertad", toma diversas formas y acepciones pero, en esencia, es el mismo desde hace miles de años. ¿Es una emoción o una moda, Zeblintsky?

Z —El concepto libertario o "germen liberador" como mal lo definía Fenwick en "La cabra y el anfiteatro" nace, prácticamente, con el hombre. O, al menos, con el hombre como lo reconocemos nosotros. Es curioso, pero el hombre comienza a perder este concepto de libertad al descubrir el fuego, ya que este elemento requiere de una atención, de una alimentación y de un cuidado que obliga al hombre a permanecer junto a él. Lo que se contrapone con la invención de la rueda. La rueda no necesita que haya nadie al lado suyo. En ese aspecto la rueda es mucho más independiente. Yo admiro a la rueda, no tanto como diseño, me parece monótona, sino como fundamentalismo filosófico. Abdicar de una plena independencia en forma voluntaria es propio

de patanes, sea cual fuere la razón que se esgrima para justificar tal desatino. La teoría aducida por Ismael Silva Lencina, anoche, no por ajena, ya que no dudo que la extrajo de los "Folios discursivos" de Nemeth Giorgiocasso, deja de ser tan elemental como absurda. No olvidemos que Giorgiocasso terminó sus días en la hoguera, lo que reivindica, en cierto modo, al fuego, debemos ser justos.

P —¿En qué se basaba la teoría de don Ismael Silva Lencina?

Z —Mire, si ya es tonto discutir con un necio, aun con un necio que suele ser brillante, como Ismael, mucho más tonto sería repetir sus conceptos. Tal vez debería usted preguntárselo a él mismo. No le será difícil encontrarlo ya que aún debe estar amarrado al semáforo del Bajo, donde lo abandonamos anoche. Hay un gran concepto lúdico en esa actitud nuestra hacia Ismael, en su despedida. Lo mismo que en la capa de engrudo y plumas con que lo recubrimos y que tanto me hacía recordar al ingenuo ornato de algunos pueblos del Amazonas superior, por su fosforescencia en la oscuridad de la noche.

P —¿Se puede tomar la noche, la oscuridad de la noche, como la oposición de la luz o como la demostración del día por el absurdo?

Z —Planteada así, la pregunta suena bastante poco brillante, casi estúpida dándole a la palabra estupidez el sentido bíblico que le adjudica Caifas cuando dice: "...y fue de suya la imbecilidad tan densa, que cubrióse de pústulas su marfilino rostro." Pero es cierto que hay un hábito con respecto a la oscuridad, una convención que viene de los fenicios y que se acepta sin discutir como el "five o'clock tea" para los ingleses o la hora de la oración para los mahometanos. "No sería tal la oscuridad si alguien me alumbrara" dijo Le Roux, segundos antes de precipitarse en el abismo.

P —Ahora que menciona a los ingleses, Zeblintsky... ¿Qué es el té?

AFORISMOS DE ERNESTO ESTEBAN ETCHENIQUE

(Extraído de un reportaje de la revista "Recua")

En el rostro de Ernesto Esteban Etchenique siempre campea una sonrisa de beatitud. Su mirada es clara y transparente. Y sus manos, frágiles manos, parecen dibujar en el aire el gesto de una caricia.

Es un hombre sencillo, al punto que sería difícil reconocer en él al autor de tantas y tantas frases maravillosas, pletóricas de intención y sabiduría.

Ernesto Esteban Etchenique es, por sobre todas las cosas, un hombre sensible. Sus ojos se llenan de lágrimas con una facilidad conmovedora. El simple hecho de contemplar una puesta de sol, el vuelo de un ave, el alejarse de un ómnibus o bien, la sombra de una guía telefónica proyectada sobre una pared, obtiene el milagro, repetido milagro, de que sus pupilas se empañen y sus labios se vean estremecidos ante la inminencia del llanto.

—A veces pienso que mi audacia no tiene límites —nos sonríe, pícaro— cuando me atrevo a incursionar en un género que ha sabido de maestros tales como Antonio Porchia y otros. Con mis aforismos, con mis humildes aforismos, con estas despojadas frases que reúno con paciencia de orfebre, no es mucho lo que pretendo. Es mi intención, tan sólo, brindar a mi semejante, al ser humano, la llave que le permita acceder al Esclarecimiento Definitivo. A la Verdad Eterna.

Y para ello, Ernesto Esteban Etchenique ha elegido uno de los rumbos más difíciles y sacrificados: el del cultivo de los aforismos. Ese permanente afán de captar lo medular, de resumir en dos palabras, en tres a lo sumo, en cinco si hacen falta, el inmenso y complejo sentido de la Vida. Esa vocación por construir con lo mínimo, asceta de la literatura, una catedral maravillosa de ideas, de sentires, de mensajes.

—Yo entiendo que no es fácil para el lector común —reconoce a "Recua" Ernesto Esteban Etchenique— llegar a captar, en frases tan concisas, tan desprovistas de oropel, tan primarias, ese contenido que abre ventanas, que agranda horizontes, que genera creación...

Ernesto Esteban Etchenique no puede continuar. Un acceso de llanto lo dobla sobre sí mismo. Comprendemos que no será posible continuar la entrevista con el literato. No sólo deberíamos vencer su particular introspección, su resistencia a hablar sobre su persona y su obra, sino que, ahora, lo advertimos transido ante la emoción que le produce la visión de las pilas de nuestro grabador. "Recuerdan, y olvidan que recuerdan", nos ha regalado.

Debemos buscar nuevos rumbos para nuestra nota y Angelita, su compañera de toda la vida, su mujer-novia-madre, es quien acepta aportar una anécdota que colaborará a que el lector de "Recua" pueda formarse una imagen más precisa y total de Ernesto Esteban Etchenique.

—Conocí a Ernesto en una Feria del Libro —nos relata con una voz que descubre su emoción— allá por el año 45. A pesar de que él era aún muy joven, yo ya sabía de su fama y de su talento. Había leído de él algunos artículos, poemas cortos, sonetos, en la revista "Albor". También había leído sus primeros aforismos, sin saber que eran aforismos, yo suponía que eran títulos de libros anteriores. En mi disculpa, hay que considerar que era apenas una niña, no había cumplido 17 años y los 17 de aquella época no eran los 17 de ahora. Aun así, pese a mi proverbial timidez, reuní valor, todavía no puedo entender cómo, y me decidí a hablarle. Recuerdo que recurrí a una excusa tonta: le pregunté, fingiendo ser redactora de una revista estudiantil, qué pensamiento, qué conclusión le motivaba la feria, aquel cenáculo del saber, aquel ámbito de erudición y cultura. Ernesto me miró, recuerdo, y por largo tiempo no contestó. Sin duda, estaba buscando en su cerebro aquella frase justa, sin aditamento ninguno, aquellas pocas palabras que reflejaran plenamente en una reflexión exacta toda esa cosmogonía literaria. Me acuerdo que me hizo un gesto para que yo aguardara, luego tomó un lápiz y en un pequeño papelito escribió dos palabras, sólo dos palabras. Dobló el papelito y, siempre sin decir nada, me lo dio. Yo me fui a mi casa, apretando ese papelito en un puño como quien aprieta un tesoro, sin atreverme a abrirlo. Ya en la soledad de mi pieza, abrí el papel y decía: "Estoy afónico". Allí comprendí que aquel hombre maravilloso necesitaba de alguien que le tejiese una bufanda.

Aforismos de Ernesto Esteban Etchenique.

El perro es perro. Y no lo sabe.

Mientras más sé, menos sé. No sé.

¡Já! ¡Qué estúpida es la astucia!

Quiso ser eterno. Y fue técnico electricista.

La mentira se ríe de la verdad. Pero su risa es falsa.

Escupir hacia arriba, sin mancharse uno mismo. ¡He ahí la verdadera ciencia!

No juzgar a los hombres por sus actos. Condenarlos.

El necio no sabrá apreciar ni el sabor de una flor ni el olor de una fruta.

Decimos: "Haz como la hormiga, que trabaja todo el día." ¡No sabemos cuan jóvenes mueren!

El árbol se ríe del hacha. Así le va.

Si todos los hombres del mundo se tomasen de las manos... ¡Cuán larga sería esa fila!

Alegra ver caer las gotas de lluvia. Pero ellas se destrozan contra el suelo.

Piensa un minuto y serás justo. Piensa una hora y se te hará tarde.

Quieres vivir todos los días. Ya aburres.

¿Acaso el Universo no es de todos? ¿Qué esperas para arrancar un tomate?

La paciencia, espera. La virtud, observa. El pato, parpa.

Se puede hacer una armadura con papel. Pero no te pelees.

El aire está en todas partes y nadie le dice nada.

Todo lo que puede depararte la vida, de ahora en más, es basura.

El hijo de la Sabiduría y el Honor, ya camina.

Llamamos flor a la flor, pero la flor no sería flor, si fuera la flor por nosotros llamada.

Si un hombre es pobre de espíritu, sucio, ruin y maloliente, no valen por él ni estas líneas.

La virtud del virtuoso, la envidia el oso.

El fruto de la codicia es amargo. Pero no hay otra cosa.

El oído quisiera ver y el ojo, oír. ¿Quién los entiende?

Todo aquel es quien pudiera no haber sido, de serlo antes.

La perfección es obsesiva. Y eso es un defecto.

El sabio, en su sabiduría, no ve el alud que lo sepulta.

También el rudo buey fue débil cordero.

Una vida más larga... ¿Acortaría la Muerte?

Amigos son los huevos, que están en el mismo nido y nunca se regañan.

Me descalcé en la oscuridad. Y pisé algo.

No es el pañuelo quien se engripa.

No intentes demostrarme tu escepticismo. Yo no te creo.

No es más ágil el atleta que quien se cae de un árbol.

No te mueras nunca.

El muerto se ríe del degollado. Y éste, de su trabajo.

La maza castiga el yunque. Algo habrá hecho.

Haz como el beduino, que arma su tienda y no se queja.

Si tu mejor amigo te incrusta un puñal en la espalda... desconfía de su amistad.

UN VETERANO DE LA RUEDA GIGANTE

Recién ahora puedo decir que soy un veterano de la Rueda Gigante. Pero debieron pasar tres largos años, hasta ayer, cuando me bajé de la rueda sin haberme vomitado encima ni un poquito, para que pudiera decirlo.

Estaba, eso sí, de mal color y tardé más de cinco minutos en reenfocar bien mi ojo izquierdo, pero, por lo demás, todo diez puntos. Metzger, el encargado, sólo me miró y me dijo: "Bien. Muy bien." Nada más. Pero yo sé que estaba orgulloso de mí. No hay que olvidar que Metzger me vio llegar, casi un pibe, cuando yo ni siquiera sabía qué era un autito chocador, a mediados del 81.

Ahora lo pienso y recuerdo a Martínez, a Grimaldo, a Francone, Ayuso y tantos, tantos otros que se quedaron en el camino o lo que es peor, se cayeron de la Rueda Gigante y se hicieron mierda. Como el petiso Candia.

Era la segunda vez que subía y ya se pensaba un veterano. Nunca supimos si perdió el equilibrio o si se tiró. Yo ya lo había notado mal al petiso, ese mismo día, en el Gusano. Nervioso, tenso, asustado. Hay que reconocer que el Gusano no es cosa fácil. A mí nunca me ha resultado muy simple subirme allí arriba y aguantármela.

"Me cagué" me dijo Candia ese día, cuando el Gusano empezó a marchar hacia atrás. Y ni tenía que decírmelo. El olor, en esa carlinga reducida, era espantoso. Yo advertí algo espeso, grumoso, como dulce de leche, saliendo por debajo del pantalón de Candia y empastando el piso de metal.

Metzger no dijo nada cuando bajó Candia, al menos adelante de los otros. Pero después lo llevó adentro de la casilla donde se venden los boletos para los cisnes y lo tuvo allí casi media hora. Cuando salieron, Candia lagrimeaba y tenía las mejillas moradas como si le hubieran pegado. Esa tarde subió a la Rueda Gigante, se vino abajo y se hizo bosta contra el suelo.

Yo quedé muy impresionado, el petiso era mi amigo, pero pronto me acostumbré a esas cosas. Como cuando sacaron a Girlanda de entre los autitos chocadores. Lo chocaron tres a la vez y el auto de él saltó hacia arriba y se dio vuelta. Metzger enseguida cortó la corriente pero, me acuerdo, entre Marioni y yo tuvimos que sacarlo. Se le había quebrado el cuello o algo así porque tratábamos de enderezarle la cabeza y no había forma de colocarla. Todo entre las risas de los Vet, los que hacía ya dos años que no faltaban un domingo y subían a la Coctelera solos.

Yo, antes, lo confieso, me mareaba de sólo verla funcionar a la Coctelera y me oriné la primera vez que subí a ella con Metzger. No de miedo, sino de incontinencia o algo así. Es como si las funciones de uno se alteraran porque el cuerpo, nos explicaba Metzger, no está habituado a ser disparado hacia arriba y hacia abajo y hacia los costados al mismo tiempo. "La fuerza centrífuga es una fuerza natural a los lavarropas, pero no a los hombres", nos decía y lo repetía para que se nos grabara.

La primera vez que subí a la Rueda Gigante fue tremendo. Yo recuerdo que ya había pasado por los avioncitos y los cisnes. No son pasos muy difíciles pero tampoco pueden catalogarse de sencillos. Además, hay que sumarle a la cosa todo eso de las luces, las sirenas, los mil y un sonidos que a uno lo aturden y no lo dejan pensar tranquilo. Para colmo, yo no encontraba ni en Metzger ni en nadie, un poquito de amabilidad.

Metzger me pidió el ticket, me señaló uno de los cisnes y se marchó a atender a otro. Yo me metí en el cisne y recordé el consejo de uno que había pasado por eso y hoy es heladero: "Vos mirá lo que hacen los otros." Yo miré hacia otro de los cisnes y vi a Giandoménico, —después sabría que se llamaba Giandoménico—, agarrado al cuello del animal. Estaba pálido y lo vi transpirar. Fue cuando se me acercó un tipo, que lucía el ticket picado, verde, propio de los que ya han subido al Tren Fantasma, y me dijo: "No trates de equilibrar el cuerpo. No pienses en nada. Vos solamente dejate llevar. Cerrá los ojos". Yo sólo atiné a cerrar los ojos. Pero no pude dejar de pensar. Pensé en mi madre, en mi perro Arsenio y en tío Ernesto que agonizaba en la cama cuatro del Sanatorio Británico. Cuando el cisne arrancó, me desmayé.

Pero la primera vez que subí a la Rueda Gigante fue tremendo. Allí se terminan los valientes y lo pasado hasta ese momento parece no servir para nada. Solamente con el balanceo del comienzo uno alcanza a comprender, en toda su magnitud, la verdadera dimensión de la pequeñez humana. Y el rechinar del acero al tensarse, las luces, la estrella de luces, el frío del

barral de hierro en las palmas húmedas de las manos. Y esa sensación espantosa de caer en el vacío, como debe haberla sentido Jonás al precipitarse en el vientre oscuro de la ballena. Una impresión de que algo o alguien te empuja las tripas hacia la boca, el culo se te frunce como una medusa que huye y tenés la idea de que los muslos te flamean. Esa bocanada de olor a maíz pisingallo que te pega en la cara, esa cosa dulzona de las manzanas con caramelo y la otra cosa puta que parece tela de araña coloreada, pegajosa, con azúcar. A la segunda vuelta vomité hasta el hígado, vomité bilis, jugo gástrico, orina, todo. Pero no lloré. Tal vez por eso, los Vet que estaban abajo, al final, ni siquiera me jodieron. Creo que me respetaron. Es que yo también he visto de esos duros, o supuestamente duros, arrastrándose como babosas después del Tren Fantasma. Lo vi a Evdemón, sin ir más lejos. Y no pude joderlo por algo muy simple, era Evdemón el mismo que me había aconsejado el primer día cuando me subí al cisne.

Recuerdo que el tren salió del túnel y yo ya lo vi a Evdemón de un color raro, como el color que toman los chicles tras dos años de estar pegados debajo del asiento de un cine. Yo no le pregunté nada, pero lo observé de reojo cuando bajó. No se había cagado ni meado, tampoco había restos de vómito en su butaca. Sin embargo, Evdemón, desencajado, blanco, se marchó hacia la salida general como un espectro. Nunca más supimos de él hasta que nos enteramos que, en un viaje, Rodríguez lo había reconocido bajo los hábitos marrones de unas monjas de clausura en las Carmelitas Descalzas de una iglesia de San Luis. Es que el Tren Fantasma debe ser algo muy duro. Demasiado duro, quizás. Aparte de Evdemón, yo he visto muchos otros veteranos incluso, salir de allí con signos alarmantes, con desvíos de conducta significativos.

Como Soliz, que se tiró al paso del chanco en la calesita. O Farruggia, que quemó el muñeco vestido de tirolés que se ganó en el polígono.

El Tren Fantasma es lo único que me falta. Metzger me dijo que aún estoy muy tierno para afrontarlo, que me falta un año, más o menos, todavía.

Pero yo sé que deberé hacerlo mucho antes. No me olvido que el mismo Metzger dijo, cuando me vio la primera vez: "Cada vez los mandan más jóvenes". Yo sé que les falta gente. Y también me acuerdo de lo que me dijo ese Vet, ayer, cuando bajé de la Rueda Gigante sin haberme vomitado nada: "Bien pibe, vos ya estás para Disneylandia".

EL RÉCORD DE LAUVEN VOGELIO

La meseta de Colquechaca es una altiplanicie situada en Bolivia, no muy lejos de Poroma, casi en la cordillera central. Su altitud es de 3900 metros sobre el nivel del mar y allí el aire es tan puro que aspirarlo es como inhalar un puñado de vidrio molido o hielo seco. La visibilidad es perfecta y parece probarlo el hecho de que un cóndor puede distinguir su presa desde más allá de los 1700 metros y diferenciar perfectamente si se trata de un cùi (especie de conejillo de Indias) o un Land Rover.

El acceso a la meseta es difícil y peligroso. El transporte ideal para alcanzarla es el noble yack, pero la inexistencia de tal mamífero tibetano en el cono sur de América hace que deba recurrirse al burro.

Fue así, a lomo de burro, que pude llegar a dicha planicie. El empecinamiento que me hizo arrostrar los peligros de verme precipitado en algún barranco, la molestia del soroche (el apunamiento) o el riesgo cierto de ser atacado por un guanaco, no era vano.

Yo sería el único periodista testigo de uno de los mayores acontecimientos deportivos del siglo: la ruptura violenta del récord de los nueve segundos en los cien metros llanos.

Tras cuatro días de marcha entre pulidas rocas, delgados caminos de cornisa y pequeños aludes producidos por los cascos de mi cabalgadura, llegué al campamento de Lauven Vogelio, el profesor Bruges, y un equipo de quince ayudantes entre los que se contaban algunos coyas que hacían las veces de traductores, guías y cronometristas.

El campamento constaba de dos barracones muy amplios con dormitorios, vestuarios, cafetería, enfermería y cocina, todo plegable, y había sido transportado, al igual que el personal, en un helicóptero Super Frelon desde Maiquetía (Venezuela). Diferenciándose de mi sistema, ellos no habían recurrido al burro, pese a que habían transportado una docena de ellos en el mismo helicóptero. Luego, al conocer al profesor Bruges comencé a comprender los porqués de tanta organización, de tanto fanatismo en el cuidado de los más mínimos detalles.

Recién al día siguiente de mi arribo pude tomar un café con el profesor e iniciar la primera etapa de mi reportaje.

—¿Qué lo ha llevado, profesor —le pregunté— a elegir esta meseta sudamericana, para la prueba más rigurosa de su pupilo?

Bruges me observó largamente desde atrás de sus anteojuelos sin marco. Es un hombre muy delgado y su cuerpo demuestra el físico emparentado desde siempre con el deporte. Cercano a los 74 años, sus brazos y piernas son tensos y fibrosos y revelan al hombre que, durante quince años, ha practicado intensamente, a nivel de altísima competencia, el aeromodelismo.

—La resistencia del aire —me contestó, al fin.— En estas alturas, el aire padece de una notoria disminución de densidad y el cuerpo de un individuo lanzado a toda marcha lo pliega, lo aplasta y lo hiende con la facilidad con que esta cuchara separa este trozo de manteca.

Bruges unió el ejemplo a su palabra y recibí sobre el rostro dos tibios salpicones de manteca. El profesor hizo caso omiso al detalle.

—Cuando uno está luchando, no ya contra los segundos, no ya contra las milésimas de segundo, no ya contra las centésimas de milésima de segundo, sino contra la millonésima de centésimas de segundo, cualquier posibilidad de bajar la más despreciable unidad de tiempo no debe ser desdeñada.

—¿Justificaría eso, según sus palabras, este traslado masivo, casi un operativo militar, a esta región perdida del globo? —le pregunté.— Pocas veces he visto tanto desprecio reflejado en los ojos de un ser humano.

—Esto no es sólo una prueba deportiva, señor —murmuró, cuando pudo controlarse.— Esto es un experimento de resistencia física, que pone al hombre en los umbrales de nuevas conquistas maravillosas. Los resultados que pueden devenir de esta prueba pueden adelantar el estudio de las formidables posibilidades del hombre en su evolución corporal y mental en uno o dos siglos, constituyendo un hito comparable al del descubrimiento de la disgregación de la materia, el café instantáneo o el reloj de cu-cú.

Yo, que vi la muerte multitudinaria por hambruna en Etiopía, que presencié desde cerca

el asesinato de Anwar Sadat en El Cairo, que conocí a la primera novia de un primo mío, que asistí (de niño) al momento en que mi abuelo retorció el pescuezo de una gallina y luego soporté el instante en que mi abuela hacía lo propio con mi abuelo, nunca vi nada que me impresionase tanto como la figura de Lauven Vogelio. Eso fue recién al tercer día de permanecer en el campamento. Hasta ese día Vogelio había estado siendo sometido a una completa transfusión de sangre, que le reoxigenó los glóbulos rojos, le brindó a los blancos una ferocidad de hienas y lo devolvió a la pista con la iracundia de un misil.

Ahora pienso que yo, tal vez sin saberlo, ya había visto antes al atleta. Al segundo día de estar en Colquechaca, pasando frente a la carpa inflable que hacía las veces de quirófano, vi colgando de una sogá, junto a la ropa interior del personal, una suerte de envase vacío y flácido, que semejava un balón desinflado secándose al sol. No puedo jurarlo, pues lo vi desde muy lejos y algo distraído, pero bien podía haber sido aquello el mismísimo Lauven Vogelio aguardando ser llenado de sangre flamante, como tantas veces.

Lo cierto es que, al tercer día, sin tener mayores cosas para hacer entre aquella gente ceñuda y hosca como los ayudantes del profesor, o silenciosa y ausente como los coyas encargados de programar las computadoras, decidí estirar las piernas en un paseo destinado, más que nada, a estudiar la sedentaria conducta de los guanacos. Confieso que aquellos animales habían despertado mi curiosidad con sus miradas profundas y diáfanas, su permanente rumiar y sus escupitajos agraviantes. Máxime tras enterarme, a través de Pebas Björksele (uno de los coyas) que no se trataba de rumiantes sino que masticaban permanentemente coca. Las hojas del estimulante eran provistas a los animales por los mismos nativos, quienes, de esa manera, los mantenían calmos y aletargados, a la vez que infatigables para el trote, la trepada de riscos y el transporte de bultos.

A poco andar divisé a Vogelio estirando los músculos, solo en la llanura. Estuve contemplándolo sin que él reparase en mi presencia. Era un joven delgado y alto, tal vez cercano a los dos metros, con proporciones físicas comparables a las de un galgo por lo estilizadas y magras.

En todos sus movimientos dejaba la sensación de una incalculable potencialidad de velocidad latente. Estaba parado y parecía que andaba. Caminaba y era creíble la idea de que podía levantar vuelo en cualquier momento. De pronto, Lauven me vio y se acercó de inmediato. Desde lejos pude advertir el brillo de su sonrisa. Pero, ya cerca, cuando estiraba su mano para estrechar la mía, no pude evitar un respingo de estupor y rechazo. El cráneo de Vogelio estaba completamente rasurado y la piel, allí, ofrecía la tersura de la porcelana. Ese detalle no hubiese conmovido a nadie, de no mediar la visión de su nariz afilada y de sus orejas inexistentes. La nariz era bastante más larga que cualquier nariz prolongada y, la piel sobre el tabique nasal, estirada y tensa por más de una operación de cirugía estética, terminaba en una punta aguda como la original nariz de Pinocho. Las orejas brillaban por su ausencia y sólo se advertían los orificios auditivos, pulidos y exentos de rebarba. La barbilla, huidiza y casi inapreciable no parecía tener modificación artificial alguna. Las cejas no existían, depiladas por completo, como las pestañas. En verdad, no podía detectarse huella capilar en esa suerte de globo blanquecino, aguzado hacia la nariz, como un ariete.

—Comprendo su confusión —me dijo Lauven, sonriente y sin soltar mi diestra.— Me ocurre muy a menudo. Usted debe ser el periodista argentino.

Asentí con la cabeza y nos sentamos sobre unas rocas.

—Ocurre que el profesor —me explicó Lauven— se ha inspirado en el diseño del Concorde. Usted verá —dijo, pasándose un dedo por la cara— que se ha procurado evitar toda saliente o protuberancia que pueda ofrecer resistencia al aire. Las orejas, por ejemplo, me quitaban casi una décima de segundo.

—Comprendo. Comprendo —atiné a decir. Disimuladamente pude pasar mi vista por el resto del cuerpo de Vogelio, debilitada en parte la cruel atracción que ejerciera en mí su rostro. Vi, entonces, dos enormes cicatrices que nacían desde los empeines de ambos pies, trepando hasta las rodillas. Las señalé sin hablar, como un niño curioso.

—Ah... —exclamó Lauven— ...me reemplazaron los huesos de las piernas por huesos sin médula. Huecos. El profesor lo descubrió estudiando los cuadros de las bicicletas de carrera. El hueso hueco es mucho más liviano y no pierde resistencia si se le suministra calcio en buena cantidad. Además, en la misma operación —Lauven articuló su pie derecho— el doctor Vlaandéren me modificó en un punto el ángulo de apoyo de la pisada. En Austria filmamos mi última prueba, entregamos todos los datos a la computadora y ésta dictaminó que yo pisaba mal.

Vlaandéren me operó y mejoré una décima de segundo.

Lauven hablaba visiblemente satisfecho, ante mi gesto de cierta repulsa.

—Nada escapa al cálculo del profesor —agregó.— También introdujo otra variante, luego de que yo marqué 9' 8" en Sarajevo. Me hizo sacar las dos costillas inferiores, las denominadas "falsas" —dijo, señalando sus flancos donde podía apreciarse un pálido hilo de carne suturada— una de cada lado. No servían para nada. Y era peso suplementario.

—¿No... no es demasiado? —me atreví a preguntar.

—Por supuesto. Puedo bajar ese tiempo. Los 9' 8" de Sarajevo son una marca mentirosa. Garuaba, además y, aunque usted no lo crea, la garúa ejerce una resistencia mensurable. Como la neblina. No correré nunca más con neblina.

—¿Piensa usted —pregunté— que todo esto, estos experimentos, estas mutilaciones que se han hecho sobre su cuerpo, tienen algún sentido, dejan alguna enseñanza para alguien?

Lauven observó la lejanía.

—No son mutilaciones —afirmó— son adaptaciones lógicas para conseguir un diseño más apropiado. Es algo natural en cualquier disciplina y en cualquier trabajo. Yo no hubiese aceptado que se me cortasen las orejas de haber sido traductor. Pero soy velocista, no las necesito. El disparo de largada se efectúa desde tan cerca que puedo oírlo perfectamente. La historia tiene innumerables pruebas de esto. Las Amazonas se extirpaban un pecho para poder disparar mejor sus flechas. En la segunda guerra, cuando las mujeres debieron suplantar a sus maridos en las fábricas, se cortaron el cabello, impusieron el estilo de corte varonil y nadie se rasgó las vestiduras por eso.

Vogelio hablaba como recitando, pero no había enojo en su voz. Se lo advertía acostumbrado a dar ese tipo de explicaciones.

—¿Qué pretende demostrar usted —requerí— con este, digamos despiadado, régimen de eficiencia, de concentración, de entrenamiento?

Vogelio tardó en responder. El viento, al resbalar sobre sus arcos superciliares, al deslizarse por sus fosas nasales, gemía como una quena. Llegué a pensar que tenía unidos, directamente, los conductos nasales y auditivos.

—No hay ninguna motivación diferente a la de cualquier atleta: el sentido de la superación —me dijo— simplemente. El lógico y humano deseo de superación. De fijarse una marca y quebrarla. Además, algunas organizaciones están pendientes de mis pruebas y recogen importante información y datos de ellas.

—¿Cómo cuáles?

—No conozco todas —confesó, y parecía sincero.— No es mi rubro. Pero sé que hay una importante firma de calzado deportivo detrás de esto, una marca de hamburguesas y una corporación que fabrica refugios antiatómicos.

—¿Refugios antiatómicos?

—Sí. Una firma alemana. La velocidad en carrera de un ser humano puede ser la diferencia entre la vida y la muerte. Ganar dos segundos en un sprint hasta un refugio tal vez salve la vida a más de uno. No con respecto a los misiles pequeños, los antipersonales. Con esos, si uno corre es peor. Como sucede con los perros.

Nos quedamos en silencio. Él, observando el reverbero del sol sobre la planicie. Yo, observándolo a él.

—Usted dijo en un momento —continuó Vogelio—"entrenamiento despiadado". No creo que sea tan así. Vea usted mis muslos —los señaló.— No han sido tocados. Aquí no hay huesos huecos ni flexores laminados de acero. Están naturales, como cuando yo vine al mundo. Porque el profesor no desea convertirme en una máquina. Eso me invalidaría como un ejemplo viviente para el resto de los atletas o para los niños que aman el atletismo. Yo no puedo apartarme de la especie humana.

Asentí vagamente. Me conmovía su candidez y su cordialidad. Se puso de pie y caminó unos pasos. Parecía hacerlo en cámara lenta, como un mimo, pero asimismo, me recordó a un Mirage saliendo de su hangar.

—Debo dejarlo ahora. El doctor tiene que inyectarme unas hormonas —dijo.— Por un par de días no nos veremos. Supongo que podremos vernos el día previo a la prueba. A veces las hormonas —explicó— no me caen muy bien.

Parecía que le costaba alejarse.

—No le extraña que hable tanto —sonrió— pero hace años que vivo siempre rodeado de la misma gente. Por eso, cuando encuentro a alguien ajeno al grupo, procuro aprovecharlo. Y más si

se trata de alguien de un país, por así decirlo, y usted no se ofenda, tan exótico como el suyo. ¿Cómo andan esos carnavales?

—Bien. Bien —acerté a decir, confuso.

—¡Qué hermoso lugar! —exclamó, volviendo a mirar la meseta, tal vez contagiado de mi confusión.— Lo que puede la erosión. ¿Sabe qué elementos han provocado esta erosión?

—El viento —arriesgué.

—El viento y los instrumentos de viento. Los nativos de acá, desde siglos, tocan instrumentos de viento. Eso, con el tiempo, influye. Ningún abuso es gratuito, amigo —me dijo, a manera de despedida. Agitó una mano y se alejó hacia el campamento.

En efecto, no volví a ver a Vogelio hasta dos días después, uno antes de la prueba final. La proximidad del momento clave había enrarecido el aire en el campamento y el nerviosismo se podía palpar incluso en los coyas, ya que se miraban entre ellos y hasta pestañeaban.

Cuando llegué al barracón del profesor tuve mi primera sorpresa. Vi, paseando junto a los helicópteros, una espigada mujer, de paso decidido y largos cabellos. Me impactó no haberme percatado antes de la presencia de una dama en el campamento, ya que no había visto hasta el momento ninguna representante del sexo femenino, máxime considerando que parecía tratarse de una mujer cercana al metro noventa de estatura.

Media hora después, cuando concurrí a la reunión previa a la prueba de entrenamiento, mi sorpresa se multiplicó por mil. La mujer en cuestión no era otro que Vogelio. Mordisqueando las cutículas de sus uñas nerviosamente, el atleta ofrecía una imagen física y social muy diferente a la que había mostrado en nuestro primer encuentro. Adusto, huraño, no pronunció palabra durante toda la reunión, persistiendo en alisarse una melena casi rojiza que le cubría los hombros. A todas luces no era peluca. Sobre el final, al despedirse, rumbo al vestuario, su voz lucía aflautada y con desniveles. Mostraba, también, un caminar levemente femenino.

El profesor Bruges advirtió mi rostro de perplejidad.

—Las hormonas suelen sentarle mal —dijo, a título de explicación.— Ya lo ve, se pone bastante esquivo y de mal talante. Pero luego se le pasa. Puede influir el hecho de que no hayamos conseguido, esta vez, hormonas de guepardo macho.

—¿Guepardo? —me asombré.

—Conocerá usted el guepardo... —comenzó Bruges.

—Por supuesto que lo conozco. Son los seres vivientes más veloces sobre la Tierra.

—Bueno. ¡Imagínese lo que es alcanzarlo para sacarle las hormonas! Le estamos haciendo un tratamiento a Vogelio a base de hormonas de ese felino. No intensivo, porque le ha causado algunos desarreglos de comportamiento, como incentivo de un cierto instinto depredador que lleva a mi muchacho a destrozar flores, comer papeles o perseguir sabandijas. Pero lo suficiente como para que desarrolle una suerte de contracción muscular previa al despegue mucho más efectiva y contundente.

No me permitieron presenciar la prueba de ensayo. El compromiso conmigo admitía sólo mi presencia en la prueba final, a efectuarse el día siguiente.

Pero al anoecer, de regreso el equipo al campamento, proveniente de la meseta, había caras de enojo y gestos de contrariedad y desaliento.

—Estamos un segundo por sobre la marca buscada —alcanzó a deslizarme, tipo información de máximo secreto, el doctor Vlaandéren cuando pasó a mi lado.

Observé a Bruges y lo vi pálido y desencajado. Detecté, incluso, un destello de locura en sus ojos. Vogelio, más atrás, más inexpresivo, parecía lagrimear.

Al día siguiente, todo pareció conjugarse para el éxito. El aire tenía la pureza de un cristal y ni una brisa alteraba la calma de la mañana. Se había elegido como hora de largada el exacto punto del mediodía, con la finalidad de que la sombra de Vogelio se redujese al máximo procurando que no llegase a desconcentrarlo.

Ya sobre las nueve de la mañana, los camiones cargando los equipos de filmación, las cámaras de televisión y las computadoras partieron hacia la meseta.

El compartimento de Vogelio se mantuvo herméticamente cerrado y él no se dejó ver en ningún momento. El profesor, en cambio, anduvo desde muy temprano de un lado a otro, controlando todo y con huellas evidentes de no haber dormido bien. Por último, pasó a mi lado y, en un gesto inusual de cariño, me pegó un par de palmadas en el brazo. Detrás de él llegó el doctor y me invitó a acompañarlos en el jeep hasta la pista.

Media hora después estábamos apostados al lado de ésta, en medio de una maraña de cables, instrumentos de medición y auxiliares que iban y venían. Parecía increíble que, en aquella región inmovilizada por el tiempo, prácticamente inerte, pudiese desplegarse de pronto, tamaña actividad. Sobre las once de la mañana llegó Vogelio y la visión de su nuevo diseño me paralizó la sangre.

Le habían sido amputados ambos brazos. Apenas llegado comenzó a corretear, calentando los músculos.

—¿Parece una bala, no es así? —la voz del profesor, a mi lado, me sobresaltó.

—Realmente —dije.

—Con esto, ganará algo más del segundo que nos hace falta —me explicó, confiado. Luego, sin esperar mi aprobación, se marchó a conversar con Vogelio. La concentración mental del atleta duró hasta cinco minutos antes de la largada. En tanto nos diseminábamos por nuestros puestos de observación, Vogelio realizaba los últimos movimientos elongatorios.

Cuando las cámaras comenzaron a filmar, el profesor trotó hasta el asiento que compartíamos con el doctor y se sentó. Allí sí, lo noté contraído y tenso.

Vogelio, lentamente, se acercó a la línea de largada. Nosotros estábamos como a unos cien metros, para evitar dispersar su atención, y sólo se encontraba cerca de él el largador, pistola en mano. A pesar de la distancia, pude apreciar que, antes de flexionarse, Vogelio miraba hacia nuestro banco y sonreía. Parecía haber recuperado el espíritu afable que yo le conocía.

Luego, siempre lentamente y ya por completo imbuido de su responsabilidad ante la historia del atletismo mundial, se agachó buscando la posición de partida.

La nariz aguzada al frente, sin los brazos, las piernas formidables curvadas y aguardando dispararse como una saeta, la figura de Vogelio era un emblema de la potencia.

Sonó el disparo y el muchacho pareció catapultado hacia adelante por un reactor espacial. Vi como un manchón esfumado por la velocidad, un frenético pistonear de las piernas, luego, algo que pareció desprenderse, un estallido y finalmente, Vogelio, convertido en una bola de fuego, se pulverizó en el aire.

LOS ÚLTIMOS VERMICELLI

El ruido de la puerta metálica al cerrarse le hizo pensar al gordo en algo definitivo. Algo definitivo como el cerrarse de la tapa de un ataúd, por ejemplo. Pero, de inmediato, un glorioso aroma a tuco, a salsa de tomates, lo sacó de ese pensamiento.

—¿Lo siguieron? —preguntó Bobina.

—No sé. Creo que no. Puede ser —contestó el gordo.

—¿No sabe o puede ser?

—Eh... —el gordo trató de poner atención en lo que le decían—... no sé muy bien. Pero es posible, es posible. Creo haber visto a alguien siguiéndome.

—¡Crespo! —gritó Bobina.— Andá fijate.

El gordo se secó la transpiración con un pañuelo. Ese aroma a tuco lo devolvía al patio de la casa materna, a su infancia. Olfateó el aire con fruición.

—Esto es bárbaro —sonrió.

—Hay que andar con cuidado —Bobina le señaló un pasillo, invitándolo a pasar.— Esto no es joda.

Merighi lo miró al gordo un ratito.

—¿Quién le dijo dónde estábamos?

El gordo, con las manos, se secó la transpiración de la papada.

—Heredia me había dicho cómo llegar —explicó.— Hace bastante ya de esto.

—Heredia —repitió Merighi— ¿Sabe lo que pasó con Heredia?

—Sí —el gordo bajó la cabeza.

—¿Por qué tardó tanto en venir?

—La verdad... la verdad...

—No pensó que se la agarrarían con usted también...

—Y sí... —sonrió, avergonzado, el gordo.— Qué se yo...

—Se han largado con todo. No va a quedar ninguno de los que están afuera.

—Pero... —vaciló el gordo— ¿Por qué? Se habían quedado tranquilos. Habían aflojado.

—Pero... —pareció ofuscarse Merighi.— ¿En qué mundo vivís, querido?— de improvisó había pasado a tutearlo.

—El Encuentro. El Encuentro.

—Sí. El Encuentro.

Merighi hizo girar algo su sillón y con un movimiento ágil para su obesidad encendió un pequeño televisor ubicado a su lado, sobre un cajón.

—Mirá —dijo. No tuvieron que esperar mucho. Un minuto después aparecía el anuncio del "Quinto Encuentro Mundial de Físicoculturismo".— Lo pasan mil veces por día. Hay afiches en todas partes. Joden el día entero con eso.

—No... no veo televisión.

—Vienen tipos de todas partes del mundo. Va a estar la prensa internacional. ¿Te creías que iban a permitir que quedara algún gordo a la vista?

El gordo no contestó nada. Merighi volvió a agacharse y, con un gesto de fastidio, apagó el televisor.

—Nos quieren hacer cagar a todos —dijo.

—Esto... —el gordo paseó la vista por el extraño lugar—... parece bastante seguro. ¿Qué era?

—Una cámara frigorífica. Un sótano frigorífico, mejor dicho. Para guardar carne.

El gordo no pudo menos que reírse.

—Se sigue usando para lo mismo —rió, también, Merighi.

El clima, algo hostil de la conversación se había distendido.

—Es cierto —el gordo se pasó la mano por la mejilla, como sorprendido de no hallar sudor.— Está más frío acá.

—El frío a nosotros no nos hace nada.

El gordo volvió a mirar hacia el techo, hacia los rincones atiborrados de provisiones, y su nariz detectó nuevamente aquel aroma que lo había estremecido.

—¿Qué son? —Merighi tiró la pregunta, como una adivinanza. El ingreso en ese tema le

ablandaba el carácter. El gordo aspiró ansiosamente el aire, con delectación.

—Déjeme... déjeme... —cerró los ojos— vermicelli a la Strómboli.

—Con...

—Con atún... perejil picado...

—Perejil picado y... ¿qué más?

El gordo volvió a aspirar.

—Hay... hay... ¡Hay hongos ahí!

—Sí, sí —acordó Merighi.— Pero hay algo más.

—Panceta, lógicamente...

—Perejil picado, hongos, panceta... ¿Y qué? Algo más.

El gordo comprendió que estaba siendo sometido a un examen. Tal vez era el examen de ingreso. Aspiró como un animal salvaje venteando el peligro.

—Romero —arriesgó.

—Casi, casi. Laurel.

—Ah... laurel.

—Pero está bien. Está bien —aprobó Merighi.— Con un poco de tiempo le vas a ir agarrando la mano.

En ese momento entró Bobina. Bobina debía pesar unos 130 kilos, calculó el gordo, viéndolo moverse con dificultad, respirando agitadamente, bastante ridículo, sosteniendo con toda su monumental humanidad un pequeño pedazo de pan en su mano derecha extendida, como si trajese un diamante.

—Probá —le dijo el Bobina a Merighi. Merighi abrió la boca y se comió el pedazo de pan embebido en tuco.

—Le falta sal —desdeñó.

—¿Te parece? —la cara de Bobina era de sorpresa. Merighi afirmó con la cabeza. Bobina desanduvo sus pasos hacia la cocina, pero la voz de Merighi lo detuvo.

—Che... —señaló al gordo.— Condarco, el escritor.

—Sí. Lo recibí yo —Bobina le dio la mano.— El famoso escritor. No me explico cómo a usted no se la dieron antes.

El gordo se encogió de hombros.

—Por ahí yo les era más útil vivo —supuso.— O por ahí pensaban que si me la daban habría alguna repercusión internacional.

Merighi meneó la cabeza, escéptico.

—Lo de las dietas es mundial, Condarco. En Estados Unidos ya casi no quedan tipos como nosotros. En Rusia menos. En Alemania han desaparecido casi dos millones de gordos.

—A mí me habían intervenido el teléfono —dijo el gordo.— Y también creo que me controlaban la balanza.

—El problema nuestro es que no pasamos inadvertidos. No nos podemos confundir entre la gente.

—¿Se enteró de lo de Heredia? —preguntó Bobina.

—Sí —suspiró el gordo.

—Pero peor fue lo de Albarello —agregó Merighi.

—¿Qué pasó?

—Se quebró. Lo metieron preso y le ofrecieron someterse a una dieta estricta para rebajar 30 kilos.

—Para llegar al límite de los 80.

—A 75. Ahora son 75 —Merighi mostró los cinco dedos bailoteantes de su regordeta mano derecha.

—¿75? —se alarmó el gordo.

—75. Albarello se negó. No quería traicionar. Y el boludo, en protesta, hizo una huelga de hambre. Rebajó 47.

Ahora es uno de ellos y me juego los huevos que fue quien denunció a Heredia.

Se hizo un silencio abrumador, por un rato. Bobina lo cortó golpeando el marco de la puerta con una palmada.

—Bueno, che... —pareció disculparse, señalando hacia la cocina o, al menos, hacia el sitio de donde provenía el aroma a tuco.

—Llamalo a Torrente que venga —ordenó Merighi. Luego, dándole un envión insólitamente ágil a su sillón giratorio, alcanzó unos papeles de encima de un estante y volvió con

ellos hasta detrás del escritorio. Allí comprendió el gordo la razón por la cual Merighi no se ponía nunca de pie. La gordura lo había encajado entre los posabrazos y el respaldo del sillón. Era como una torta que había desbordado su molde al crecer.

—¿Sabés lo de las recetas? —preguntó Merighi, sacudiendo ante sí los papeles.

—Sí. He oído de eso. ¿"Fahrenheit", no?

—Sí. No podemos correr el riesgo de que ellos se apoderen de las recetas. Por otra parte, ya han quemado todos los libros y tratados de cocina.

—Yo los había enterrado en el fondo de casa —suspiró el gordo.— Pero después de lo que le pasó a Spotorno, los saqué de allí y los quemé.

—Por eso, por eso. Pero cada uno de nosotros ha memorizado una receta.

—Acá tengo, en código, cuál receta sabe cada uno. Torrente sabe como 500. Él puede pasarte la que vos quieras memorizar.

—Yo sé una de memoria —se ufanó el gordo.

—¿Cuál?

—"Civet de liebre".

—A la puta —se pasó la lengua por los labios, Merighi.— Esa no la tenemos.

—Yo sabía. No es muy conocida —el gordo estaba orgulloso.

—¿Cómo es?

El gordo se estiró hacia atrás en el sillón, entrecerró los ojos, apoyó su mano derecha sobre el pecho y recitó.

—Una liebre joven. Un cuarto litro de vino tinto. Un vaso de cognac. Un pocillo de aceite, laurel, tomillo. Una cebolla. Una rama de apio. Tres zanahorias tiernas, sal, pimienta en granos. Un hígado de liebre.

Merighi escuchaba, contemplando el cielo raso, el ceño fruncido.

—Lavar la liebre en agua corriente durante una hora o más, hasta que la carne tome color rosado. Quitar el hígado y reservarlo. Cortar en presas, colocarlas en una fuente honda y cubriirlas con la siguiente marinada: mezclar en un bol el vino tinto, coñac, aceite, laurel...

Promediando la vívida descripción de la receta, Condarco no pudo contenerse y se puso de pie. Atacó los últimos párrafos con verdadero fervor, con sensibilizada fibra.

—... agregar el hígado pasado por tamiz, ligar a la salsa y servir inmediatamente en la misma cazuela, acompañada de trocitos de panceta salteada y champiñones calientes.

Al callar el gordo, ambos hombres quedaron en silencio, emocionados.

Merighi abrió la boca como para decir algo, pero nunca alcanzó a expresarlo. Una tremenda explosión seguida de un estruendo ensordecedor sacudió todo. Cayeron desde el cielo raso pedazos de mampostería y entre el ruido de miles de las latas de conserva que golpeaban contra el suelo pudo oírse el tableteo muy cercano de las ametralladoras.

—¡Al fondo! ¡Al fondo! —atinó a vociferar Merighi maniobrando con su sillón entre los escombros. Ya todo era un infierno de estampidos, alaridos, voces de mando y el resonar de botas por las escaleras. El gordo, en pánico, torpemente, alcanzó la puerta y se lanzó hacia donde se suponía estaba la cocina, al fondo. Merighi, con un último envión obtenido al propulsarse contra su propio escritorio, estaba alcanzando la puerta cuando un escopetazo le estalló en el pecho. El impacto no lo arrancó del sillón pero hizo que éste, con su pesada carga, rodara nuevamente hacia adentro perdiendo poco a poco la velocidad hasta dar con el respaldo contra la pared opuesta. Allí quedó Merighi, ya muerto, con la cabeza gacha moviéndose levemente ante una lluvia de fideos dedalito que caía desde el acribillado paquete de un estante alto.

El gordo no tuvo más suerte. La ráfaga de ametralladora lo tomó por la espalda y le dio un empujón final para alcanzar la puerta de la cocina. Antes de caer definitivamente vio, en el suelo de baldosas blancas, los inmensos cuerpos de cuatro gordos, como ballenas que hubiesen encontrado la muerte en una playa. Bobina, entre ellos.

De repente, tan de repente como había comenzado, todo cesó. Se acallaron los disparos, escuchándose solamente alguna orden aislada, el ruido de vidrios al ser pisados por una bota.

El oficial Markevitch entró en la cocina. Tenía aún la pistola en la mano, pero pronto comprendió que ya no le era necesaria. La devolvió a su cartuchera y comenzó a inspeccionar, con paso tranquilo, el lugar.

Detrás de él entró un soldado sosteniendo una ametralladora, aún humeante.

—Hijos de puta —dijo el soldado observando con curiosidad los jamones colgando del techo, las botellas de vino, los frascos de especias, el atiborramiento de provisiones que no dejaban, prácticamente, ver las paredes.

—¡Cómo le daban a la comida! ¡Dale y dale! ¡Meta tragar!

—Es lo único que les interesa, Flores. Su única religión. Han convertido sus cuerpos en tachos de basura. Se meten cualquier cosa adentro —Markevitch había recogido un tomate a medio pelar entre sus manos y ahora lo dejaba caer al suelo. En la cocina, sobre una de las hornallas, todavía se calentaba el tuco, burbujeando en una inmensa olla. A su lado, en un colador, también enorme, estaban los fideos. Markevitch se paró frente a ellos y se quedó mirando. Aspiró hondo.

—Flores —ordenó— dígame al sargento Carelli que no deje de revisar bien todo. Puede haber puertas, pasadizos ocultos. Vaya.

Sin volverse, escuchó que el soldado salía. Cubriendo con sus espaldas la puerta de la cocina, el oficial tomó un pedazo de pan y lo ensopó cuidadosamente en el tuco, luego se lo llevó a la boca. Al saborearlo experimentó un instante de éxtasis y apenas pudo reprimir la fuga de una lágrima. Flores no había vuelto todavía. Tomó el pan entero, le arrancó la corteza y sumió la miga blanda otra vez en el tuco. Lo comió apresurado, algo inquieto. Flores no llegaba. Tomó otro trozo generoso de pan y, cuando iba a meterlo en la olla, escuchó un taconeo a sus espaldas.

—Señor... —comenzó el soldado, vacilando al verlo con el pan en la mano—... el sargento Carelli dice que no hay nada anormal.

—Acerquese, Flores. Quería hacerle probar esto —con seriedad, el oficial Markevitch prosiguió con el movimiento inoportunamente interrumpido e introdujo el pan en la olla.

—¿Qué es eso? —dudó Flores.

—Tuco.

—¿Tuco? —el soldado Flores echó hacia atrás la cabeza como si Markevitch le hubiese acercado a los labios un insecto inquietante.

—Pruébelo.

El soldado tomó el pan y lo comió. Tras un gesto de confusión o temor, elevó las cejas como admitiendo una evidencia.

—Es horrible —aseveró.

—Es para poner a la pasta —el oficial señaló los fideos.

—¿Eso es la pasta? —el soldado Flores por fin se hallaba frente a aquello sobre lo cual tanto lo habían prevenido en los cursos especiales.

—¡Esto! Puras calorías. Colesterol. Lípidos. Una mierda, soldado.

—La famosa pasta —musitó Flores, absorto.

—Hay toneladas de pasta acá. Hemos dado con un verdadero arsenal. Tendremos que dinamitarlo.

—Límpiese acá —cambió abruptamente la conversación Flores, señalándose su propia comisura derecha de los labios. Markevitch se apresuró a limpiarse con la palma de la mano.

—¡Vamos Flores! —ordenó, con brusquedad.— Maneje bien hasta el cuartel y no le diré a nadie que estuvo probando el tuco.

Al salir, Markevitch se detuvo un instante junto a la mesa de la cocina. Allí había, abierta, una caja redonda de cartón conteniendo dulce de leche. Un dulce de leche oscuro, brillante y denso.

Aún sobresalía de la caja el mango de una cuchara sopera. Markevitch la contempló un par de minutos, paralizado. Pero apretó los dientes y se contuvo.

—Hijos de puta —pensó, apresurando el paso.

Ya afuera, de vuelta al camión que los había transportado hasta la descubierta guardada, Markevitch se recostó en el asiento y se quedó pensando.

—A veces —dijo, como para sí— no sé si esto lo hacemos por un mejoramiento de la raza... o por envidia.

Pero Flores, atento al tráfico, no pareció entenderlo.

FOTOS VIEJAS

Mirá Merce, mira ésta qué linda... Acá está Rosi, mira qué bien está. ¿Cómo cuál es? ...ésta, ¿cuál va a ser? ...la que tiene esa especie de bonete en la cabeza... Bueno, todas tienen esa especie de bonete en la cabeza, se ve que era una fiesta. Claro, era en la casa de Zulema, un cumpleaños. Rosi debía tener acá doce, trece años. A ver... no, no dice nada acá atrás... porque a algunas fotos yo les ponía la fecha detrás. No, a ésta no le puse nada. ¡Qué tonta!

Y ésta... ésta parece en Tanti ¿no? Sí, debe ser en Tanti ¿no ves los árboles? Sí, es Tanti. ¡Qué foto chiquita! No sé por qué antes sacaban fotos tan chiquitas, Rosi está con una amiga, parece Laura, la hija de Dora, de Dorita... Fue el año de la epidemia de poliomielitis, por eso habíamos mandado las nenas a Tanti.

Y éstos... ¿quiénes son?... Ah, es Polo, es Polo mi marido, ¿ves Merce?... ¡éste, Merce! ¿cuál va a ser? El de la campera de cuero. Está gordo acá. El otro es Glorio, el de poncho. Claro... Glorio, el esposo de Beba, era muy amigo de Polo, Siempre tan bien puesto Glorio. Lindo tipo de hombre.

¡Ay, acá qué chiquita Rosi! Mira, parece una muñeca. Era una muñeca Rosi cuando chiquita. Esos ojos, los bucles... éstos, éstos son los bucles, Merce. ¿Vos no ves bien? ¿Querés los lentes? Parece mentira que fuera tan chiquita ¿no? Era una preciosura, siempre me decían. No como Graciela, pobrecita. Gracielita siempre fue más feúcha, más poquita cosa, pobrecita. O será que al lado de Rosi no lucía tanto, no sé...

Acá estoy yo... ¡Ay, por favor, qué gorda que estaba! Es en la pileta del club. Del club Huracán, Merce... claro... Las otras chicas no sé bien quiénes son. Ha pasado tanto tiempo. Esta puede ser la chica de Medrano, pobrecita, que murió hace poco. Una chica muy inteligente, muy bien. Mirá cómo se usaba el pelo en esa época. ¡Ah, no! ¡Lo que pasa es que yo estaba gruesa de Graciela! Claro... si no podía ser que estuviera tan gorda. Yo tenía una linda figurita. Sí, porque Rosi ya tenía tres añitos para cuatro cuando yo encargué a Graciela. Acá la han manchado con birome, parece. Alguna de las chicas, Graciela seguro. Rosi no era de hacer esas cosas. Siempre fue más juiciosa.

Acá están las dos... ¿ves, Merce? ¿Ves Mercedes? Rosi y Gracielita. Y éste es el nene de Tola, éste de acá, el Mariano, que era la piel de Judas ese chico, ay, por favor... ¿No ves lo que te digo?... ¡Cómo se nota acá!... Rosi es más bonita, ya desde chica era más bonita, más graciosa. ¿No ves la nariz de Gracielita? Sacó la nariz del abuelo... ¡Lo que sufrió esa chica por la nariz hasta que se operó!... Pero no quedó muy bien. Polo no la quería operar por nada del mundo... ¡ésta es la nariz, Merce!... La boca, la nariz... Feúcha, pobre ángel...

¿Y ésta?... esta chiquita... no sé, parece que la hubieran cortado. Debe ser un pic-nic, será en Acebal, no sé... Sacan cada foto a veces...

Ahhh... acá estoy yo, ésta fue una fiesta en el Círculo de Aviación, ésta es la que yo te decía, Merce... Acá está Cuca, ésta, la de lentes negros, siempre tan elegante Cuca, tan arreglada, tan peripuesta. Y el de atrás es el gordo Santanbrossio, que fue socio del papi mucho tiempo. ¡Ay, mirá, acá está mamá! Claro, ésta es mamá... ¿Qué tiene en la cabeza? Un turbante, no sé... se ponía cada cosa en la cabeza... Y éste ¿ves? éste, pobre, es Marcelo. Ya acá estaba mal ¿ves? ya

estaba muy desmejorado... ¡Cómo se ponen amarillas las fotos! Yo no sé por qué se ponen amarillas.

Tía Ernestina... esta foto es del tiempo de Ñaupá... Que linda era tía Ernestina... Bah, no era linda pero era una mujer muy interesante. La que era linda era Morocha, la melliza de ella, que murió tan joven, pobrecita... una bronconeumonía, una cosa así, una de esas enfermedades que había antes, no me acuerdo mucho. O tifus habrá sido. Fue terrible, una tragedia...

Esta es la que te quería mostrar... la de la fiesta de graduación de Rosi. Acá no salió muy bien, qué raro, se ve que el fotógrafo la ha tomado mal, está cerrando los ojos... Esta que la tiene agarrada del brazo es Marilú, que prácticamente hizo todos los estudios con ella... ¡Ah, las compañeras la querían muchísimo! La adoraban. Tan buena alumna, tan aplicada, tan mujer en sus cosas. Y una chica tan estudiosa, nunca se llevó una materia a rendir. Bueno, yo creo que Polo la mataba si se llegaba a llevar a rendir una materia. Polo era muy estricto con el estudio. Pero Rosi jamás de los jamases se llevó una a rendir. Excelente alumna, de una conducta impecable... Cerró los ojos la tonta.

¡Ah, qué chiquito era el negrito acá!... Una fiesta en la casa de Morocha, la que lo tiene alzado es Leonor, la mujer que trabajaba en lo de Moro. Trabajó mil años... Y acá atrás está Lucrecia, comiendo, como siempre... ¡así está ahora, si la ves no lo podés creer!... ésta, ésta es Lucrecia, Merce... Ese que vos decís es Antonio, que era bastante borrachín. Buenazo, pobre, pero tan poca cosa...

Gracielita disfrazada... haciéndose la payasa... De chiquita y ya de más grande le gustaba mucho hacerse la payasa... Yo no sé, tal vez para llamar la atención... Es cierto que nosotros nos volcamos siempre mucho a Rosita pero, hay que ver que Rosi era la primera y un encanto de chica. Con Gracielita siempre fuimos mucho más liberales. Polo, incluso, que era tan severo con la mayor. Y así resultó, Gracielita ni siquiera terminó los estudios... ¿Gracielita? ¡No, no terminó los estudios! Fue un disgusto tremendo que tuvo Polo. No sé si eso no le produjo la hemiplejía, pero Gracielita no terminó los estudios. En realidad no terminó nada de lo que empezó. Rosi completó Declamación, Inglés, Francés, todo, y siempre bien. Graciela no... más vaga, más indolente... Parece mentira, dos chicas tan distintas... Siendo hermanas, digo...

Mirá esta chiquita... Polo junto a un auto... Es raro, nunca tuvo auto. Y con sombrero. Poco o nada usaba sombrero, es muy petiso para sombrero. Aunque antes se usaba. Parece acá en Rosario ¿no?... éste es el auto, Merce, éste...

Mirá qué raro, Rosi con vestido de fiesta... Ah, no... ¡qué tonta!... Es la fiesta de quince... Porque a ella nunca le gustaron mucho los bailes. Es cierto que a nosotros nunca nos gustó demasiado que ella fuera, tampoco. No sé... siempre con Polo fuimos tanto de tenerla controlada, de saber dónde estaba... Mirá las cosas que ocurren ahora, que los padres ni saben dónde están los hijos... Con Graciela fuimos más elásticos, debe ser que con los hijos menores es así. Con el primero una tiene siempre más cuidados. Graciela iba siempre a los bailes, a esos asaltos, era más alocada. Buena, pero más alocada. Rosita no, siempre con nosotros, que hasta yo le decía: "Salí nena, anda a tomar un helado, a dar una vuelta, cualquier cosa". Pero no era de salir, le temía un poco al control del padre. Me parece mentira que ahora esté en Europa, tan lejos ¿no?

Ah... mirá Tola... ¡Qué loca era Tola! Siempre tan mandona, tan tipo sargento de caballería. Muy enérgica, muy tirada para atrás. El Negro siempre la cargaba. "Sargento de caballería" le decía. Nos hacía reír Tola. Tenía algunas salidas, algunas ocurrencias...

Estas son de las últimas... Gracielita y el marido, antes de irse de luna de miel a Europa. ¡Se casó muy bien Gracielita! El muchacho es bioquímico, una eminencia, mirá vos. Un muchacho muy serio. La llevó a Europa de viaje de bodas. Mirá qué suerte...

Y ésta, ésta es la que te quería mostrar, Merce... Me la mandó Graciela desde allá, parece que es sacada de una revista ¿no? parece cortada de una revista. Me escribía que es de Suecia o Noruega, o uno de esos países de por allá... ¿ves Merce?... ésta es Rosi, se ve claramente que es Rosi, y está con un negro, ves, parece un negro... Esta es la pierna del negro... y esto... esto... no sé... esto debe ser el brazo del negro... ¿no?... esto digo yo, es algo confusa... ¿ves Merce?... esto te digo... ¡También, mirá a quién le pregunto!... Esto seguro que es un brazo, y esto es la pierna de Rosi, una de las piernas, y el negro está como trepado, no sé... Es rara, rara la foto, se la ve contenta a Rosi, ella me escribía que estaba muy bien allá, estaba chocha... Acá hay otra pierna...

Acá está Polo con el Sultán, pobrecito. Lo tuvimos como once años. De cachorro era un pompón, me acuerdo... ¿ves Merce?... éste, Merce, éste es Polo... Sí, no era de sonreír mucho, pero date cuenta que ésta es de después de la hemiplejía... ¿ves Merce?...

NADA DEL OTRO MUNDO

Mire, yo puedo hablar con conocimiento de causa porque yo estuve allá. Yo no hablo por cosas que me hayan contado o que haya leído, no hablo por boca de ganso. Y le aseguro, le aseguro mi querida que, al menos por lo que yo vi, no vale la pena. No sé si después será otra cosa, pero por lo que yo vi, no vale la pena. Yo he estado en lugares, viajo permanentemente, usted lo sabe, y tengo alguna autoridad para opinar al respecto. Nada del otro mundo, nada del otro mundo. Al principio, sí, es un poco impresionante por la sensación que una tiene de separación, de desdoblamiento, como si usted se partiera en pedazos. Además la típica sensación de lanzarse en un viaje muy largo, hacia lo desconocido. Algo similar a lo que experimenté en mi primera excursión a Oriente.

Y... el traslado, bien... bien... en definitiva pienso que fue lo que más me gustó, lo más interesante. Corto, porque se hace corto, pero bueno. Es como un túnel oscuro surcado por luces intensísimas que le dan a usted esa idea de velocidad, algo muy similar a lo del tren bala, el Shinkansen, en Japón. Una sensación de levedad, ésa sería la palabra, levedad. Yo he cruzado más de una vez el canal de la Mancha en el aliscafo que llega a Dover, que flota sobre un colchón de aire, recuerdo que me impresionó muchísimo la primera vez que lo vi llegar a Calais, pero no alcanza una a tener esa impresión de levedad que yo experimenté acá. Esa parte es buena, le repito que fue lo mejor, tomada la cosa globalmente.

Ahora bien, cuando una llega al lugar, le aseguro que se decepciona bastante, será porque se ha escuchado hablar tanto de la cosa y se pinta de una forma tan diferente, que la expectativa supera la realidad. Por eso yo, en mi agencia, siempre procuro ser lo más exacta posible con mis clientes. Yo no procuro inflarles la cosa de una forma tal que los pobres santos luego lleguen a donde van y se encuentren con una realidad completamente distinta. Yo, a mis pasajeros que van a París, les puedo hablar maravillas de la Place de la Concorde, de la Ile Saint-Louis, del Faubourg Saint-Honoré, del Sacré-Coeur, pero también les anticipo que París tiene un clima de mierda y que lo más probable es que les llueva, mi querida. Para que no se vengan con sorpresas. Porque yo siempre digo: el mal tiempo no sale en los folletos de turismo. La folletería no le dice que en Lima está siempre nublado y está permanentemente horrible horrible.

Entonces, usted llega ahí y le aseguro que la cosa es... más o menos... bien presentada, bien cuidada, pero pobre, modesta, módica digamos. A una le han pintado, o se ha imaginado algo maravilloso, lleno de luces, brillante, fantástico, y se encuentra con otra cosa. Es como si usted va a ver una comedia brillante, un musical de Hollywood y le salen con una en blanco y negro del neorrealismo italiano, mi querida, no jodan. Yo no le voy a mentir, tampoco es horrible, pero le falta... le falta swing, le falta ese algo loco ¿no?... el knack. Es... ¿cómo decirle?... bastante tipo país socialista, ¿me entiende?

Ahora, por otra parte es tal cual a una se lo han explicado o lo ha visto en las figuritas, en las láminas y paso a explicarle esto porque parecería un contrasentido con lo que le he dicho antes. Digamos, lo que no le cuentan los folletos de turismo es el olor, no viene el olor en los folletos de turismo, mi querida. Por ejemplo, usted toma este folleto de Curazao, ve las palmeritas, el mar, la playa maravillosa de arena blanca, el agua transparente transparente que parece un cristal, el celeste del mar, y piensa: esto es el Paraíso. Y es así, por supuesto que es así, la foto no miente. Lo que la foto no le transmite a usted es que hay días, yo no sé si por la época o por la presión ambiental o la humedad o lo que sea, que del mar viene una baranda a pescado podrido que te voltea. Una *spuzza* formidable, densa que es un espanto. A eso me refiero. Pero, una llega y la cosa es tal cual la vio o la imaginó a través de libros, estampas, incluso de los dibujos animados o hasta de los chistes, esos chistes que una ve en las revistas. Están todas las nubecitas, todas las nubecitas, muy blancas, espumosas, como siempre se dice de algodón, un algodón, o eso que comen los chicos en los parques, esa azúcar que parece telaraña, que yo siempre le digo a mi sobrino más chico ¿Cómo podés comer eso que parece telaraña? Están todas las nubes. En eso no defrauda. Lo que también es frecuente, porque yo recuerdo que, muchos años atrás, yo miraba esos almanaques donde se veían campiñas holandesas, por ejemplo, almanaques que regalaba la KLM, y se veían esos campos florecidos, esos tulipanes de colores perfectamente alineados, los molinitos blancos blancos, las casitas con sus cortinitas a cuadritos y yo decía: esto no puede ser así, esto lo hacen para la foto, esto no es real. Pero después una iba a esos

lugares y, efectivamente, ahí estaban los tulipancitos, ahí estaban los molinos, ahí estaban las casitas con las cortinitas a cuadros e incluso ahí estaban esos aldeanos con los gorros con esas orejitas paradas que parecen, no sé, conejos, con mejillas coloradas coloradas que parecían esos muñequitos que salían de esas casitas que había antes para anunciar si hacía buen o mal tiempo. Que salían uno por cada puertita. Acá es lo mismo, están todas las nubecitas, más altas, más bajas, más gordas, menos gordas, más grandes, más chicas. Muy bien. Ahora... ¡Hay un olor a remedio! No sé, a desinfectante de ambiente, a esos Pinexos, qué sé yo, yo no sé qué echan o si será así, o si ése será el olor del aire a esa altura, no sé, la cuestión es que hay un perfume como a sala de espera de dentista, a lavandina... ¿Quiere que le sea más clara, mi querida? Hay olor a telo, a amoblado, para no hacérsela tan larga.

Y por otra parte, está la cuestión práctica. Porque con las nubes es lo mismo que con la nieve, mi querida. Usted va a Cortina d'Ampezzo, a Innsbruck, o sin ir tan lejos, se va a Bariloche, a Las Leñas y claro muy linda la nieve, qué bonita, todo blanco, el paisaje, etc. etc. Pero claro, eso se lo dice el turista o el campeoncito de esquí que viene a hacer slalom. Pero cuando usted habla con la gente que vive en esos lugares tan maravillosos y les pregunta, le hablan pestes de la nieve. Que se mete en las casas, que se disuelve y que da un barro que no hay quien limpie, que corre el riesgo de romperse la crisma con el auto si se le resbala en la ruta como casi me pasa a mí en Val D'Aosta, que se le bloquean los caminos y usted se queda clavada en un lugar por dos semanas... Con las nubes es lo mismo, porque es vapor acuoso, usted las ve ahí flotando que todo parece un espectáculo de rock moderno con ese humo que sale del piso del escenario, pero no deja de ser otra cosa que vapor de agua y a una le queda el pelo que es una ruina y no hay Dios que se lo componga y hay una humedad que ni le cuento. Y caminar es como meterse en un río de esos que tienen barro en el fondo y uno pisa y se levanta un limo, un remolino turbio, la impresión en los pies no es para nada linda, para nada.

Y también vi gente, poca pero vi. No alcancé a hablar porque no me dio tiempo, pero pude verlos con bastante detenimiento. Y también es como a una se lo contaron, esas túnicas blancas, sueltitas, bastante más abajo de las rodillas, casi en los tobillos, en hilo tono crudo, tipo spolverino, flojón de acá, superamplio y las alas. Y con eso también me pasó como con las otras cosas. Sí, muy lindas las alas, muy románticas, pero es como con los payasos, mi querida. Los chicos ven los payasos de lejos y les gustan mucho, quieren ir a verlos, quieren tocarlos, quieren estar con ellos... y cuando se acercan, m'hijita, los sustos que se pegan son tremebundos, que a mis sobrinos les ha costado años de análisis porque se encuentran con gente gorda y transpirada, con la cara pintada como indios, con unas narices así, deformes, una pintura blanca que les marca las estrías, las patas de gallo, las picaduras de viruela, ahí se nota que el pelo amarillo es lana, que abajo de la pintura aparece, por ahí, como un eczema, un bigote, granos. Y transpiran, siempre transpiran, pobres cristos, con esas cosas que se ponen y los chicos lloran como locos. Se asustan y lloran. No hay cosa más fea que un payaso de cerca. Es como en Disneylandia, a mí al principio me parecieron muy graciosos esos tipos disfrazados con las cabezonas esas del Ratón Mickey, de Donald, del perro Pluto, pero cuando los tuve cerca ya no me causaban demasiada gracia. ¡Querida! Es como encontrarse de golpe frente a frente con un ratonazo de este porte, con una rata que es más alta que una, no me jodan.

Y acá es lo mismo, usted ve de lejos a esos señores con las túnicas y las alas y piensa: ¡Qué bello! ¡Qué espectáculo etéreo! Y esas cosas; pero en eso pasó uno bien cerca mío, digamos que a la distancia que está ahora usted y, mi querida, no es nada agradable. Es como si usted ve una gallina con brazos. No deja de ser, después de todo, un ser monstruoso, una criatura deforme, un resabio de la Talidomida, no me jodan. Para colmo, en éste que pasó al lado mío, se notaba que tenía algún problema en el plumaje y había lugares donde no tenía plumas, se le habían caído o se le veían los canutos. Y... ¿sabe qué me impresionó?... las moscas. Unas mosquitas chiquitas que le caminaban entre las plumas. Y seguramente tendría también piojillo, ese "ita" piojo de la gallina que sale en las palabras cruzadas, o gorgojo, no sé. Pero me impresionó, me dio algo así como repulsa. Y después, fundamentalmente, no creo que haya ahí muchas cosas para hacer, especialmente después de las siete. Es un sitio muy tranquilo, muy reposado, muy plácido, pero... ¡déjeme!... es para gente muy especial, tiene que ser para gente muy pero muy particular. Más que nada para gente mayor, para gente grande, para todo el PAMI, que va ahí y la pasa bien, tranquilo, lee pero nada más. Yo no se lo recomendaría ni loca a gente joven. Es algo así como Miami, aunque pienso que esa humedad del vapor de agua no debe ser nada buena para la salud.

En fin, redondeando, de pronto aparece un señor, muy educado, formal, y me dice que se

me han hecho masajes al corazón y que, tras un lapso donde el corazón ha estado sin trabajar, sin bombear, ha vuelto, casi milagrosamente, a la actividad. Así nomás, sencillamente. Y me volví. El regreso también bueno, lo mismo que la ida. Nada más. Pero... ya le digo, si a mí me preguntan, no creo que valga la pena. Como curiosidad y si le aseguran el retorno, bueno, vaya y pase. Como curiosidad, como para decir "Yo estuve". Pero si no, nada del otro mundo. Mire, ahora hay promociones de toda la zona de Indonesia, un área casi inexplorada hasta el momento pero que ahora, gracias a Dios, ha sido tomada por la Sheraton e incluso parece que van a poner un Mediterráneo en Mangole. Dicen que es formidable. Yo le recomendaría mucho más eso a cualquiera que me consultase. Sin dudar, le recomendaría mucho más eso.

EL OCHO ERA MOACYR

El que tiró la primera piedra fue Ricardo, apenas después de haberse ido el tipo.

—Che... ¿quién es este coso?

—No sé —contestó el Zorro.— ¿No es amigo tuyo?

—¿Mío? No. Estás en pedo vos.

—Es amigo del Colifa —aportó el Pitufo—, certero interrumpiendo una conversación que sostenía con una rubia de rulos de la mesa vecina. Tenía eso el Pitu, podía mantener varias conversaciones a la vez, quizás porque no le gustaba verse marginado de ninguna.

En eso llegó el Colifa.

—Che... —le preguntó Ricardo—... el flaco ese que se fue ¿es amigo tuyo?

—¿Qué flaco? —frunció la cara el Colifa mientras se sacaba la campera y la bufanda.

—El flaco... El "Sobrecojines".

—Ah no... —se rió el Colifa.— Yo no lo conozco.

El hombre, el que se había ido, había tenido la desafortunada ocurrencia días atrás, en una de sus pocas intervenciones en la charla, de decir que manejar el último modelo de Renault era sentirse como "sobre cojines". Se habían hecho todos los pelotudos pero la cosa quedó registrada.

—¡Yo creí que era amigo tuyo! —se rió el Pitufo.

—Yo no lo vi en la puta vida.

—Pero... ¿Lo conocés?

—Sí. De acá, ahora.

—Entonces... —insistió Ricardo, casi amenazante.— ¿Quién lo trajo a la mesa?

—Qué sé yo.

Nadie sabía. Pero no era muy extraño. En "El Cairo" era así. De pronto uno se encontraba sentado junto a alguien desconocido que, tal vez por varios días se integraba a la mesa y luego desaparecía tan silenciosa y misteriosamente como había llegado, o reaparecía en alguna mesa lejana, con otra gente asimismo desconocida, y dispensaba un saludo desde allá atrás, al voleo, de cortesía.

—Por ahí alguien se lo dejó olvidado —aventuró el Zorro.

—Eso. ¡Vaya a saber desde hace cuánto tiempo ha estado sentado acá el pobre tipo!

—Yo creía que era amigo tuyo —señaló Ricardo a Belmondo— y ahora resulta que no lo juna nadie.

—¿Mío? ¿Porqué?

Ricardo frunció la nariz.

—No sé —dijo— lo veo muy fino ¿no?

El Zorro captó la cosa de inmediato.

—Muy delicado. ¿No es cierto?

—¿Puto, decís vos? —se rió Belmondo. Después se escandalizó.

—¡Qué guachos de mierda!

—Como te mira mucho... —siguió Ricardo—.. qué sé yo... yo pensaba...

—Medio troló el muchacho —sentenció el Zorro.

—¡Mirá que hay que ser hijos de puta! —dijo Belmondo.— Como el tipo es serio, es educado, es un tipo correcto... para éstos ya es un comilón.

—Muy fino, muy fino. Demasiado.

—Para mí que a vos te tira la goma —opinó el Colifa, mirando a Belmondo.

—¡Qué hijos de puta! —se tomó las manos Belmondo.— No se puede ser culto acá.

—Si te mira y se relame, Bel... —le informó Ricardo.— A Moreira lo manoteó el otro día.

—Sí —defendió Belmondo— no te le agachés adelante.

—¿Qué lo defendés? ¿Qué lo defendés? —pareció ofenderse el Pitufo— ¿Tenés algún interés creado con ese tipo?

—Para mí que se la lastra —meneó la cabeza el Zorro.— ¿No viste a Pedrito cómo lo relojea también?

—¿Quién, che? —Pochi había llegado, engancho las últimas palabras mientras acercaba una silla para poner la campera.

—El flaco alto, el "Sobrecojines".

—¿Qué pasa?

—Que es muy sospechoso, medio rarón ¿viste? —el Pitufo reunía la punta de los dedos de su mano derecha frente a la boca haciendo el gesto universal de comer.

—¿El elegante? —exclamó el Pochi, sentándose.— Muy puto. Tragasables del año uno.

—¡Qué hijos de puta! —volvió a reírse Belmondo.— El otro pobre tipo...

—Traga la bala —siguió el Pochi, serio.— Es más... creo que lo vi levantando machos en Zeballos y Buenos Aires.

—El otro pobre tipo —siguió Belmondo— es un buen tipo... ¿Cuál es el problema? Que empilcha bien, que toma whisky... ¿Cuál es?

—Oíme... —dijo Ricardo. — ¿Cómo va a venir acá de chaleco?

—¡Dejame de joder! De chaleco.

—Y bueno, laburará en un banco. ¿Cuánta gente de la que viene acá labura en un banco?

—No. Y esa corbatita que usa. La rosita...

—Yo lo que te digo —siguió Belmondo— es que yo no me le agacharía adelante.

—Por ahí te empoma.

—Te empoma.

—Tiene su pinta el hombre —estimó el Zorro.

—Y muy coqueto, se la pasa arreglándose la corbatita...

—Es buen muchacho, che, no sean hijos de puta...

Claro, el tipo en cuestión había aparecido un día en la mesa, tal vez abandonado por algún amigo común, tal vez ingresado en la charla por medio de esas presentaciones vagas y generales, "che, un amigo", de inclinaciones de cabezas cortas y distraídas. En verdad, vestía bien, o al menos demasiado formal para el nivel medio, y participaba poco de las conversaciones. Asentía, a veces metía algún bocado, sonreía a menudo, algo distante, mirando hacia la calle, arreglándose la corbata a cada rato (era cierto). Tomó notoriedad el día que pidió un whisky. "Blenders" dijo, con pronunciación cuidada y Moreira lo miró como si le hubiese pedido un plato asiático. "Mirá que vale casi un palo, macho" le había advertido el mozo, cosa que al tipo pareció no inmutarlo. Y entre el sembrado de pocillos de café, vasos de agua, alguna taza de té o mate y servilletitas de papel arrugadas, el generoso vaso de whisky con hielo parecía un paquebote entrando a puerto rodeado de remolcadores diminutos y oscuros.

Otra cosa había sido lo del polo. Vaya a saber cómo salió la conversación sobre polo, quizás por una joda, quizás por alguna película, lo cierto es que el hombre, por primera vez se metió en serio, lideró la charla, habló de los Harriott, de los Dorignac, de handicaps y de poniers con una exactitud sobria y una información sólida. Y al final, cuando ya la charla había derivado inopinadamente hacia el automovilismo, la cagó con lo de "sobre cojines" que se encendió como una luz equívoca y sospechosa en los radares de todos.

—Yo no sé... —advirtió Ricardo, rascándose la espalda—... pero vos, Belmondo, cuidate.

—Sí —admitió Belmondo— porque que me rompan el orto a esta edad...

—O que le tengas que hacer los deberes al muchacho.

—Te digo que si viene mañana yo me corro.

—Sí. A ver si te agarra de la manito y te lleva para el ñoba.

Pasó un tiempo y el parroquiano desconocido no aportó por "El Cairo". El día en que apareció estaban el Pitufo, Belmondo y el Pochi, nada más, conversando. El hombre se desprendió el impecable saco marrón oscuro del traje, dijo un "qué tal" y se sentó medio mirando para la puerta de Sarmiento y Santa Fe, girando un poco nerviosamente el cuello, como un pollo, estirando el mentón, para acomodarse el cuello de la camisa.

—El cinco era Ramacciotti —decía el Pitufo.— Eso seguro.

—El cinco era Ramacciotti. No me acuerdo el tres —dijo Belmondo aún con la mano izquierda cerrada, el pulgar arriba y los ojos entornados.

—Ditro. El tres era Ditro —aseguró Pochi— que después fue a River.

—¡Eso! Que después fue a River.

—Bueno. Entonces tenemos... —resumió el Pitufo—... Moreno, Valentino y Ditro. El cuatro ese que no nos acordamos, Ramacciotti y Malazzo...

—Canceco, Pando, Carceo, González y Sciarra —recitó de un tirón el Pochi.

—Pero... ¿Cómo mierda se llamaba ese cuatro, la puta madre que lo reparió?

—¿Será posible?

—Era un nombre corto. Un nombre corto como... Suárez, Blanco...

—No. Blanco era un cuatro que jugó en Racing. Buen jugador.

—Pero... —se ofuscó Belmondo—... un tipo muy junado... ¿Cómo carajo...?

—No me voy a acordar... No me voy a acordar... —dijo el Pitufo.

—Nos va a pasar como la otra vez con Della Savia.

—¿Te acordás? Yo no pude dormir en toda la noche.

—O con el negro Marchetta. Pasó una semana hasta que me crucé por la calle con Rafael, me agarró del brazo y me dijo, nada más, lo único que me dijo: "Marchetta". "¡Marchetta, la puta que lo parió!" dije yo, y seguimos cada cual por su lado.

—Una noche, a la madrugada, me llamó el Pelado desde Barcelona para preguntarme quién era el ocho de aquella delantera de Ferro con el Cabezón Juárez, Acosta, Lugo y Garabal.

—Berón.

—Berón.

—Pero a mí, esto, ya me cagó la semana —se reubicó el Pochi.

—¡Pero si hasta me acuerdo de la pinta que tenía —se enardeció Belmondo— uno bajito, narigón, feo...!

—¿Martín? ¿No era Martín?

—No, Martín era de Chacarita.

—Bajito, narigón, feo...

—Sí, pero no era Martín. Martín era de Chacarita y después fue al equipo de José.

—Moreno, Valentino y Ditro... —repassó el Pitufo—... tatatá, Ramaciotti y Malazzo...

—¡Concha de la lora!

El hombre, que había seguido silenciosamente la conversación, con una actitud entre divertida y ausente, se acomodó en la mesa y dijo:

—Sainz.

—¡Sainz! —pegó con la palma de la mano el Pitufo sobre la mesa— Sainz la puta que lo reparió.

—Sainz, mirá vos lo tenía en la punta de la lengua. Claro... te decía que era un nombre corto.

—Sí, pero a mí me salía Suárez, Murúa, Aguirre, qué sé yo...

—No, Murúa era el de Racing. Marcador de punta, también. Grandote.

—Sainz —continuó el tipo, sin ufanarse demasiado por su aporte— después fue a River. Sainz, Cap y Varacka.

—Claro, claro. Exactamente. Que arriba jugaba Domingo Pérez, un uruguayo que era un pedo líquido.

—No —corrigió "Sobre cojines"— Domingo Pérez es anterior, es de la época de Pepillo, el nueve ese español que trajo River.

—¡Pepillo! ¿Te acordás? No me acordaba de Pepillo.

—Que la delantera llegó a formar... —recordó el hombre—... Domingo Pérez...

—Moacyr —acotó Pochi.

—Moacyr Claudinho Pinto... —siguió el hombre—... Pepillo, Delem y Roberto. Todos extranjeros.

—Que también estaban Onega, el Nene Sarnari...

—Ermindo, todavía no Daniel.

—Pando, Artime...

—No... —volvió a corregir el hombre— Pando y Artime llegan un poco después. La delantera que te digo era con la cuestión del fútbol espectáculo. También jugaba un negro de cinco, el negro Salvador, un negro lentón...

—Sí. La cosa había empezado con Boca, con Armando, cuando lo trajo a Feola...

—Al gordo Felola Feola —dijo el Pitufo— a Dino Sani, a Maurinho...

—Antes a Orlando —puntualizó "Sobre cojines"— Orlando Pecanha do Carvalho, que inauguró, un poco, la función de seis metido adentro acá en la Argentina.

—También vinieron Loayza, me acuerdo, el Pepe Sasía, a Boca...

—Y bueno... —recordó el Pochi— Sasía vino de última acá, a Central, con el Gitano, Borgogno... —Loayza también. —Loayza también y me acuerdo...

—¡Ese partido contra el Real de Madrid! —se entusiasmó el hombre.— En cancha de Ñul.

—En cancha de Ñul, un amistoso, que los goles del Real los hicieron Pirri y Gento de tiro libre, sobre la hora.

—Yo estaba detrás del arco donde hizo el gol Gento —recordó "Sobre cojines"— ...y no sé

si te acordás que al principio entró Puskas...

—¡Puskas!

Así siguieron casi una hora, hasta que el hombre, de pronto, consultó su reloj, se sobresaltó, se puso de pie, tomó el sobretodo que había dejado prolijamente doblado sobre la silla vecina y, antes de irse, regaló el último aporte.

—Y el diez, el diez del Lobo de La Plata, era Diego Bayo.

—Diego Bayo, claro. Diego Bayo y Gómez Sánchez, el negro Gómez Sánchez que había venido a River con Joya...

Al día siguiente, cuando llegó el Colifa, Belmondo estaba hablando con el Zorro y también estaban el Pitufo, Pochi, Oscar, el otro Oscar, el Negro y el Chelo.

—¿No vino "Sobre cojines"? —preguntó el Colifa. Alguien contestó que no.

—¿Quién es "Sobre cojines"? —dijo el Chelo.

—Rodolfo. Rodolfo creo que se llama. No, no vino.

—Buen tipo ése —dijo el Pochi.

—Buen tipo.

A PROPÓSITO DE LA MUERTE DE MARCOS SALABERRI

La última vez que vi eufórico a Marcos Salaberry fue en el mes de abril de 1976, en Florencia. Marcos había salido de la cárcel, tras purgar una condena por impudicia. Se le acusó de que su libro *El culo a cuatro manos* contenía escenas y descripciones lindantes con lo obsceno. Que en una de sus páginas más precisamente, se repetía 28 veces la palabra "pene". Yo insisto en que eso, más que hablar de su amoralidad, hablaba de la falta del manejo de los sinónimos en Marcos.

"El sinónimo tiende a desaparecer", lo había escuchado sostener un día mucho tiempo atrás, en una discusión con el sonetista Ulises Ubiñas, discusión que no terminó felizmente.

—El sinónimo —continuó aquel día Marcos— es un impostor. Está tomando el significado y el significante de otra palabra. Detesto el sinónimo y todo aquel que lo usa debe ser considerado un cobarde y un ladrón, ya que está avalando el fraude.

Sería obvio aclarar que Marcos era tajante en sus opiniones y más de una vez, agresivo o injusto. Tal vez fue por esto que Ulises, el exquisito poeta peruano, hombre habitualmente sensato, le reventó un sifón a Marcos sobre la mano derecha, en una clara intentona por frustrar su carrera literaria.

Pero la preocupación mayor, la real preocupación de Marcos, era otra. Una preocupación muy entendible y fantasma constante de todos los escritores.

—No se me ocurre nada, Julián —me había confiado tiempo atrás, cuando nos encontramos en París, en el año 71—, la inspiración se ha alejado de mí.

Aquel verano en París, Marcos estaba atravesando una de sus clásicas depresiones. Yo lo había encontrado de casualidad, en uno de los restaurantes chino-vietnamitas de Saint-Séverin, tirado bajo una mesa, llorando. Quiso el azar que se me cayese un pote de arroz y, al inclinarme a levantarlo, sorprendí a mi amigo, casi oculto entre los pliegues del mantel.

Su falta de inspiración lo había llevado a una literatura tan descriptiva que la tornaba fatigosa.

—Permíteme que te lea algo... —me pidió, dos días después de aquel encuentro. Estaba alegre porque había localizado, tras larga búsqueda, en la despensa de la esquina del piso que alquilaba en rue La Boétie, un tipo de queso agrio, con pasas de uva, un tanto delicuescente, que solía usar para tapar los errores que cometía escribiendo a máquina.

—"Robert era un hombre de cabello oscuro —recuerdo que comenzó a leerme— un cabello castaño, del tono de la madera del ébano barnizada, no tan pigmentado en su coloración, pero con un atisbo de caramelo. El filamento capilar era ligeramente rizado, con una ondulación que no comenzaba a manifestarse apenas hacía abandono del cuero cabelludo sino que se precipitaba en ondas, la primera de ellas a un centímetro, centímetro y medio, no más, de su extensión total. Podríamos arriesgar, entonces, que antes de los dos centímetros, ese cabello tornaba sobre sí mismo, en un rulo terco. Tras las dos primeras ondas, ese pelo buscaba ya el reposo sobre sus pares, se adentraba entre ellos como el pequeño polluelo se confunde con sus hermanos de la nidada, y se alargaba buscando los confines de la cabeza, en la zona donde el occipucio se hace abismo y se abre la cascada de la nuca. No era un pelo muy grueso, como podría haberse sospechado de haber heredado Robert la cabellera de su tía, sino que era un pelo ágil y delgado, vibrante, tenso, un pelo joven aún que había resistido a pie firme el acoso de aceites y brillantinas, un pelo que se denotaba orgulloso de coronar esa tapa craneana y, al que, bajo ningún aspecto, se podía tildar de vacilante ante la amenaza de caer en mechón sobre la frente. La frente estaba revestida por una piel de poro abierto, generoso..."

Mi memoria acepta recordar el fragmento hasta allí. Luego, reconozco, me distraje y comencé a jugar con Flufi, el perro de Marcos y Maruca. Marcos cayó en la cuenta de mi falta de atención cuando la coctelera de plata que yo arrojaba lejos para que Flufi corriese tras ella, destrozó una ventana yendo a caer a un patio interno.

Aquel episodio produjo otro pico depresivo en Marcos y, durante dos días, no pudimos sacarlo de su ensimismamiento ni de adentro de un viejo ropero que había en la casa. Su abatimiento aumentó al enterarse que también Flufi había caído por la ventana tras la coctelera de plata y fue tal su grado de abandono que Maruca debió internarlo.

Durante dos meses, enfermeros del instituto Delamain-Drouot (uno de los más caros de

Saint-Germain-des-Prés) debieron entrar al ropero para medicarlo, procurando volverlo a la vida activa.

Lo vi de nuevo en agosto del 72, en Roma. Estaba recuperado pero aún le quedaba sobre una ceja, la marca de una percha.

—Estoy bien, Julián —me dijo, tomando un café en Piazza Navona.— Pasé casi un año en ese manicomio. Me hacían un electroshock por día. La internación no fue tan costosa. El gasto de energía eléctrica lo arruinó todo. Pero me hizo bien. Esos golpes tremendos en mi corteza cerebral han debido remover algo adentro. Confío en que, ahora, la inspiración vuelva a mí.

En verdad, lo noté bien aquella vez. Salvo el extraño proceso de imantación que el flujo eléctrico había producido en su rodilla, podría decirse que lo encontré mejor que en su mejor época, que para mí fue la media hora previa a la presentación de *El culo a cuatro manos* en Le Mans.

Cuando Marcos estuvo en África, en Lesotho (Basutoland), invitado por la editorial "Dos Lanzas", lo atropelló un avestruz. Fue un suceso muy oscuro, aún sin dilucidar, que afectó mucho a mi amigo. Él se hallaba, con Maruca, en plena sabana, en el país de los zulúes, buscando una charcutería para merendar, cuando un nativo, jinete en un avestruz, lo arrolló dejándolo tendido cuan largo era. El jinete no detuvo su carrera pese al accidente y se perdió en el horizonte. Durante largos meses, Maruca y la editorial "Dos Lanzas" publicaron un aviso en los diarios de la zona reclamando al insensible jinete que se presentara a declarar, pero todo fue inútil. De aquel pavoroso hecho le quedó a Marcos un clavo de metal en la rodilla. Ese clavo fue el que sufrió el proceso de imantación durante su estadía en Saint-Germain-des-Prés. De ello nos dimos cuenta la tarde del encuentro en Piazza Navona, cuando dos cucharitas y la bandeja de uno de los mozos se quedaron firmemente pegadas a la rodilla afectada.

—Estoy buscando. Estoy buscando —repetía, como en una letanía Marcos, cuando lo encontré en el 76, luego de su experiencia carcelaria.— Estoy buscando un tema, un tema fuerte, interesante, atrapante, para escribirlo.

El tema del suicidio parecía perseguirlo. Ya una vez, en su casa de campo, en Luján, tuve un atisbo de aquella macabra inclinación suya.

Yo había percibido el olor a humedad que había en la casa. La invasión del salitre por los cimientos era evidente, tanto, que una espada que Marcos lucía colgada de una de las paredes y que decía haber pertenecido a un general de la conquista del desierto, se había ondulado al punto de parecer de tela.

—Jamás ha habido humedad en esta casa —me porfió Marcos y, cambiando de tema, comenzó a mostrarme sus escopetas de caza, actividad a la cual era muy afecto. Yo, tal vez imprudentemente, insistí en que los cartuchos podían estar inutilizados por la humedad. Marcos, ofuscado, cargó prestamente una hermosa carabina belga y luego se introdujo la boca de ambos cañones en la suya propia. Sin dilaciones apretó el gatillo, pero el estallido final no se produjo. Aquel episodio le originó tal estado de fastidio que no me dirigió la palabra durante dos días y culminó su proceso de ira cayéndose por el aljibe en una actitud, a todas luces, deliberada.

La muerte, en cualquiera de sus infinitas variantes, lo había estado rondando en más de una ocasión. Tres veces se había precipitado a tierra en accidentes de aviación, salvando su vida de forma, digamos, milagrosa.

Y la penúltima ocasión en que lo encontré, venía de una experiencia sobrecogedora.

—No sabés las que pasé en Irán —me contó apenas nos vimos, en Montreal, en la primavera del 83.— Me sorprendió allí el estallido de la guerra con Irak. Debí pasar dos meses encerrado en una lechería, bajo fuego enemigo, junto con un monje budista, un terrorista palestino, una periodista belga que era una muchacha de una belleza alucinante, un parapsicólogo brasileño y un rebaño de cabras. Fue terrible. Las cosas que sucedieron en esa lechería son difíciles de narrar.

—¿Cómo te entendiste con gentes tan disímiles, Marcos?

—Al principio tuve dificultades para interesarlos en el tema del bloqueo creativo, del agotamiento de la temática, de la angustia del escritor ante la fuga de las ideas. Pero tras días de constante prédica logré que comprendieran mi desvelo. Lo que hizo aquella gente para que yo pudiese abandonar el refugio y retomar mi producción literaria no podré olvidarlo mientras viva.

Sin embargo, Marcos continuaba con su angustiada parálisis literaria. Los temas apetecibles parecían huir de él. Todo su talento daba la impresión de haberse agotado en *El culo a cuatro manos*.

—Estoy pensando en un tema para una novela —me dijo, más animado, esa vez en que

nos encontramos tras su salida de la prisión.— Se trata de una anciana que vive sola con un gato. El gato es su única compañía y la anciana ve en él al hijo que no tuvo. Tanto, que lo ha bautizado con el nombre que le hubiese puesto a ese hijo frustrado: Michín. Ella le habla, lo conversa, y se preocupa cuando el gato se aventura por los techos. Le da leche. Y el gato duerme casi todo el día. También puede ser que el gato se vaya y no vuelva por un par de noches. Y la anciana se preocupe mucho. No tengo aún el final. Tal vez muera ella primero. Tal vez él. No lo sé todavía. ¿Qué te parece como tema central de una novela?

Recuerdo que le contesté con una frase que había escuchado en repetidas ocasiones procurando, además, no enfriar su entusiasmo.

—A veces los temas son relativos, Marcos. La misma simple historia de amor en manos de Shakespeare puede convertirse en una obra de arte y en manos de un mal escritor puede llegar a ser una inaguantable telenovela.

Marcos asintió enérgicamente con la cabeza.

—Tal vez pueda, incluso, llegar a escribir una trilogía —afirmó. Pero luego cayó en uno de sus inexplicables bajones anímicos. Se volcó dos veces el aperitivo sobre su chaqueta para luego entrar en un mutismo prolongado que sólo quebró, una hora más tarde, al despedir un aullido animal que heló la sangre de los que estaban en las mesas cercanas.

Tengo entendido que su paso por la prisión marcó mucho a Marcos, pues su cautiverio no tuvo características demasiado usuales. Se efectivizó su condena en un momento en que las cárceles rebosaban de presidiarios, por lo tanto, en una decisión hasta hoy inexplicable, fue confinado en el zoológico de Estambul. Primero se lo recluyó en una jaula solitaria pero, poco después, debió compartir el encierro con los babuinos.

—Yo había leído mucho sobre prisiones —me contaba Marcos, ya liberado.— Había visto películas como "Un condenado a muerte se escapa" y otras americanas, con motines e intentos de evasión. Conocía, entonces, los peligros que acechan en la cárcel y la conducta feroz, a veces, de los convictos. Aquellos monos, sin embargo, fueron cordiales. Compartían su comida conmigo y nunca supe de desenfrenos o abusos sexuales en esa jaula. El embajador argentino en Turquía hizo mucho por mi liberación. Una vez por semana venía a verme y hablábamos, no más de cinco minutos por sesión, en la jaula de los osos, que era vecina. A veces, cuando estábamos castigados por mala conducta, casi siempre por atrocidades cometidas por los papagayos, no me era permitido hablar, pero el embajador me arrojaba galletitas o cigarrillos desde afuera. Estuve tres años allí adentro y puedo asegurarte que fue muy duro aquello.

La última referencia directa sobre Marcos la tuve un mes atrás, cuando recibí una carta suya, fechada el 14 de mayo de 1986, en Alcalá de Henares.

"He venido a visitar la casa en donde naciera Miguel de Cervantes —decía en la carta— para ver si, recorriendo estas viejísimas habitaciones, respirando este aire enrarecido y mágico, consigo hacer que retornen a mí, los manes de la inspiración. Parece mentira, Julián, no se me ocurre nada, ni siquiera para escribir una carta. Ayer debí enviar un telegrama a mi madre y rompí más de ocho formularios dado que no hallaba las palabras correctas para hacerlo. En el vuelo hacia acá tuve que pedirle a un compañero de asiento que llenase mi tarjeta de embarque ya que a mí no se me presentaban las palabras correctas para hacerlo. Esta mañana fue más patético. Un pequeño me reconoció y me pidió un autógrafo, y no hubo un maldito vocablo que me viniera a la mente para complacerlo."

Eso era todo. Luego estaba su firma y, tachado, el comienzo de una posdata que, era notorio, no había logrado completar.

Es por eso que no me ha sorprendido demasiado su muerte, ocurrida hace no más de una semana. Las características del hecho no se sabrán nunca.

Ser atropellado por un tren no escapa a lo fortuito, a lo accidental, pero lo accidental se hace dudoso si se trata de un tren que circula por un riel elevado como el que circunda el perímetro de Disneylandia. Marcos iba enfundado en un traje del ratón Mickey y acababa de firmar un contrato para llevar *El culo a cuatro manos* al cine.

Es curioso, pero se me ocurre, que las mismas características extrañas de su muerte hubiesen representado un tema más que apetitoso para alguna de sus novelas.

“RODAJAS DE MÍ”

Gracias, gracias, muchas gracias... Son ustedes muy amables... Parece mentira, puede sonar algo exagerado pero, cada vez que recito este poema de Louis P. Littlehales, no puedo sustraerme a la conmoción interna que me produce.

Podría suponerse que una actriz, una actriz con largos años de escena, como yo, ya debería estar habituada a manejar sus sensaciones, a no permitirse ciertas debilidades pero, francamente, no logro hacerlo con "Dulces briznas de estreptomocina" de Littlehales.

Será, tal vez, el recuerdo que este poema despierta en mí, aquello de la rana entre los juncos, "mínimo batracio anuro a resortes" dice Littlehales, o bien... no sé... el aroma a los rododendros, ese frenético batir de los pies de los zulúes sobre la sabana, el llamado nocturno de las hienas, todas esas cosas que me retrotraen a mi propia infancia en General Villegas.

Quisiera que sepan disculpar el acceso de llanto que tuve en un momento, cuando Apphia se halla a boca de jarro con la iguana y le habla de cómo ha decrecido la industria del automóvil en Cleveland.

Debo confesar que no es habitual en mis representaciones. O el ataque de tos sobre el final... o que me hayan devuelto al escenario cuando rodé sobre las primeras filas en la parte en que el pequeño Pili se precipita por la cascada. Gracias. Son cosas invalorable para un artista.

Continuando con este espectáculo unipersonal al que he llamado, un poco caprichosamente, "Rodajas de mí", voy a hacerles una parte de "Cálida humedad de la siesta", la pieza de Joseph Isolan Feeney. El fragmento que voy a interpretarles es el ya famoso monólogo de la segunda parte, uno de los monólogos más difíciles y profundos de la historia del teatro, un verdadero desafío para cualquier intérprete. Yo voy a pedirles a ustedes, voy a solicitar de su sensibilidad y percepción, un pequeño esfuerzo imaginativo para ubicarnos en el sitio exacto donde transcurre la acción: la buhardilla de Douglas, hermano de George, que hace dos meses ha dejado de verse con Rosalie y ha abandonado, incluso, su aseo personal por una secreta promesa.

Yo interpreto el papel de Levenia "La yegua" y vengo en busca de Douglas para avisarle que Janis, su madre, ha muerto en el frente de batalla.

Acá, acá, casi donde finalizan las tablas, haremos de cuenta que está el sillón donde reposa, totalmente ebrio, Russel, tío de George con cuñado de Rosalie, lanzado al alcohol debido a la desesperación que le causara el no haber sido invitado a una cena de ex alumnos de su escuela primaria.

Junto al sillón, acá, hay una pequeña mesa con una lámpara de pie que simula un fauno persiguiendo un enano, acá.

Yo, Levenia, "La yegua" apodo que me pusiera mi madre cuando niña, llego a la casa atacada por la más abyecta de las depresiones.

He estado bajo el efecto de psicofármacos durante todo el primer acto y parte del entreacto, medicina que provoca desviaciones en mi carácter al punto de meterme en el baño cuando procuro hacerlo en la cocina.

Sobre este rincón del escenario, tendrán ustedes a bien imaginar, para ser fieles a la puesta en escena original, un coro de 35 personas que no sólo se trata de la agrupación vocal de la cual ha sido expulsada Levenia por su incapacidad a someterse a cualquier tipo de disciplina sino que oficia, también, como la voz de la conciencia de Douglas, a quien el coro fustiga, reclama y reprocha el despropósito de que permanezca tanta gente en escena. Para la corrupción de Douglas, una sola voz de la conciencia es insuficiente. De allí, tal vez, el coro. Levenia, "La yegua", es un personaje tierno y poco comunicativo, pero estallará finalmente cuando descubra que su padre no ha marchado con el ejército imperial inglés a sofocar la rebelión de los cipayos brahamánicos en la India por un espíritu patriótico, sino porque él es, en realidad, un gurú de la casta sudra y renombrado fakir de los círculos pakistaníes, cosa que ella nunca había sospechado en Londres a pesar de verlo, más de una vez, con su nariz atravesada por un aguja de tejer.

Acá, sobre este costado... ¿ven?... hay un mueble antiguo, muy antiguo, tan antiguo que se halla en ese lugar desde aún antes de que construyeran el edificio. Quizás podría quedar un poco mejor acá... imagínenlo acá, así no les perturba la visual. Está carcomido por las termitas y

el sordo murmullo que producen estos voraces parásitos al roer la madera ha llevado a la demencia a tío Sabin, mentor y cómplice de Douglas, al pensar que ese murmullo era una falla congénita en su sistema auditivo y predecía, ineludiblemente, la sordera total. Tío Sabin, tozudo, se empeña en negar su disminución, insistiendo en que no es él el sordo sino que, por ejemplo, los componentes del coro son mudos.

Es importante que recuerden ustedes bien la posición de este mueble, lo que nosotros llamaríamos un bargueño, porque es esencial en el momento en que Douglas, presa de un acceso autodestructivo al ver que demora en reabsorberse un forúnculo inguinal que lo tiene a mal traer, se apoya en él con expresión de desaliento.

Acá... más acá... tal vez quedaría mejor acá... comienza la escalera que llevará a Levenia hasta la buhardilla de Douglas. Levenia trae en la mano, en esta mano, el telegrama que ha llegado desde el frente de batalla, redactado de puño y letra por el mismísimo general Cárdigan, donde informa de la muerte de la dulce Ann, madre de Douglas, en la Carga de la Brigada Ligera. Nada dice el telegrama sobre el resultado final de la batalla contra los rusos, pero un pequeño detalle hace que Levenia sospeche lo peor; el telegrama le ha sido entregado por un oficial que habla con marcado acento moscovita.

El monólogo comienza cuando yo, Levenia, "La yegua", entro en la buhardilla de Douglas y lo hallo acostado con Harley, uno de sus peores amigos. Yo, en este punto, he sido insultada vilmente por Russel, el borracho que reposa en el sillón, quien me ha confundido con Virginia, su esposa, a quien ama entrañablemente. Luego me he caído tres veces por las escaleras, en un formidable juego escénico con el que Feeney ha querido testimoniar que Levenia no desea ver a Douglas, que hay algo que la empuja hacia abajo y que sólo su profundo sentimiento anglicano le permitirá llegar hasta la puerta misma de la buhardilla de su marido superando la aversión que siente por él y superando también una entorsis de tobillo que amenaza con mantenerla alejada un par de semanas largas de los campos de cricket.

Entonces yo, Levenia, "La yegua", estoy parada ahora frente al desordenado lecho de Douglas... El lecho viene a quedar justamente sobre la mesita que tenía la lámpara del fauno persiguiendo al enano en la planta baja ¿recuerdan?... traten de imaginarlo en corte... acá está la cama... en el piso de abajo, dos metros, dos metros y medio más abajo, está la mesita esa, es algo bastante común en los hogares ingleses esa correspondencia vertical... Douglas se halla semidesnudo junto a Harley, el minero de Dublín que le había enviado, durante años, cartas escritas en prosa virgiliana desde la oscuridad del yacimiento de hulla. Los zapatos de Douglas se encuentran tirados en el suelo... por acá... más o menos vendrían a quedar encima del bargueño del cual les hablara, al que le hemos dado el nombre "bargueño" para reconocerlo. En Inglaterra, en Londres al menos, o más precisamente en Surrey Docks, barrio portuario londinense donde transcurre la pieza, le llaman "furniture".

Douglas apartará trabajosamente a Harley, también semidesnudo de la cintura para abajo, consciente de que la situación en que ha sido sorprendido por Levenia es, cuanto menos, equívoca. Ha sido siempre de divertir a Levenia con pequeñas sorpresas, un ramo de petunias, un candelabro de peltre, una lata de jamón del diablo, pero esta vez ha ido demasiado lejos.

Levenia siente que algo se revuelve dentro de ella, siempre fue considerada por su tía Dorothy como una mujer volcánica, no tanto por su carácter como por el hecho de que vomita con particular facilidad, desagradable consecuencia de los psicofármacos, también.

Levenia, "La yegua", está decidida a todo. Y es aquí, mi querido público, donde comienza el monólogo. El monólogo que es uno de mis momentos teatrales más queridos, uno de los oratorios más maravillosos escritos jamás para la escena y tal vez, uno de los instantes en los que Joseph Isolan Feeney ha logrado depositar con mayor talento y certeza su recóndito sentido del islamismo tomado como laborterapia y su acendrado desdén por la vida silvestre.

Yo, Levenia, "La yegua", me siento en el suelo, dispuesta a escuchar largamente y en silencio, como ustedes, a Douglas, quien con voz varonil y pausada comenzaría su monólogo...

CHORO COMÚN

Vos decime... ¿Cuántos choros, pero choros, choros de verdad puede haber hoy por hoy en Rosario? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Cinco? Cinco, ponele cinco y pará de contar, se pueden contar con los dedos de una mano, viejo, no hay más, no hay más, no hay ninguno. Es al pedo, ya no salen choros como antes. Y los pibes, los pendejos que salen, en un año están todos adentro por boleta. ¡Claro, viejo! ¡Si van a laburar pichicateados, se dan con la falopa y van a laburar, viejo, así no se puede! Salen de joda, se van con una loca, se chupan, se pichicatean y después van a laburar, entonces, apenas se les retoba algún gil lo boletean. ¡Si todos los pendejos que conozco yo, están en cana por boleta! Te digo una cosa, si yo tengo que salir a laburar con alguien, escuchame bien, si yo tengo que salir a laburar con alguien, prefiero salir a laburar con un viejo, con un viejo de sesenta años y no con uno de estos pendejos, mirá lo que te digo. Yo cuando jodo, jodo, pero cuando laburo, laburo, querido.

Y... ¿sabes qué pasa? No hay moral, viejo, no hay respeto. Antes un ladrón, pero un ladrón ladrón, un señor ladrón, iba en cana y ¡guay con tocarle la mina! ¡Pobre de vos de tocarle la mina! Ahora un cafiolo va en cana y a los cinco minutos ya la mina está encamada con otro, ya está tirando la chancleta por cualquier parte. No hay un respeto, mi viejo, dejame. Ahora cualquier purrete culosucio está en cana con vos y te dice "Macho, tirame un faso". Así como te lo digo, "Macho, tirame un faso". Antes, si vos estabas en cana con un ladrón ni siquiera le dirigías la palabra, mirá lo que te digo, ni le dirigías la palabra. Y le llegabas a dirigir la palabra y te daba vuelta la cara de una cachetada. Pero, eso sí, cuando te decía algo, era un consejo para toda la vida, mi viejo. ¡Por favor!

Los pendejos no se dan cuenta que acá hay que poner el lomo, romperse bien el culo, porque ni no hay que hacer la de los giles: ir a laburar. Yo una vez laburé. Laburé en una obra. A las seis de la mañana, en un octavo piso, en uno de esos edificios que todavía no tienen paredes ni un carajo ¿viste? dale con el fratacho, en invierno, con un viento de la reputa, un frío de la mierda. Laburé dos días y dije "Pero váyanse todos a la recalcada concha de su madre" y no fui más. ¿O vos no ves a los giles cuando a la mañana tempranito van para el laburo con el ofri que hay a esa hora? Que a veces yo vuelvo de la peña y los veo yendo a laburar... ¡Por favor! A veces veo pasar unas minas que yo me digo "Mamita, con ese lomo ¿sabés cómo te haría laburar yo?"

Es que hay ñatos que se creen que es joda esto, parece mentira pero es así. Y te digo, yo la sé porque yo también la pasé a ésa, yo tampoco me la puedo tirar de santo. Yo cazaba buena guita y ya me iba con los muchachos a morfar bien, después al cabaré, que las minas, que el whisky, y después otro cabaré y el mueble y al día siguiente de nuevo, sin parar, dale y dale. Claro, así no hay guita que alcance. Si no hay una conducta no hay guita que alcance. Me decían "Mirá, hay muchachos que han guardado algo de guita, se han comprado una casita, se han retirado y ahora viven lo más piola". Y te cuento que yo conozco de ésos, no es verso. Pero... ¿qué me venían a mí con eso cuando era más joven? Con lo que me gustaba a mí la joda, me entraba por una oreja y me salía por la otra. Después, claro, ya te juntás con una mina, vienen los pibes y la cosa cambia, mi viejo. Ya no es lo mismo, tenés que parar la mano y pensarla bien a la cosa. Bien de bien.

Aparte te digo, ojo al hilo, acá la mano se puso muy pero muy fulera. Cuando vinieron los tupamaros cagaron el estofado, eso está muy clarito. Mirá Mendoza, por ejemplo, Mendoza era una plaza virgen ¿sabés lo que era laburar ahí? Vos sacabas la máquina y quedaba el culerío de canas, ni se te acercaban. Vinieron los tupamaros, pusieron una bomba acá, otra bomba allá... ¡andá a sacar el chumbo ahora! Te recontracagan a balazos a los dos minutos. ¿Sabés cuántos muchachos han hecho cagar por culpa de los tupamaros? ¡Mirá si los canas te van a venir a preguntar si sos choro o sos tupamaro! Después, ellos, cuando están en cana con vos ni te hablan, te canotean los fasos, te canotean el morfi, andá a cagar. ¡Y no hay moral, mi viejo! Ellos ponen una bomba y les da lo mismo cualquier cosa, hacen volar una casa, un negocio, lo que sea, a la mierda. Porque, yo te digo, si a mí viene un ñato y me dice "mirá, hay mil palos para amasijar a un tipo" yo no lo amasijo. Lo hago picadillo, lo hago. Por mil palos lo hago pedacitos y se lo llevo en una cajita. ¡Pero yo no le voy a ir a tocar los hijos, o la mujer, o la vieja! Yo se la doy al tipo pero a los pibes o a la jermu no les toco un pelo, guarda la bocha. Lo mismo que si a mí me la quieren dar. Muy bien, que me hagan cagar, pero a mi mujer y a mis hijos ¿por qué les van a hacer algo?

La cosa es conmigo. Pero los tupamaros no, ellos van, ponen bombas en cualquier parte, les importa un choto. Ellos cagaron el mercado, lo cagaron. Viejo, uno, después de todo, es cuidadoso. Yo, te digo más, yo a veces ni quiero asaltar tacheros ¿viste? porque por ahí se te retoban y los tenés que bolear. Yo no toco a nadie ¿viste? yo no toco a nadie, pero si se te hace el loco lo tenés que bolear. Y... ¿para qué? para por ahí achacarle diez palos, veinte palos ¡Por favor! Después de todo el tipo está laburando también. A veces ni quiero achacarlos te digo.

Cuando vinieron los tupamaros se acabó la joda, mi viejo. Después escuchas por ahí, o leés, que a alguno lo tuvieron una hora, dos horas en la parrilla... ¡Mula, viejo, son todas mulas! Yo te digo, más de diez minutos en la parrilla sos boleta, sos boleta, porque el bobo no te aguanta, aparte que te mojan estos hijos de puta y entonces la electricidad te hace más bolsa todavía. Más de quince minutos sos boleta. ¿Sabés lo que pasa? Que cinco minutos te parecen dos horas, qué sé yo, un siglo te parecen, una eternidad. El submarino también es jodido. O cuando te cuelgan de ese palo con las rodillas dobladas y te pasan el palo por acá atrás, por los codos. Al principio vos te balanceás y decís "¡Qué lindo! ¿Se piensan que con esto me van a joder estos boludos?" y a la media hora ¿sabés cómo chillás? Estás a los gritos como un chanco porque parece que te descoyuntás todo, te parece, parece que se te rompen todos los huesos. Eso del palo es jodido. Lo mejor es cuando te cagan a trompadas porque, bueno, la primera, la segunda trompada te duelen pero después, por ahí vos le metés un piñón a uno de ellos, entonces ya se te vienen todos encima y cuando se te calienta el cuerpo ya no sentís más nada, te da lo mismo que te peguen cinco minutos, tres horas o todo el día. Lo peor es la parrilla, eso es lo peor.

No, yo la corté, a eso de la peña la corté. A veces vienen los muchachos y me dicen "Vamos un rato a la peña" y yo les digo "No, no, no voy". Porque yo sé cómo es esa, ya te quedás hasta tarde, llevan una guitarra, te amanecés ahí, y ya alguno empieza a preparar un asadito a las seis de la mañana y así se te hace el día siguiente, y otros más... No. Así no hay guita que alcance. Y después que no laburás, tampoco. Si no hay una conducta es al pedo. La gorda siempre me decía "Aflojá, aflojá que la mano viene fulera, aflojá". Y tenía razón, mirá que yo en la puta vida le daba bola pero terminé reconociendo que tenía razón la gorda. Será que cuando aparecen los gurises la cosa cambia. ¡Mirá si antes yo le iba a dar pelota a la gorda! Si a ella yo la hacía laburar, como empecé haciendo laburar a todas las otras. La cosa es simple ¿viste? primero te hacés el novio, el chamuyo, algún regalito. Y después le hacés un hijo. Cuando le hacés un hijo ya cagó, ya hace lo que vos le decís. Claro, a veces chillan ¿viste? te vienen con el cuento de la tristeza, lloran... Pero, claro, hay que comprender, son seres humanos ¿viste? eso también hay que tenerlo en cuenta.

Yo había entrado bastante en la pelotudez, en la joda boluda.

Hacíamos "paguediós" con los muchachos. Nos metíamos en un restaurant, morfábamos y nos pirábamos sin pagar, esas cosas. O hacíamos un "pulmón", un "pulmón" es cuando entrás a morfar a alguna parte y llevás un saco o un pulóver viejo, un pulóver ya fulero y, entonces, dejás el saco o el pulóver en el respaldo de la silla y te pirás. Claro, el mozo ve el saco y cree que vos te fuiste al baño y vas a volver pero vos te piraste. Esas cosas hacía, que son boludeces, cosas de pendejos, cosas que se hacen por joder. Pero ahora no, viejo, ahora no. Ahora me rompo el orto como Dios manda. Es la única, la única, si vos querés después retirarte y que tus pibes tengan una educación, esa es la única. Como a veces cuando me preguntan "¿Gana bien un punquista? ¿Cuánto gana un punquista?". Y yo les digo "Depende de lo que trabaje, mi viejo" ¡Mirá qué fácil! Un punga que labure, pero que labure, labure, que salga a los ocho de la mañana de su casa y vuelva a las ocho de la noche, que se baje de un ómnibus y se suba a otro... bueno... ese tipo puede estar en los mil, dos mil palos por mes, no menos que eso. Ahora, claro, si el tipo con los primeros mangos que se hace prefiere irse a jugar al casino con los muchachos, cagamos, que se vaya a la concha de su madre, así ni en pedo. Pero el punga consecuente y que se ha preparado... y bueno, fácilmente puede estar en esa guita.

Yo lo veo al Pollo y, ahí tenés, vos lo ves al Pollo y está siempre así, estirándose los dedos ¿viste? como cuando vos te sacás mentiras, afinándose los dedos con la otra mano. Y, además, con el martillito de goma, dale y dale en los dedos. No hay otra. No será un chileno el Pollo pero acá es de los mejores. Los chilenos tienen academias y todo. Ponen un maniquí ¿viste? con un saco y una lamparita con un cable conectado a la billetera. Si vos no la hacés bien se enciende la lamparita y cagaste. A empezar de nuevo. Es toda una escuela la chilena.

Y bueno, yo... ya ves, la entendí también. Hoy por hoy hay que sacrificarse querido. Si me habré comido noches de un frío puto marcando a un punto o días en que ni siquiera he vuelto a casa por preparar una buena. A veces sin morfar, o esas noches que te agarran desabrigado y siempre con el riesgo de que te hagan cagar en cualquier esquina, aparte. Pero, bueno, tengo mi

recompensa, ya ves, vos ves lo bien que me tratan acá. No estoy amontonado con la mersada como están los otros, me permiten tener el televisor, mi radio, morfo bien, me viene a ver la familia, me traen el diario y quién te dice que no me apliquen la dos cuarenta y para los primeros meses del año que viene estoy afuera de nuevo. Pero esto no me lo regaló nadie, mi viejo, me lo gané yo solo, esto te lo puedo decir con la frente bien alta y es una satisfacción que a uno le queda.

LOS ESPECIALISTAS

Lier es una pequeña ciudad belga, cercana a Mechelen y con una población que no alcanza a los 40.000 habitantes. Durante la Segunda Guerra Mundial, Lier permaneció ocupada por las tropas alemanas que no destinaron a ella más que una pequeña dotación. Tampoco el emplazamiento de esta ciudad la convertía en un nudo estratégico apetecible o posible cabeza de puente con miras a objetivos más preciados.

No obstante, el 17 de abril de 1941, siete mil paracaidistas de las fuerzas aliadas, embarcados en la base inglesa de Narrowbridge y Bassingbourn, se zambulleron en la oscuridad de la noche procurando el descenso en las campiñas aledañas a Lier. Cientos de ellos, debido al enérgico viento que se desató de improviso, fueron a dar sobre la estación ferroviaria de Ingolstadt, en la Baja Baviera, distante unos novecientos kilómetros del objetivo deseado. Otros dos mil, debido a un, hasta hoy, inexplicable error en los cálculos de aproximación, se lanzaron sobre Niza, en la Riviera francesa. El resto de las tropas aerotransportadas se encontró, ya a punto de efectuar el ataque, con que no habían sido provistos de sus paracaídas.

Ni siquiera el hecho fortuito de que aquellos que posaron sus pies sobre los andenes de Ingolstadt (en número cercano a 2.500) lograran regresar hasta Coblenza en un tren que justamente partía a esa hora, ni el milagroso hecho de que tan sólo un mínimo porcentaje de los hombres del general Blackwood advirtiesen que no contaban con sus aparejos de salto ya lanzados al vacío, atemperó la acongojada sensación del Alto Mando de que la "Operación Fred Astaire" había sido un fracaso.

Pero si bien causaron sorpresa las escasas penalidades con que fueron castigados los posibles responsables de tal frustración (quita de francos, reemplazo de un globo sonda en un centro meteorológico costero de Portsmouth) mayor estupor causó la decisión de repetir el asalto, el mes siguiente, a la misma hora, en lo que se anunció en el "Flight Patterns" (publicación de la 369° Escuadrilla de Caza), como "Operación Fred Astaire II".

De allí en más, el operativo se sumió en el secreto y, salvo algunos especialistas militares y críticos de guerra muy relacionados con el Almirantazgo, nadie tuvo conocimiento cierto del resultado final de esta segunda fase. Pocos pudieron enterarse, entonces, del absoluto fracaso del nuevo golpe de mano emprendido, no obstante, con otra estrategia y otros estrategas.

Aún hoy, técnicos en las artes militares de probada sabiduría y responsabilidad en el tema no hallan explicación al empecinamiento del Alto Mando Aliado en apoderarse de la manzana que, en Lier, es demarcada por las calles Regensburg, Aachen, Nijmegen y 14 sur. Y, más precisamente, de un antiguo caserón de dos plantas que da sus frentes a la calle Aachen y que en su puerta de acceso luce un cartel de luces de neón: "Sibelius Nuit". Nadie ha acertado a comprender el interés aliado por ese antiguo edificio, especialmente cuando pudo conocerse que en aquel local funcionaba (y aún funciona) un salón de baile.

Las ocultas facetas del operativo hubiesen quedado cubiertas por las tinieblas de la duda, de no mediar la aparición en escena, rompiendo con años de ostracismo, de uno de los participantes en la "Operación Fred Astaire II". El teniente James B. Mahon arroja, hoy por hoy, 19 de setiembre de 1975, algo de luz sobre este oscuro suceso de la Segunda Guerra.

Hacia diez años que no veía al coronel Myers, aquella lluviosa mañana del 8 de abril de 1941, cuando debí acudir a su despacho del Cuartel Superior de la 280° Escuadrilla de Bombardeo de Cowdrey Green, en Norfolk.

Yo ya había estado bajo su mando, en los comienzos de mi carrera militar, cuando Myers me eligió entre 300 aspirantes para interpretar el "Sergius" de "Arms and the Man", en una función de teatro que, con motivo de fin de año, se llevó a cabo en una casamata de la costa de Southend. Lo recordaba como un hombre frío y severo, que no dejaba nada librado al azar. Lo encontré, ahora, muy cambiado, oscuro el cabello que yo había conocido blanco, sin anteojos, y con la nariz cuatro centímetros más corta de lo que yo la recordaba. Comprendí que Myers, sin maquillaje, fuera de su caracterización del rey Lear, era casi otra persona. Me extendió la mano con energía.

—Teniente Mahon —dijo.— Mi viejo "Sergius".

—Admiro su memoria, coronel.

—¿Y cómo anda la suya? —se interesó—. ¿Recuerda alguno de sus parlamentos?

—Creo que algo recuerdo. ¿Quiere que se lo repita?

—¡No! No. Por favor. No —se puso serio de repente—. Creo que aquella puesta fue uno de los momentos más duros que me tocó atravesar en mi carrera militar.

No entendí bien lo que quiso decir, pero advertí una expresión de horror en su rostro. Volvió a ubicarse tras su escritorio y fue al grano.

—Habrá escuchado usted hablar de la "Operación Fred Astaire".

—Sí, señor. La acción sobre Lier.

—Volveremos a golpear allí.

Tomó un enorme mapa enrollado, arrojó al suelo todas las cosas que había sobre su escritorio y durante casi veinte minutos procuró desenrollar el tenaz mapa que volvía, tercamente, a su posición cilíndrica. Finalmente, con ayuda de la Sterling calibre 44 coronel, un florero de peltre y la bota derecha mía logramos tener el mapa de Bélgica ante nuestros ojos. Myers, con un puntero, golpeó sobre un punto rodeado por un círculo rojo trazado con lápiz labial.

—El "Sibelius Nuit" —murmuró, quizás con odio.

—¿Puedo preguntar —arriesgué— a qué obedece el interés por ocupar ese salón de baile, coronel?

Myers se irguió y, entrecerrando los ojos, me miró con un dejo de desprecio.

—Mahon —susurró— usted es experto en comunicaciones. Dada su especialización no puedo exigirle mayor astucia, pero... ¿Piensa usted que el "Sibelius Nuit" es, en verdad, un salón de baile?

Creo que me sonrojé. Al menos toqué mi cara y quemaba.

En las dos horas siguientes, el coronel Myers me explicó, con lujo de detalles, el plan urdido por el Área de Inteligencia. Su disertación terminó cuando el mapa, venciendo la resistencia de los objetos con que lo habíamos apresado, volvió a cerrarse como un molusco atrapando en su abrazo al coronel que, prácticamente, se había acostado sobre él para precisar si Lier se escribía con "i" latina o con "y" griega.

Recién quince minutos después, cuando, con ayuda de mi cuchillo de caza, corté el papel telado dejando en libertad a Myers, éste pasó a referirse a la segunda parte del plan, aquella que más me interesaba.

—¿Con cuántos hombres contaré? —le dije, aún abrumado por la responsabilidad que el Alto Mando había depositado sobre mis espaldas.

—Con cuatro.

—¿Cuatro mil? —me sobresalté.— La anterior operación fracasó con 7.000 hombres. Esta no podrá conseguir el éxito si no cuenta con menos de 6.000 hombres.

—No he dicho 4.000, teniente. He dicho cuatro.

Myers debe haber advertido la repentina lipotimia que convulsionó mi cuerpo haciéndome golpear la cabeza contra un fichero, ya que apresuró su informe.

—Mahon —me calmó, sintonizando su voz en el tono más persuasivo— aguarde a que le diga quiénes son los hombres que tendrá bajo su mando.

—Sólo cuatro superhombres pueden arriesgarse a terminar con éxito una operación así —recalqué.

—Algo de eso hay... —sonrió Myers.— Escuche, Mahon, el Alto Comando Estratégico ha cambiado su manera de pensar. Ha llegado a la conclusión de que no asegura el éxito de una operación el hecho de disponer de miles de hombres y aviones si no es muy alto el grado de capacitación de la oficialidad.

Desde su asiento, Myers tocó con la punta de su señalador el ribete verde que contorneaba la insignia cosida de mi manga derecha.

—Usted es un comando, Mahon. Usted sabe lo que eso significa —luego señaló el pequeño prendedor esmaltado que relucía en el cuello de mi camisa y donde podía apreciarse un águila real hablando por teléfono.— ¿Y esto qué es?

—"Comunicaciones", señor —exclamé—. Alta capacitación. Notas sobresalientes.

—¿Y esto? —ahora el puntero señalaba mi pecho, sobre el bolsillo derecho.

—Ranger, en Filipinas, señor.

—¿Y esto? —el puntero apuntaba a un cenicero de bronce sobre el escritorio.

—Cenicero, señor.

—¿Y esto?

—Una estatuilla, señor.

—¿Y esto?

—Carpeta, señor.

Así seguimos un rato más, hasta que Myers retomó el tema.

—¿Qué le quiero explicar con esto, Mahon? —dijo—. Que tendrá usted sólo cuatro hombres. Pero cuatro especialistas. Cada uno de ellos es un verdadero as en su rubro. Los más capaces. Los de mejor puntuación. ¡Esos hombres tendrá usted bajo su mando!

—Desearía conocerlos, señor.

—A algunos ya debe usted conocerlos. O quizás ha oído hablar de ellos —Myers hizo un silencio como para acrecentar el suspenso.— Como ser de Emory Wallace, experto en Ocultamiento de Artillería y Camuflaje.

Myers señaló hacia la puerta. Yo aguardé ver aparecer por allí la delgada figura de Wallace, pero la puerta permaneció cerrada.

—Tal vez no lo haya escuchado, señor —sugerí, tras dos minutos sin que entrase nadie.

—Observe bien, Mahon —sonrió Myers, que había mantenido el brazo extendido hacia la puerta.

Allí comprendí todo. —Oh no... —sacudí la cabeza, cubriéndome los ojos.— No me diga usted... no me diga usted que ese perchero...

Ante el regocijo de Myers, me levanté y caminé hacia un perchero de pie, de casi dos metros de alto que, junto a la puerta, sostenía la gorra y el abrigo militar del coronel.

—¡Wallace, viejo bastardo! —di una palmada de incredulidad, al acercarme.

—¿Qué dices, Mahon? —el perchero pareció cobrar vida y Emory Wallace, aún con la gorra del coronel en la mano, se adelantó para saludarme. Nos dimos un abrazo y volvimos a sentarnos frente a Myers.

—No desestimemos que haya guardias —prosiguió éste— bien en la puerta o en el guardarropas, incluso accionando la vitrola. Necesitarán alguien ducho en el manejo de las armas silenciosas, un experto en armas blancas. Tal vez ustedes conozcan ya a Peter Chiricahua.

Esta vez sí, la puerta se abrió dando paso a un hombre enorme, casi sin cuello, que lucía el uniforme verde de los marines americanos.

—Chiricahua es descendiente de navajos —nos informó Myers. Y los rasgos brutales del recién llegado hacían casi innecesaria la aclaración.— Lo solicitamos especialmente, a través del Comando Norteamericano con base en Thaxted Green. Viene con la recomendación personal del general Dwight Eisenhower. ¿No es así, Chiricahua?

Chiricahua respondió con un sonido gutural. No pude reprimir mi ofuscación.

—Coronel —le dije a Myers sin tomarme la molestia de bajar la voz —no voy a poner en peligro la vida de mis hombres, supeditándolos a la destreza de un indígena. Y que me perdone el sargento Chiricahua por la rudeza de mis palabras. Pero la guerra es para pueblos civilizados.

—No tiene por qué disculparse usted frente al sargento Chiricahua —me tranquilizó Myers.— No entiende una palabra de inglés. Sólo habla unas pocas cosas en su dialecto. Pero ya tendrá oportunidad de ver usted su eficacia a la hora de pasar a la acción.

—¿En qué cuerpo revistió en los Estados Unidos? —quiso saber Emory—. ¿Siempre en los *marines*?

—Jamás estuvo en el ejército. Eisenhower lo recomendó tras verlo en el circo "Finnegan Brothers" donde arrojaba puñales a una señorita apoyada contra una tabla. Le dieron el uniforme de *marine* como pudieron haberle dado cualquier otro. En realidad le dijeron que él mismo eligiera el que más le gustara de un muestrario de uniformes, pero Chiricahua eligió uno de los "bersaglieri" italianos porque era el único que encontró con plumas.

Sin duda, Myers advirtió nuestras miradas escépticas sobre el navajo, ya que de pronto, agregó:

—El sargento Peter Chiricahua es el único hombre, dentro de los ejércitos aliados, capaz de clavar un puñal entre ceja y ceja de un enemigo distante más de cincuenta metros.

Todo fue muy veloz entonces, tanto, que tardamos en comprender lo que habíamos visto. En un movimiento casi invisible por lo fulmineo, Chiricahua desenfundó su puñal con cabo de hueso de bisonte y lo clavó entre los dos ojos de la Reina Victoria, cuyo retrato al óleo presidía el despacho del coronel, sobre la estufa de leños. Vi a Myers palidecer.

—Creo que será difícil enseñarle quién es el enemigo, coronel —le dije entonces, sombrío.

—Pasemos a sus dos últimos hombres, Mahon —cortó Myers, volviendo a señalar hacia la

puerta. Como obedeciendo a una muy bien ensayada puesta en escena aparecieron dos nuevos personajes.

—El teniente Guy Oakes, de la Real Marina Canadiense —dijo Myers, refiriéndose al más bajo de ambos— una verdadera estrella en el manejo de explosivos. Y el capitán Lee Battaglia.

Saludé con efusividad a ambos y advertí que el uniforme de Battaglia no ostentaba insignia alguna. Myers nos indicó que nos sentáramos en unas sillas dispuestas ordenadamente frente a una pared, cubierta por una cortina.

La describió y quedó a la vista un panel donde se leía, en notorios caracteres "R.A.F.", las siglas de la Real Fuerza Aérea.

—"A" —exclamó, para nuestra sorpresa, Chiricahua, señalando el panel. —"X"—prosiguió. — Entrecerraba sus ya de por sí pequeños ojos de mochuelo procurando identificar las letras. Comprendimos al instante que el navajo era absolutamente miope y suponía hallarse ante uno de los habituales exámenes oculares a los que nos sometía el Ejército. Myers soltó una pequeña perilla y el panel ascendió enrollándose sobre el travesaño superior del exhibidor, dejando ante nuestros ojos una vista aérea del objetivo. Comenzó a explicarnos paso a paso el operativo. Oakes, en tanto, sentado a mi lado, manipulaba, obsesivamente, una granada de fragmentación. Aquello no podía ser inquietante para nadie ya que, si había alguien a quien se podía confiar un explosivo, era al canadiense. Había sido minero en el Yukón y podía hacer estallar un cartucho de dinamita en una cristalería sin ajar ni siquiera un vaso.

Pero confieso que me puso nervioso cuando quitó la espoleta de la granada para hurgarse con ella una oreja.

—Oakes —detuvo su disertación Myers— ¿Es necesario que haga eso?

—Voy a limpiarla.

—¿La oreja?

—La granada. Sabrá usted que la limpieza es vital para el mantenimiento del arma.

—Por supuesto que lo sé, Oakes —Myers trataba de mantener la calma, pero advertí gotas de sudor corriendo por su cuello.— Lo que estoy solicitando es su atención.

Yo, mentalmente, iba contando los segundos que faltaban para la explosión. Sin duda los otros, salvo el navajo, estaban haciendo lo mismo.

—Descuide usted, señor —sonrió Oakes.— Le presto atención. Hago esto en forma totalmente automática. Prosiga usted.

Para cualquier otro militar del rango de Oakes, esa actitud frente a Myers le hubiese valido arresto, degradación pública o ser destinado a un submarino del mar del Norte. Pero los que estábamos ese día dentro de aquel despacho, gozábamos de ciertos privilegios, dadas nuestras condiciones de "super ases", bajo el imperio de las cuales la Gran Bretaña solía perdonarnos caprichos y desplantes.

Cuando llegué a contar once, es decir, un segundo más del requerido por una granada para estallar, y cerré los ojos aguardando el final, Oakes, distraídamente volvió a colocar el manillar en su sitio.

—Ahora... —Myers prosiguió como si nada hubiese sucedido pero sus labios lucían blancuzcos, no tanto por el impacto emocional como por el hecho de haber mordisqueado insistentemente la tiza con que graficaba las acciones militares—... repasaremos los versos cortos con los fundamentos de cada uno.

Era ese un recurso habitual para fijar en la memoria de los comandos los pasos decisivos de la lucha. La memoria registra con mayor facilidad un par de simples párrafos bien rimados.

—"El pico del pato... —recitó Wallace—... lo atrapo y lo mato."

—"El oso goloso, lo activo en el pozo" —siguió Oakes.

—"El gato que ladra, la daga en la espalda."

—El "perro", Chiricahua, el "perro".

Luego tocó mi turno.

—"¡Buitre execrable! has mentido. Mi séquito se compone de hombres escogidos y dotados de las más raras cualidades, conocen todos los deberes de la decencia y las reglas de la etiqueta, y en toda su conducta la nobleza y el honor son respetados escrupulosamente. ¡Ah, levisima falta de Cordelia! ¿cómo me pareciste asaz deforme para agitar súbitamente todo mi ser, cual poderosa palanca y lanzarlo del seno de la paz a la más violenta perturbación, para robar a mi corazón toda la ternura de un padre y llenarlo con la hiel del odio? ¡Oh Lear, Lear, Lear! Golpea golpea esta puerta que dejó escapar la razón y dio entrada a la locura. ¡Partamos, partamos, caballeros, que el helicóptero aguarda!"

No pude evitar, al terminar de decirlo, que algunas lágrimas se me escapasen, como en toda ocasión que recito a Shakespeare. Pero mis compañeros no llegaron a advertirlo. De nuevo el particular chasquido de la granada nos indicó que Oakes le había quitado, otra vez, la espoleta. Myers optó por apresurar el suministro de información trazando rayas, como un poseso, sobre el mapa aéreo. Sin embargo, antes de que finalizara su disertación, nuestro especialista en explosivos había extraído el detonante del letal artefacto y lo masticaba como si fuese goma de mascar, reduciendo la granada a un trozo de fierro inofensivo.

Myers culminó de inmediato con su perorata y, visiblemente tranquilizado, recostó su espada contra el panel de madera cubierto por el mapa. Fue allí que el puñal de Chinchua se incrustó a dos milímetros de su sien derecha.

Lo único que no me quedó en claro tras la reunión con el coronel Myers fue la tarea que debería desempeñar el capitán Lee Battaglia. El coronel no se había explayado sobre cuál había sido su especialidad ni tampoco le había aportado datos en cuanto a su labor durante el operativo "Fred Astaire II". Hice algunas preguntas entre camaradas de armas, pero nadie lo conocía ni había oído hablar de él. No insistí demasiado en procura de no despertar curiosidad sobre alguien que, en definitiva, nos acompañaría en aquel audaz salto detrás de las líneas enemigas.

Deduje que, quizás, el preocupante manipuleo de Oakes con la granada, había movido al coronel Myers a apresurar su alocución, obviando la parte referida a Battaglia. O quizás, estaba dentro de los lineamientos estratégicos el hecho de no brindar demasiados detalles sobre la misión encomendada al enigmático oficial de uniforme sin identificación visible, en cuyo mutismo había abrevado mi intriga. Por otra parte, sabía que en el trabajo de un buen comando deben ahorrarse preguntas. Acepté los hechos, entonces.

¡Sabría Dios, días más tarde, cuántas sobradas muestras de sus conocimientos nos daría Battaglia en el corazón mismo de la logística enemiga!

Sobre los tramos previos a nuestro acceso al "Sibelius Nuit" no me explayaré en demasía. Primero; porque no ocurrió nada digno de mención y, segundo, porque a pesar del paso de los años no se me ha autorizado a revelar ciertos detalles atinentes al pensamiento estratégico militar británico. Sólo me referiré al contratiempo sufrido por Guy Oakes en el lanzamiento en paracaídas, la noche del 6 de mayo de 1941.

Yo le había insistido en que no era necesario que ocultase sus explosivos ya que no deberíamos pasar por el fastidioso trámite de la aduana. Le repetí que, justamente, en el hecho de eludir ese control estribaba lo secreto de nuestro plan. Oakes, con la obstinación propia de un minero, persistió en que él bien conocía a los belgas, que eran minuciosos cuando algo se les metía entre ceja y ceja y que, dadas las características excepcionales que la guerra confería a los momentos que se vivían, era casi imposible seducirlos con algún dinero escondido dentro del pasaporte.

No supimos adónde había escondido sus explosivos hasta que voló por los aires absolutamente pulverizado en el preciso instante en que sus pies tocaron tierra enemiga. Había distribuido sabiamente el trinitrotolueno en las suelas de doble fondo de sus botas y el golpe de sus talones al caer con el paracaídas había hecho las veces de detonante. No tuvimos tiempo ni para rezarle un responso. Eran casi las once de la noche y sabíamos que era esa la mejor hora para llegar a la pista danzante del "Sibelius Nuit".

Todas las precauciones que tomamos para entrar al salón de baile fueron innecesarias. Salvo un pequeño altercado que mantuvimos con una adormilada dama de la entrada que se ofuscó porque Wallace intentó entrar sin abonar su billete, el acceso por medio de una escalera hasta el salón propiamente dicho nos resultó un juego de niños.

Adentro, unas quince parejas bailaban lentamente al compás de viejas canciones que desgranaba una vitrola. Estaba mejor iluminado de lo que pensábamos pero aun así pasamos inadvertidos. Habrá sido, tal vez, porque nos quitamos las boinas plegándolas bajo nuestras charreteras, cruzamos nuestras metralletas "Stern" a la espalda y tuvimos el tino de ocupar una mesa algo alejada de la pista central. Por otra parte, Wallace realizó un magnífico trabajo con los paracaídas. A uno lo ocultó debajo de la mesa y con los otros tres improvisó cortinados sobre las ventanas.

Nadie concedió demasiada importancia a nuestra presencia lo que, en parte, nos ofuscó, ya que pasada media hora, no se había acercado un solo mozo a preguntarnos qué deseábamos beber.

De cualquier manera, no perdí tiempo. Armé sobre una silla el transmisor de radio, envié a Oakes a investigar el resto del edificio y ordené a Chiricahua que sacase a bailar a alguien para evitar sospechas sobre nuestra permanencia en el local. A Battaglia no me atreví a indicarle nada, tal era mi cautela con respecto a su real inserción en el operativo.

Una hora después volvió Wallace. No había hallado nada interesante, salvo que faltaba la lamparilla del baño para hombres y que, entre los discos diseminados junto a la vitrola estaba "Pardon wird nicht gegeben" vieja canción bávara, de Döblin, que su padre le tarareaba cuando niño.

Me la silbó un poco pero no pude reconocerla. En la pista, en tanto, Chiricahua danzaba solo en medio de una rueda de gente que palmeaba a su ritmo, una antigua invocación al dios de la lluvia. Antes de que las cosas pasaran a mayores, consideré criterioso marcharnos. Oculté un cenicero que tenía estampado a fuego el nombre del lugar para no volver a Inglaterra sin un comprobante inequívoco de que nuestro objetivo había sido alcanzado.

Quiero recalcar este punto y pongo a disposición de quien quiera verlo el cenicero en cuestión, que aún hoy obra en mi poder, para dejar en claro que fue mi intención marcharme con mis hombres apenas Chiricahua terminara su exhibición. Pero fue entonces cuando comenzaron a mandarnos champagne a la mesa, vinieron algunas muchachas con el navajo y juro que no hubiésemos podido largarnos sin despertar sospechas o, al menos, resquemor.

Lo concreto es que, a eso de las cuatro de la mañana, algunos de nosotros estábamos bastante achispados por la bebida; yo, un tanto alterado por la falta de respuesta del transmisor, lo que me llevó a estrellarlo contra el piso (luego me enteré de que me habían estado contestando pero el nivel de la música me imposibilitó advertirlo) y la reunión toda en la cúspide de su entusiasmo, lo que nos impidió detectar el arribo de las tropas de ocupación nazis.

Tras mojarnos un poco la cara con agua que tomaron de los baldes con hielo que refrescaban el champagne, los dos policías alemanes (no eran otra cosa los recién llegados) nos solicitaron nuestros documentos. La cosa no hubiese pasado a mayores ya que los guardias nazis no entendían un ápice de inglés y, por lo tanto, no lograron descifrar lo que decían nuestros papeles identificatorios, pero decidieron encarcelarnos por infringir un artículo sobre ruidos molestos y provocar disturbios en un lugar público. Era una medida injusta a todas luces, pero consideré ocioso alegar en procura de un poco de justicia ante dos secuaces de aquel monstruoso ex-cervecerero de Munich que estaba conduciendo el mundo entero a un caos hasta el momento desconocido.

Tras dos días detenidos en una húmeda comisaría de Lier en la incómoda compañía de prostitutas y borrachos, todo parecía indicar que el asunto no iba a prosperar más allá de eso y que, finalmente, nos devolverían la libertad y, lo que era más importante aun, los cordones de las botas y el correa completo que nos habían quitado en previsión de que pudiésemos atentar contra nuestras propias vidas con ello.

Pero un guardia descubrió la ametralladora de Wallace y la cosa se complicó. Supieron nuestra verdadera condición y un mes después éramos condenados, en juicio sumario, a prisión perpetua por delito de espionaje con fines de robo (habían comprobado lo del cenicero, lógicamente).

El 18 de junio de 1941, las pesadas puertas de la prisión de Lovaina se cerraron a nuestras espaldas con un gáñido lúgubre e inapelable.

Dentro de mi amargura yo desconocía, aún, que estaba por desatarse toda la sapiencia latente en la figura misteriosa del capitán Lee Battaglia.

Tras las tres primeras hora de nuestro cautiverio, cuando se hizo de noche, Battaglia, con un chistido, reclamó nuestra atención.

Estábamos todos en una misma barraca y convergimos hacia él reptando sobre la paja que hacía un poco menos duro el piso de piedra.

Battaglia nos miró a los ojos a cada uno, con expresión inteligente. Luego llevó la mano al bolsillo de su raído pantalón y extrajo una pelotita de ping-pong, que puso ante nuestra vista.

Nos dejó apreciarla por casi un minuto. Luego la agitó velozmente en el aire, giró la mano y, cuando volvió a mostrar su palma, la pelotita ya no estaba.

—¡Ohhh! —hubo entre nosotros una exclamación de asombro — ¿Cómo lo haces?

Battaglia sonrió, pero no contestó nada. Volvió a mostrar la palma de la mano, la cerró, acercó la mano a la oreja de Chiricahua y simuló sacar de allí, airosa y reluciente... la pelotita de ping-pong.

—¿Saben el cuento del elefante que se enamora de la hormiguita? —nos preguntó luego, para nuestro deleite.

Y fue así que, durante los largos años que mediaron hasta nuestra liberación por las tropas soviéticas el 18 de marzo de 1945, Battaglia animó nuestra desazón con todo tipo de suertes de magia y entretenimientos.

—Myers piensa en todo —recuerdo que mascullé aquella noche, poco antes de que Battaglia nos deslumbrara con el cigarrillo que desaparece tras el dorso de su mano y reaparece por una de sus fosas nasales en una prueba que, aún hoy, lo confieso, no alcanzo a explicarme cómo logra.

UNA HISTORIA DE TANGO

Pienso que esta historia le hubiese fascinado a Jorge Luis. Es más, estuve a punto de llamarlo, pero un par de razones me hicieron descartar la iniciativa: primero, él ya había emprendido su viaje final hacia Ginebra y segundo, yo ya la había escrito. Pero no dudo que a él le hubiese atraído sobremanera este relato ya que en él se entrecruzan los eternos valores del coraje, la frustración y el abandono.

Todo comenzó cuando Conrad, mi amigo de Nueva York, apenas desembarcado del avión que lo traía a Buenos Aires, me dijo:

—Quiero visitar un local de tango. Escuché esa música en Broadway, vi como la bailaban y tengo interés en presenciar un espectáculo tanguero, aquí, en su salsa.

Me aboqué a explicarle que el tango era muy diferente a la salsa. Yo sé que en Nueva York, con su crisol de razas, con la influencia de ritmos caribeños, la salsa ha pegado fuerte, y me vi en la obligación moral de aclararle el punto a Conrad.

—Oye, Miguel... —me cortó él—... olvida eso de que los americanos creemos que Río de Janeiro es la capital argentina. Lo que te digo es que quiero vivir el tango en su ciudad de origen, en su cuna, con sus bandoneones y sus erkes.

Mi amigo Conrad no responde a la imagen del yanki pavote o superficial que luce camisas floreadas y masca chicle. Cuando se interesa por algo lo hace a fondo, en profundidad, no vacilando en escarbar y preguntar donde corresponde. Lo conocí en Brooklyn, años atrás, cuando con otros policías me detuvo para constatar que la yerba "Tarawí" que yo llevaba no era un alucinógeno. Tres días estuvieron estudiando mi mate con virola de plata convencidos de que la bombilla era un pequeño micrófono.

—El "breakdance" no es para mí, Miguel —me apuntó Conrad—. No es para gente de nuestra edad. Desde la irrupción desdichada del rock, los salones de baile se han cerrado para nosotros. Yo intenté con el "breakdance" y eso me costó el pellizco de dos vértebras cervicales. Sólo llegué a dar dos giros puesto de cabeza. A mi amigo Philips le fue peor y hoy está en silla de ruedas. Para bailararlo medianamente bien debería haberme entrenado mil veces más que lo que me entrené para conseguir mi chapa de detective.

Demás está decir que no me costó mucho determinar adonde debía conducir a mi amigo.

—Mirá, Conrad... —le dije—... te voy a llevar a un lugar de legítimo tango. No te asustés ni por el aspecto del boliche ni por la pinta de los concurrentes. Ahí está el corazón mismo del arrabal.

—¡Eso es lo que yo quiero! El tango habla de abandono y de fracaso. Es íntimo, profundo y reflexivo. Y a todas esas cosas yo no puedo sentir las en un show lujoso, lleno de luces y colores. No puedo experimentarlo en algo preparado para triunfar en el "star system".

Me puse en contacto con el Turco, telefónicamente por supuesto.

El Turco me dio una fecha, una hora y una dirección. Dos días después, en la noche establecida, Conrad y yo estábamos en un café del centro, esperando. Más de una hora estuvimos allí y, cuando ya pensábamos que todo había fracasado, uno de los mozos se sentó a nuestra mesa.

—¿Ustedes son los amigos del Turco? —nos preguntó. Yo asentí, bajando los párpados.— Síganme —dijo.

Disimuladamente lo seguimos al baño de damas. Allí, el mozo se cambió de ropa y nos hizo salir del local por una puerta que, disimulada tras un lavatorio, daba a un local de Prode. Frente al local de Prode nos esperaba un auto con un tipo al volante. Prácticamente, nos zambullimos en él.

—¡Tírense al suelo, ahora! —nos ordenó el mozo, en tanto el coche arrancaba a insólita velocidad. Luego, con mano diestra, nos tapó la boca con sendas mordazas y cubrió nuestros ojos con tela adhesiva.

—Sabrán disculpar ustedes —explicó— pero debemos evitar el turismo, que todo lo destruye —y nos cubrió con un mantel.

Emprendimos un viaje que duraría más de dos horas. Advertí, no obstante, que el coche

daba muchas vueltas en círculos, incluso sobre sí mismo con riesgo de volcar, con el objeto de desconcertarnos.

—Lo que pasa... —nos iba explicando el mozo—... es que los turistas nos vigilan de cerca. Incluso las agencias de viajes procuran descubrir el lugar. Patrullan la zona con autos rentados, más de una vez nos han perseguido ómnibus de dos pisos repletos de teutones. Debemos tener mucho cuidado.

Pero todo fue bien y cuando nos bajaron y nos quitaron las telas adhesivas de los ojos, ya estábamos dentro del local. Nunca podré olvidar las pupilas enturbiadas de mi amigo Conrad, no sólo por la emoción de encontrarse en aquel antro de la autenticidad porteña sino, también, porque los párpados le habían quedado irritados por el pegamento.

—¡Terrific! —fue lo único que alcanzó a pronunciar, con una sonrisa. Yo ya había estado un par de veces en el tugurio, pero me conmoví de igual forma. Pese a la escasa luz del lugar, tropezando con las mesas y las piernas de los otros concurrentes, llegamos a la mesa que nos habían asignado.

—¡Esto bien vale los 500 dólares! —me codeó Conrad, con entusiasmo.

—Y esperá que salga el Negro —le dije. No tuvimos que aguardar mucho.

Tras las sentidas estrofas de un poema que hablaba de un mendigo con una pierna de madera atacada por la termita, el anunciador engoló la voz para anunciar:

—Señores... engalana ahora nuestro proscenio artístico, Rubén Raigal, la garganta mayor de nuestra música ciudadana.

Y apareció el Negro ante los aplausos sobrios de la concurrencia. Y era extraño, pero no me da vergüenza confesarlo, cada vez que cantaba el Negro, a mí me brotaban las lágrimas. Así estaba yo, escuchándolo desgranar la sentida letra de "Ladrillo", humedecidas mis pupilas ante la congoja de sus versos, cuando se me dio por mirar a Conrad y él también lloraba. Parecía un niño grande, un mocosito crecido a destiempo que no puede contener el llanto ante una reprimenda, un pebete sorprendido en falta, arrepentido. Mi amigo Conrad lloraba como una magdalena, silencioso primero, convulsivamente después, enjugándose las lágrimas con la servilleta, con el mantelito de papel, abrazado al pingüino de vino tinto que nos habían dejado sobre la mesa.

Cinco canciones atacó Raigal y en las cinco canciones pasó lo mismo.

Por último, el cantor hizo una pausa, como dando un respiro, y así habló:

—Este tema se lo quiero dedicar al señor Antenor Villagrán, que se encuentra presente en la sala. Para él, con música de Lucio Demare y letra de don Agustín Irusta y Roberto Fugazot: "Dandy".

Tras unos cortos aplausos, las primeras estrofas del bonito tema impregnaron nuestros oídos.

—... "y en el barrio se comentan fulerías para tu mal. Cuando sepan que sólo sos confidente, tus amigos del café se plantarán..." —cantaba el Negro y el lugar era un templo de emoción y recogimiento.

—... "entre la gente del hampa no has tenido perfomance, pero baten los pipiolos que se ha corrido la bolilla y han junao que sos un gran batidor..."

—¡Qué sentimiento! ¡Qué *feeling!* —musitó, a mi lado, Conrad.

—Esto no es de plástico, Conrad. No está armado para sacarte los dólares.

—"... Dandy... —no aflojaba el Negro—... en vez de darte tanto corte pensá un poco en tu viejita y en su dolor. Tu pobre hermana en el taller su vida entrega con entero amor..."

El aire podía palpase. Había una corriente eléctrica, un fluido magnético serpenteando entre los presentes.

—"... y por las noches su almita enferma con la de su madrecita en una sola sufriendo están, pero un día, cuando nieve en tu cabeza a tu hermana y a tu vieja, llorarás..."

Y éramos nosotros los que llorábamos, hipando, como mujeres. Recién media hora después de marchado el artista del escenario pudimos recomponernos y articular algunas frases elogiosas.

—Mirá, Conrad... —logré decir, aún moqueando—... yo lo conozco al dueño del local. Si querés le digo que nos gustaría saludar a Raigal un apretón de manos, al menos.

—Sería maravilloso, Miguel, un recuerdo imborrable para contarle a Margaret y los niños. Hablé con el dueño y frunció el entrecejo.

—Es difícil, Miguel —me dijo—. Rubén no acostumbra a recibir entre salida y salida. Queda muy cansado. Se entrega mucho.

Algo, como una linterna, relumbró detrás mío. Era Conrad, que oscilaba en su mano derecha una tarjeta de crédito dorada, sin decir palabra.

El dueño parpadeó un par de veces.

—Siganme —nos dijo. Nos condujo por un pasillo poco iluminado hasta enfrentarnos con una puerta cerrada.

—Esperen aquí —indicó— Rubén seguramente se está cambiando todavía. Pero, dentro de unos quince minutos, golpeen y les va a abrir.

Nos quedamos allí, esperando, en silencio, respetuosamente. Cada tanto, Conrad, mi amigo, reprimía un acceso de llanto al recordar alguno de los tangos. Pasado un cuarto de hora, golpeé la puerta. No contestó nadie ni tampoco se oía adentro ruido alguno. Volvimos a esperar. Media hora después, volví a llamar y nada. Muy de lejos, desde el salón, nos llegaba de vez en cuando el sonido de aplausos.

—¿Y si lo llamamos al dueño? —preguntó Conrad.

—No, dejá —golpeé un par de veces más y abrí la puerta.— Un porteño de ley no se va a enojar por la visita de dos admiradores.

Al principio, nos costó comprender lo que veíamos trabajosamente en la semipenumbra de aquella habitación que hacía las veces de camarín.

Percibimos un penetrante olor a incienso y sobre una pequeña tarima de madera vimos a un japonés, a una suerte de monje budista luciendo un raído kimono de ceremonia, elevando ante sus ojos una pequeña taza de té. El japonés murmuraba una canción ritual, monótona y adormecedora, balanceando su torso levemente hacia adelante y hacia atrás. Tenía el pelo renegrido tirado hacia la nuca, tirante, tanto, que le caía en una coleta sobre la espalda. Nos costó reconocer, en esos ojos rasgados, en el bigotito fino, a Rubén Raigal, la garganta mayor de nuestra música ciudadana.

—Pasen, pasen —nos dijo de pronto, sin volverse —ya es inútil ocultar mi verdadera identidad. Me han descubierto.

Nos sentamos silenciosamente, en cuclillas, a su lado, sobre una esterilla.

—Soy japonés, mi verdadero nombre es Toyotomi Tokugawa —continuó diciéndonos en tanto nos ofrecía dos escudillas de sake.— Y soy también uno de los tantos nipones que no pudo escapar al sortilegio del tango.

Tras un brindis, Raigal continuó.

—Llegué al país reclutado por la orquesta de Donato Raciatti, en 1947.

—¿Qué le hizo abandonar su país para lanzarse hacia tierras lejanas y desconocidas, Tokugawa? —pregunté, en un tono francamente periodístico.— ¿Tan sólo su pasión por la canción de Buenos Aires?

Tokugawa meneó la cabeza y sus ojos se empequeñecieron aun más, al punto que temí que desaparecieran.

—Una mujer —musitó.

—Debimos imaginarlo.

—Yo la saqué del barro.

—¿Trabajaba en la calle?

—No. Trabajaba en los arrozales. Ella, Fujiko, era de Saga pero yo la llevé a Tsuchiura y le puse una pagoda céntrica. Pequeña, pero muy bien puesta. Ella era mi único desvelo. Pero un día se marchó con un descendiente de la dinastía Meiji que la supo seducir. Sólo me dejó, prendido en el biombo, un ideograma que decía: "Sayonara".

Quedamos en silencio. Sólo se escuchaba el discreto masticar de Conrad que se había servido unos menudos de pato.

—El golpe fue muy grande para mí —continuó diciendo Tokugawa.— Pensé en matarme. El harakiri, el suicidio ritual. Pero la sola idea de no verla jamás me hizo desistir de esa drástica posibilidad.

—¿Pensaba usted en volver a verla?

—No. Mi orgullo de nipón estaba herido. Además, ella y el descendiente de la dinastía Meiji se habían marchado lejos, huyendo de mi segura venganza. Pero, en el fondo de mi corazón, algo me decía que la volvería a encontrar. ¡Eso detuvo mi mano cuando ya se ceñía sobre el mango de marfil de mi espada samurai! De cualquier forma, me detesté por cobarde. Supe que me faltaba el valor para eviscerarme. Decidí, entonces, que debía buscar la muerte por otro camino. Debía expiar mi pesadumbre por otro rumbo, con algo más cruel, más inhumano, más atroz.

—Y se vino a la Argentina.

—No. Eso fue después. Me alisté en la aviación de mi país. Era el verano del 44 y ya el avance de los aliados sobre nuestro maltratado archipiélago se hacía insostenible. Comprendí, entonces, que mi muerte podía ser útil al Imperio y, además, mitigar ese dolor insoportable que me aquejaba. Y no lo dudé. Me anoté en la lista de los pilotos suicidas. De los kamikazes.

Conrad y yo cruzamos una mirada de inquietud. ¡Qué extraño era todo aquello! Esa rara situación donde aquel hombre, ese representante de otra cultura y otra sensibilidad, nos relataba, con fría y desapasionada arrogancia, los avatares de su vida.

—En la batalla aeronaval del Mar de Coral —siguió Tokugawa— me arrojé con mi Zero sobre el portaaviones Lexington e hice explosión sobre su cubierta...

Retornó el silencio. Observábamos estupefactos a Tokugawa, a Rubén Raigal, al hombre que se había abatido como una tromba de acero, fuego y pólvora sobre las naves enemigas.

—Pero el Destino, empeñado en deshacer mi cuerpo, se negó a brindarme el consuelo definitivo— Tokugawa contemplaba el fondo de su pequeña taza de sake, como si allí dentro estuviese leyendo las desgarradas estrofas de su canción de invierno.— Hecho un guiñapo humano, convertido en un amasijo incandescente, quedé atrapado entre los hierros retorcidos de mi aparato, de tal forma que fui confundido por los marinos americanos con un pedazo de motor, un buje, una tapa de cilindro, un rotor roto e inutilizado. Fue así, en esa condición infrahumana, que me trasladaron a los Estados Unidos, a una dependencia de la marina norteamericana. No reconocieron en mí al piloto suicida. Supongo que pensaron que el conductor de aquel avión fatídico se había volatilizado en la explosión o que, fragmentado en mil pedazos se había esparcido en el mar. No podían imaginar que aquel bulto negro y humeante, oliendo a nafta quemada, glicol y parafina, era yo. Así fui a dar sobre una larga mesa de la base aeronaval de Hawaii. Los técnicos americanos querían estudiar los restos del Zero. Mi avión había pertenecido a un nuevo modelo y deseaban estudiarlo. Y allí escuché, estremecido de espanto, la conversación entre dos almirantes americanos, que hablaban junto mí, inconscientes de que alguien los oía. "El 6 de agosto de 1945, a las 8 horas, 15 minutos de la tarde, arrojaremos una bomba atómica sobre Hiroshima" dijo uno de ellos. Dos días después mezclado entre los guiñapos de mi avión, me arrojaban a un vaciado de chatarra. No me preguntan cómo me recuperé. Pero lo cierto es que la cirugía plástica hizo milagros. De aquella terrible experiencia sólo me quedó esa pequeña cicatriz...

Tokugawa elevó su mentón y nos mostró una pálida línea casi en el cuello que yo, ingenuo, había atribuido a alguna pelea de cuchilleros, a un duelo criollo.

—Y otro costurón más abajo de la cintura... —informó luego—... acá abajo en un sitio que me sería incómodo mostrarles dada mi posición de loto.

Nosotros entendimos su retraimiento, comprensivos.

—En un carguero de bandera panameña pude volver a Japón.

—Y... ¿Logró avisar lo de Hiroshima?

Allí se inició un largo silencio. Tokugawa miraba fijamente una pared, como poseído por un perverso sortilegio. De arriba nos llegaba, quedamente, el rumor de aplausos. Cuando yo ya suponía que el formidable cantor de tangos había enmudecido para siempre, señaló hacia el techo y dijo:

—Está cantando Alba.

—Sí —aprobé.

—Es buena...

Pensé que prefería eludir el tema y que su confesión había tocado a su fin. Pero, tras otro tenso intervalo, retomó el relato.

—No. No avisé lo de Hiroshima.

Nos miramos con Conrad y aguardamos.

—No avisé lo de Hiroshima porque era allí, en esa ciudad, donde se habían refugiado Fujiko y el descendiente de la dinastía Meiji, huyendo de mi venganza.

El rostro de Tokugawa se tornó cadavérico, se contrajo como puede contraerse el pergamino ante la vecindad del fuego.

—Preferí callar mi vital información, ocultar la noticia que hubiese salvado millares de vidas, con tal de castigar a la pérfida que jugó con mi ilusión. La hiel del remordimiento me persigue y me perseguirá hasta el fin de mis días. Ahora comprendo que, en mi rencor, llegué demasiado lejos.

Calló, y supimos que aquello había terminado. Nos pusimos de pie, un tanto confusos.

Tokugawa nos imitó, comenzando lentamente a quitarse el kimono.

—¿Y ahora, Tokugawa?

—Ahora... —pareció dudar en la elección del moñito que iba a lucir—... ahora... ya escucharon a quien dediqué la última canción esta noche. "Dandy." Esa hiriente canción. A Antenor Villagrán, que estaba en la sala.

Lo miramos en silencio en tanto se cambiaba.

—Y el guapo Villagrán no perdona esas ofensas —agregó, peinándose—. Me estará esperando afuera. Y no me defenderé.

Ni nos despedimos siquiera. Salimos del camarín y retomamos nuestra ubicación arriba, en la sala de espectáculos.

EL CAZADOR BLANCO

Si bien es hartamente conocido que los leones, los tigres y los leopardos acaban con la vida de cientos de seres humanos por año, creo tener la suficiente autoridad como para afirmar que el mayor porcentaje de víctimas se las debemos a Walt Disney.

A este crédulo genio del dibujo animado (genialidad que no pongo en duda) corresponde la responsabilidad de haber hecho creer a la gente que los animales salvajes son criaturas amigables o cariñosas. Y no hablo sólo de gente desinformada o vulgar. Por cierto que no. No puedo espantar de mí mente la imagen del terrible momento en que mi gran amigo Preben Sivebaek, cazador danés con más de 700 safaris sobre sus espaldas, pretendió anudar la cola de un león de más de tres metros de largo, al tronco de un árbol.

Preben había visto hacer eso al Ratón Mickey en la película "Roaring and running" y, si bien nunca lo manifestó públicamente, aguardó por años el instante de poner en práctica dicha suerte. Eso me lo confesó el pobre Preben, días después, ya tendido en un camastro de un hospital de emergencia de Chabunkwa, con un hilo de voz y el cráneo masticado por la bestia como si se hubiese tratado de un caramelo ácido.

Preben salvó su vida pero nunca más se ha prestado para ir al cine.

De algo similar puede hablar la señora Mary Fenwick, una encantadora dama inglesa que pagó buen dinero por mis servicios al sur de Luangwa. A ella no se le ocurrió idea mejor que procurar atorar con un palo la boca de un cocodrilo grande como un autobús. "Pero... —sollozaba después—... ¡Si lo he visto hacerlo cientos de veces al Pato Donald!". El brazo derecho le fue seccionado a la altura del codo y el saurio se llevó también, al igual que lo hiciera con el Capitán Garfio, un reloj pulsera "Rolex", recuerdo de su primera comunión.

Aparte de los casos puntuales, de los cuales podría relatarles miles, las estúpidas películas de Disney han originado un sinfín de movimientos en pro de la defensa de los derechos del animal. ¡Me gustaría a mí ver a uno de esos melindrosos componentes de tales movimientos, ante la mirada mortal rabiosa y perversa de un búfalo lanzado sobre él a más de sesenta millas por hora! O quizás me agradecería poner frente a los ojos de alguno de esos pusilánimes el rostro desolado de Ingwe Kikoy, uno de mis cargadores, al recibir el cuerpo informe de uno de sus hijos, reducido a una suerte de plátano machacado por un elefante que tomó a mal que la familia Kikoy lo hubiese elegido como sustento de los más pequeños.

Estos autoproclamados defensores de los derechos del animal no van a elevar informes en los hospitales de Bostwana o en la Clínica del Cazador Anónimo de Malawi. Se los podrá ver, por docenas, furiosos y ofendidos, levantando acusaciones e injurias en los frigoríficos de honestos comerciantes de carne, perjudicando sin bases sólidas a los peleteros o persiguiendo con fines no muy claros a los fabricantes de carteras. No han quitado, como yo lo hice, 4387 agujones de avispa del cuerpo de un caballero francés, un gourmet en toda la línea, que cometió el "atrevido" de sacudir un panal de un puntapié, al solo efecto de comprobar la calidad de la miel.

Ni han pisado, como yo, a pie desnudo, la bosta untuosa y aún caliente de un carabao, incursor impune del alfombrado de mi living comedor, en Ngamiland. Y es seguro que seguirán insistiendo con la machacona cantinela de embaucar incautos hasta que un ave de corral les vacíe los ojos de un picotazo o el dulce gato de la casa convierta en guiñapo sanguinolento la tersa carita del hijo más pequeño.

En mi anterior entrega, alerté y puse en conocimiento del desprevenido lector algunas características salientes de ciertos animales salvajes.

Así fue como informé, hasta donde llegan mis modestos conocimientos, sobre el peligro que representan para el cazador, animales como el león, el leopardo, el búfalo acuático, la codorniz y el cocodrilo. Pasaré, entonces, a un habitante de la sabana cuyos modos y costumbres es conveniente conocer al dedillo dado que es, sin duda alguna, infinitamente más peligroso que todos los anteriormente mencionados.

La jirafa

La jirafa es un error de la naturaleza. Tal vez puedan sonar pedantes mis palabras, pero

creo que treinta años de vida en Kenya me dan cierto respaldo para atestiguar lo que digo.

La Naturaleza ha cometido varios errores manifiestos, ocultados en su mayoría por zoólogos y teólogos en un intento por conservar la confianza del hombre común en las leyes que rigen el equilibrio del Universo.

¿A qué puede obedecer, si no es a un error, la existencia de una especie como la del gargajo lisonjero, hoy casi desaparecida? El gargajo es un ave de la subclase de las carinadas, hábil zambullidor, habitante de las islas Marquesas, cuyo alimento fundamental es la sardinetita y al que no le gusta el pescado. Hoy por hoy pueden encontrarse no más de una docena en condiciones físicas deplorables y que han debido habituarse a comer papeles o envases plásticos desechados por los turistas.

¿Cómo se justifica, asimismo, la existencia de una una córnea dentro de los pelos de la cola de los leones? El teólogo y manicuro Colin McNally arriesga una teoría estremecedora: siglos atrás, los leones eran animales depredados y poseían una quinta pata en donde hoy lucen la cola. Dicha pata suplementaria les permitía rechazar los ataques por retaguardia. Con el tiempo, al desaparecer las grandes especies que los amenazaban (gliptodontes, plesiosaurios, baobabs) dicha pata debió atrofiarse hasta quedar reducida a lo que hoy conocemos.

No pueden calificarse estos hechos como otra cosa que errores, y está en nosotros, los simples humanos que hemos tenido la fortuna o la habilidad de su detección, el subsanarlos.

Y la jirafa es un error. De físico espigado y líneas torpes, este mamífero debería habitar en lo enmarañado de la jungla, donde pudiese ocultarse entre los elevados árboles, las lianas, los helechos y lo tupido del follaje.

O, tal vez, debería hallarse entre los bosques de coníferas de Gstaad, en Suiza, o en aquellos cercanos a los lagos canadienses. Pero no es así. Lánguida y atribulada, la jirafa deambula por la sabana africana, donde la vegetación es achaparrada y las malezas no alcanzan a taparle la vulnerabilidad del estómago. Pero sería otro error, en este caso nuestro, dejarse seducir por el aspecto afable de estos animales. La jirafa es, ante todo, cínica. Algunos tratados de zoología sostienen que la jirafa no emite sonidos, que es muda. Nada más alejado de la verdad. Lo que ocurre es que la jirafa calla. Consciente de lo fácil que es localizarla entre el inconveniente paraje que le ha tocado en suerte transitar, la jirafa ha comprendido los buenos dividendos que le da el hecho de no hacerse oír.

Existe, entre ellas, un pacto de silencio, como la siniestra "omertá", que rige la mafia siciliana y no sería ocioso pensar si no estaría mejor que desapareciese una especie animal así conectada con tan vituperable organización criminal.

Sus largas patas, en especial las traseras, son dos pistones letales en el momento de lanzar coces, y su mordisco es cruel y definitivo. Cazadores inescrupulosos suelen buscarla con irresponsable codicia procurando hacerse de su lengua, que luego venden a buen precio a tapiceros en Dakar o Nairobi.

O bien, procurando su cornamenta, dos cortos y recios promontorios al tope de su testuz, que no son apreciados en toda su justa medida ya que se hallan demasiado altos, lejos de la vista común pero que configuran verdaderos puñales a la hora del ataque, cuando la jirafa inclina la cabeza buscando el bajo vientre del cazador. Es en ese momento, cuando el animal se dispone a la cornada mortal, cuando hay que dispararle. Yo recomiendo el proyectil del doce, del largo de un espárrago, en una escopeta Weatherby 300 Magnum.

Si se le acierta en la base del cráneo, se viene abajo como un edificio, como un árbol desgajado por la tormenta. Es un momento excitante, que no deja de tener cierta belleza.

Es difícil saber, en rigor de verdad, qué piensa una jirafa, pero si usted la ve respirar agitadamente y sacudir la cola como un molinillo, no puede equivocarse: ese animal está estremecido de furia y busca atacarle.

Viene a mi memoria un caso de este tenor, en Okavango. Di con una pareja de jirafas bebiendo en un espejo de agua donde solían abrevar, también, búfalos y rinocerontes. Pero, es sabido, que tanto unos como otros procuran evitar el momento en que van a beber las jirafas, conscientes del peligro que éstas representan, máxime en la época del escarceo amoroso. Incluso los leones rehuyen el enfrentamiento con estos mamíferos, temerosos de sus desplantes y actitudes provocativas. Aquel día, las jirafas estaban solas, acompañadas de una cría que husmeaba el aire en busca de alguna nueva víctima. No sabía, a ciencia cierta, si los animales me habían detectado, pero hubo algo que me preocupó en grado sumo: una contracción nerviosa de los músculos del cuello del macho, que ondulaba las bellas manchas naranjas del pelaje y alborotaba una cantidad de moscas que se posaban sobre él.

No lo dudé. Conozco mucho de estas situaciones y he visto a mi gran amigo Dean Hankin ser atropellado y baldado para siempre por un Land Rover, tras haber vacilado cruzando una ruta desolada en Bangla Desh. Cargué mi Holland and Holland Magnum 375 con ocho proyectiles perforantes con punta de acero.

Del primer disparo destrocé la cabeza de la hembra, quien se abatió sobre el agua como una estructura de caños. Al macho le disparé tres veces sobre la paletilla cuando pretendía huir y le di muerte. A la cría, una esbelta jirafa macho de unos seis meses, le seccioné el cuello de un solo tiro y también cayó como una estantería modular. Todo no había durado más de un minuto y me sorprendí empapado en sudor. No era para menos. Escasa habría sido mi suerte si aquellos animales hubiesen persistido en su loca determinación de atacarme. Mi chance hubiese sido menor que la chance que tiene de subsistir un ser humano en el centro mismo de fusión atómica en una planta nuclear que se derrite.

Dicen los nativos que las jirafas no son carnívoras y que sólo se alimentan con hierbas tiernas. También dicen eso de los monos y he visto monos devorando sus crías e, incluso, duraznos en almíbar. No me confío de las jirafas. No me confío de los animales silenciosos.

La cebra

Pero si bien el león es un felino despiadado y eficaz, si admito que el leopardo es cruel y veloz al punto de tornarse indomable, si la jirafa es un cuadrúpedo cínico y traicionero, ninguno de ellos puede compararse en ferocidad innecesaria y determinación asesina, con la cebra.

De apariencia inocente, corretea por la planicie en grandes manadas, eludiendo las zonas cenagosas, los bañados y las aldeas nativas, lo que demuestra su falta de sociabilidad. Si he terminado con miles de ellas en mi larga trayectoria de cazador blanco, no ha sido por sadismo ni por venganza. Las cebras son muchas y se reproducen con facilidad llamativa. La gramilla, en cambio, es poca, y la desertización avanza sobre la pradera en forma por demás alarmante. No hay alimento para tantos animales y los cementerios de elefantes están llenos de estos paquidermos. Cada tanto, el gobierno de Uganda, me radia un telex que dice, sumariamente: "Acabe con las cebras". Es mi deber, me guste o no me guste.

Y debo confesar que no las tengo todas conmigo cuando debo salir a la inmensidad de la sabana a enfrentarme con ellas. O mejor dicho, con cada una de ellas. Porque la cebra es un equino endemoniadamente perspicaz y un sexto sentido parece advertirles de la llegada del telex. Es entonces que deciden tomar rumbos diferentes. Es difícil de creer pero puedo jurarlo porque lo presencié con mis propios ojos en más de una oportunidad.

En 1976, en Revugwi, vi cómo un rebaño de cerca de 7000 cabezas, al unísono, como si lo hubiesen ensayado cientos de veces, como si hubiese mediado una voz de mando, se dispersaba al galope en 7000 rumbos diferentes con un retumbo estremecedor de cascos.

Pero, tal vez, valga consignar otro de los inconvenientes que originan los asentamientos de cebras aparte del peligro de topárselas en el camino o caer en sus habituales acechanzas. El dibujo blanquinegro del pelaje de las cebras produce alteraciones dañosas a la vista y a la mente de quien las observa. Esto es vastamente conocido entre los expertos y hasta por los pobres negros que suelen convivir con ellas en los mismos predios. Por supuesto, esta anomalía es cuidadosamente escondida al público en general por nuestros bien conocidos "defensores" de la fauna y los derechos del animal, a los efectos de no provocar animosidad en contra de dichos équidos. Los expertos llegaron a tal conclusión luego de estudios no demasiado complicados sobre deformaciones ópticas y líneas geodésicas. Los nativos, en cambio, lo aprendieron a altísimo costo, tras generaciones y generaciones de bantúes que cayeron bajo el azote del estrabismo y la perturbación mental. Quienes han visto desaprensivamente, y a veces hasta con predisposición risueña en las películas, nativos con los cráneos deformados a límites monstruosos, ovoides, elípticos, convexos, semicóncavos y deltoides, no han podido imaginar que tales aberraciones son originadas por la visión permanente y alucinante del rayado de las cebras. Las cebras lo saben y no vacilan en ponerlo en práctica sin remordimiento aparente.

Si se enfrenta usted con una manada de cebras en reposo tendrá oportunidad de comprobarlo. El daño causado sobre la visión no es apreciable si el observador no prolonga su experiencia más allá de los cuatro minutos. Verá usted, de inmediato, cómo las cebras, al comprobar que están siendo observadas, comienzan a cambiar lentamente de posición, como al descuido. Fingirán estar buscando mejor pastura o ubicación al sol, pero si usted contempla con

cuidado, las verá transmitirse mensajes al oído, simulando mordisquear cariñosamente las crines de sus pares. Irán formando así, con el dibujo obsesivo de sus líneas, figuras de altísima complejidad, espacios dimensionales, tramas alucinantes que, primero, confunden al observador y luego lo ponen al borde de la esquizofrenia, el delirio y la incontinenia.

Luego de una experiencia de este tipo, Doc Jason, el gran cazador belga, en 1968, me confesó, horas antes de ser recluido en una casa de salud en Ginebra, que había alcanzado a ver entre la conjunción de cebras, "La última cena" de Leonardo de Vinci.

Mi reacción ante tales situaciones y mi recomendación para el cazador principiante, es simple y clara: tirar a matar. Un fusil Armalite AR-18 automático, con proyectiles trazadores de fósforo, es una buena solución.

Si la cebra recibe un proyectil de éstos, un poco más pequeño que una bala antiaérea, detrás de la oreja, queda con pocas ganas de confundir a nadie.

El mono

Pero, si bien debemos admitir que el león, el bien llamado monarca de la selva, es un enemigo despiadado y silencioso; si reconozco sin vergüenza que el leopardo es una natural máquina de matar al parecer ideada por un genio del Mal; si la hiena es una sardónica bestia cuyas mandíbulas son capaces de triturar un teléfono público con la facilidad con que se pulveriza el hojaldre; si la jirafa es una amenaza constante y sigilosa y la cebra alcanza los grados más refinados y perversos de la perturbación mental, nada hay tan espantoso como el mono.

Una vez más debo caer en la misma fastidiosa temática, pero no puedo dejar de denunciar la errónea, falaz y malintencionada imagen que los medios de comunicación en general han llevado al público sobre los simios.

A través de estúpidos chimpancés, gorilas imbéciles u orangutanes embrutecidos por el castigo o las drogas, el mundo conoce tan sólo la versión civilizada de estos cuadrumanos. En las pantallas de televisión de todo el orbe ha campeado la simpática figura del chimpancé en zapatillas de basket y pantalones jeans.

Recuerdo un día de junio, en 1974, sobre la orilla norte del Luangwa. Junto con Laurence Maddox y Melville Colbert íbamos en busca de mandriles. Estos son unos monos pequeños, de la altura de una botella de Coca Cola familiar, chillones y movedizos como demonios. Se organizan en tribus, con esquemas sociales muy férreos, bajo la dirección del mandril más viejo del grupo, una comisión asesora conformada por los mandriles machos jóvenes, una rama femenina integrada por las hembras no preñadas de la colonia, una sindicatura renovable cada dos años mediante voto calificado y una suerte de cuerpo colegiado con voz pero sin voto que reúne las crías, los mandriles viejos o enfermos y hasta miembros de otras especies que pudieran haberse acercado a curiosear. Después están los monos propiamente dichos, los mandriles-pueblo.

Son muy buscados porque configuran el cebo preferido para atraer al leopardo.

Con ese propósito nos habíamos movilizado aquella tarde, ya que un comerciante dinamarqués nos había encargado 15.000 pieles de leopardo y solo llevábamos dos en nuestro haber, contando la que yo tenía, desde hacía seis años, en el piso del living. Cuando recibí tal encargo, no pude menos que pensar en la cantidad de niños con frío que serían abrigados con dichas pieles. Y, que me perdonen los "ecólogos", pero entre la salvaje belleza de un leopardo y la salud de un niño, me inclino por esto último. Es una simple elección personal.

La mordedura del mandril es mortal. En verdad, la mordedura de casi la totalidad de los monos es mortal, ya que no he visto ratón, lagartija o laucha que siga con vida luego de que un bubón de rabo pelado o un babuino calesita le hinque la dentadura en las cervicales.

Bien conocíamos nosotros ese detalle y sabíamos, por lo tanto, que debía evitarse, a cualquier precio, la posibilidad de la lucha cuerpo a cuerpo. Era por eso que yo portaba, aún recuerdo, una pistola ametralladora FM K3, liviana de tipo paracaidista, con linterna láser y culata rebatible. Laurance se había provisto de un MAG bípode de ciento catorce disparos por segundo según graduación, en tanto Melville había optado por la escopeta Parker Hale 243 con cerrojo, cuyo poder de dispersión aseguraba alcanzar algún blanco en la turbamulta de esos simios que no conservaban jamás posiciones fijas.

No habíamos andado más de dos horas cuando dimos con una colonia de mandriles.

Me encomendé a Dios Todopoderoso. Los mandriles, cuando se hallan con sus crías aumentan geométricamente su peligrosidad, especialmente porque arrojan sus pequeños monos

a modo de proyectiles. Cuando se les agotan las crías, no vacilan en arrojar hacia el enemigo sus propios excrementos. Alguna vez habría que pensar si es que tiene real sentido que sigan existiendo especies que profesan tamaño desprecio por el amor filial y el aseo personal.

Decidimos con Melville que era una locura adentrarse en el pequeño bosquecillo de bayas, muy tupido, donde estaban refugiados, prestos al ataque, aquellos demonios. Se los oía chillar salvajemente en un pandemónium que, por otra parte, ha impedido conciliar el sueño durante siglos a los bantúes, hecho que los ha tornado tan inestables e irascibles al punto de levantarse contra el mandato de Su Majestad la Reina en 1872. Había que actuar con rapidez. Incendiamos, entonces, la maleza. Habíamos previsto que los monos, siguiendo el instinto natural de los trepadores, saldrían a escape hacia el río cercano. Pero hicieron todo lo contrario, demostrando una vez más lo imprevisible de sus reacciones y, hasta podría decirse, lo traicionero de las mismas. Se abalanzaron sobre nosotros en un número mayor a los trescientos en medio de una barahúnda infernal. Desde el bosquecito hasta nuestra posición dentro del jeep carrozado no mediarían más de cincuenta yardas. Hoy por hoy pienso que perdimos el equilibrio y disparamos sin orden alguno. Así y todo quedó el tendal. Cuando se disipó la humareda habíamos dado cuenta de casi todos ellos, aunque hubiese sido imposible contarlos, dado que la mayoría de los cuerpos estaban prácticamente deshechos y despedazados. Me dio pena. A los leopardos no les atrae demasiado el mandril trozado de esa forma. Y fue cuando estábamos aún contemplando aquel espectáculo, si se quiere desagradable, cuando una docena de mandriles, sobrevivientes de la batalla, cayó sobre nosotros de imprevisto. El humo o el hecho de que se habían ocultado bajo el jeep impidió que los viésemos. No le deseo ni a mi peor enemigo la experiencia. Hubo un revuelo, un caos de imprecaciones, de gritos, de chillidos, de culatazos, que no duró más de tres segundos. Luego, así como habían aparecido usufructuando la supremacía numérica, desaparecieron. Les volvimos a disparar y matamos a cinco.

Pero Laurance y Melville presentaban mordiscos en las manos y en las rodillas.

Tres años después, el 8 de febrero de 1977, recibí la noticia de que Laurence Maddox, había muerto en un hospital de Oslo. Algo me informaban de un proceso largo y doloroso. Se hablaba de una leucemia. Pero a mí no podían engañarme. El veneno lento y poderoso de los monos había logrado, por fin, su efecto. Por si eso fuera poco, dos años después de la muerte de Laurance, moría Melville Colbert. Leí algo en los periódicos sobre un accidente de aviación con casi 200 víctimas además de mi amigo, pero tampoco aquél era argumento para convencer a un cazador blanco. Las mordeduras de los monos habían conseguido lo suyo. Aún hoy, cuando recuerdo los hechos, me estremezco de espanto.

En mi próxima entrega, abundaré en detalles sobre una pieza de audacia y peligrosidad formidable. Una pieza de caza que supera largamente en cuadros de riesgo al león, el leopardo, el búfalo, el anófeles, la jirafa, la cebrá y el mono. Es más, me atrevería a asegurar, con mis treinta años de actividad como cazador blanco en Kenya, que todos estos animales que he mencionado, juntos, no llegarían a configurar una amenaza similar a la que corporiza la especie que trataremos en el próximo fascículo: el pigmeo.

MOG Y NPMW

Ese día Mog llegó a su caverna temblando de excitación.

—Grog y Gmub descubrieron el fuego —fue lo primero que dijo, sentándose en una roca.

Npmw, su mujer, lo miró, dejando de castigar con un palo la carne de saurio.

—Esos dos siempre haciendo locuras —fue lo único que comentó.

—Es algo maravilloso —se entusiasmó Mog.— Algo que cambiará nuestras vidas.

—¿Qué es? —preguntó Npmw, abandonando su labor. Mog la miró largamente, frunciendo aun más su entrecejo pronunciado. Luego hizo unos gestos con las manos. Se puso de pie, para ayudarse con la mímica.

—Es alto así —indicó con su mano, casi al nivel de su cadera.— ¡Pero no siempre! —se apresuró a aclarar— a veces más, a veces menos.

—¿Qué clase de animal es? —requirió, ofuscada, Npmw. — No hay ningún animal que a veces sea de una altura y a veces de otra.

—No es animal —cortó Mog.

—¿Qué es?

Mog pensó. Transpiraba. Se rascó la cabeza.

—¿Es una piedra? —trató de ayudar Npmw —¿Una roca?

—No. No. Se mueve —afirmó Mog.

—¿Se mueve? ¿Y no es un animal?

Mog negó repetidas veces con la cabeza.

—No es un animal.

—¿Es agua? —aportó Npmw.— El agua se mueve. Mog la miró detenidamente.

—No —dijo.— No es agua. El agua se puede tocar. El fuego no se puede tocar. Npmw se sentó, perturbada.

—¿Por qué no se puede tocar? Es un animal, entonces. Un animal peligroso que no se puede tocar.

Mog pegó furiosa y repetidamente con la planta de su pie derecho contra el suelo.

—¡No! —gritó.— Los animales caminan, hacen ruidos, hablan. El fuego no hace ruido.

—¡¿Qué es, entonces?! —se exasperó Npmw.

Mog se retorció una oreja.

—Es rojo —dijo.

—¿Rojo?

—Sí, rojo. Y no se puede tocar porque lastima los dedos.

El rostro de Npmw mostraba cada vez más confusión.

—¿Es un árbol? —aventuró.— ¿Un árbol de espinos, que pincha?

—¡No!

—Pero... ¿¿Qué es, entonces, si no es ni un animal, ni un árbol, ni una piedra?!

—¡Es fuego, simplemente! —giró por la caverna Mog, sus largos brazos abiertos—. Eso es... ¡Fuego!

—¿Y qué es el fuego? —Npmw estaba al borde de las lágrimas.

—¡Es lo que descubrieron Grog y Gmub! ¡Eso es! —rugió Mog.

Npmw lo observó un instante como para decirle algo. Luego sus hombros se abatieron. Se puso de pie y volvió a tomar el palo.

—Está bien, Mog —dijo, casi en un susurro.— Está bien. ¿Para qué vamos a seguir discutiendo? Siempre pasa lo mismo contigo.

—Npmw, el fuego es algo nuevo —trató de interesarla nuevamente Mog.— No es agua, porque el agua es fría. El fuego es caliente, caliente como el sol cuando pega en la piedra, como el abrigo de la piel. No es roca, porque se mueve y porque uno puede ver a través de él, no es...

—¿Puedes ver a través de él? —giró hacia Mog, abandonando por un momento sus golpes sobre la carne, Npmw — ¿Puedes ver a través de él y no es agua?

—¡Te he dicho que no, Npmw! ¡Te he dicho que no! ¿Cómo puede ser que no entiendas? Npmw asestó un tremebundo palazo sobre la carne.

—Está bien, Mog, está bien —rabió.— Está bien. Yo nunca entiendo nada. La bestia de Npmw nunca entiende nada. Está bien.

—No es un árbol tampoco... —prosiguió Mog—... porque...

—¡Está bien, está bien! —continuó golpeando la carne Npmw.— No me expliques nada. No me expliques nada que no entiendo. Soy muy bruta para entender una cosa tan simple como el fuego.

Mog se golpeó con las manos contra los muslos.

—¡Otra vez! —elevó sus ojos al cielo.— ¡Ya empezamos otra vez con lo mismo!

—Yo sólo sirvo para estar metida acá dentro —siguió hablando como para sí misma Npmw.— Es para lo único que sirvo. Para lo único que sirve Npmw es para eso.

Mog dio un par de vueltas por dentro de la caverna, nervioso, y luego se apoyó contra una de las rocas de la entrada.

—Grog y Gmub dicen que el fuego servirá para cocinar —dijo. Ahora sí, Npmw lo miró.

—¿Para cocinar? —dijo, despectiva.

—Sí.

—Já —rió Npmw.

—¿Por qué te ríes? —se amoscó Mog.

—No saben ni siquiera qué es el fuego y dicen que servirá para cocinar.

—Ellos saben qué es el fuego —afirmó Mog.— Ellos lo descubrieron.

—¿Y si ellos sabían lo que era... —Npmw se volvió hacia Mog y puso sus manos en su cintura, desafiante—... por qué no les preguntaste qué era?

Mog la miró, haciendo rechinar sus dientes, sin saber bien qué responder.

—¡Por que yo estaba allí, viéndolo! —estalló luego— ¡No tenía por qué preguntarles qué era una cosa que estaba mirando frente a mí! ¡Si tú estás viendo un gliptodonte no le preguntas a nadie qué es eso, sabes que es un gliptodonte!

—Muy bien, muy bien —aprobó, irónica, Npmw.— Entonces... ¿Qué es el fuego?

—¡Yo sé qué es! —bramó Mog.— Pero me cuesta explicarlo. Y no les pregunté a Grog y Gmub porque bien sabes que no les gusta hablar sobre lo que descubren.

—¡Sí! —chilló Npmw.— ¡No les gusta hablar pero afirman que eso servirá para cocinar!

—¡Sí que servirá! ¡Grog dice que el pescado, por ejemplo, sabe mucho mejor puesto en el fuego!

Npmw contempló a Mog, silenciosa.

—¿Sabe, acaso, cocinar, Grog? Mog esbozó un visaje de duda.

—No sé. Pienso que sí —arriesgó al fin.

—¿Un cazador, un guerrero, y sabe cocinar? —agudizó Npmw.

—No es un cazador. Es un descubridor.

—¿Descubridor, Grog? —se rió Npmw. —¿Por qué lo llamas descubridor? ¿Porque lunas atrás encontró una fruta desconocida que casi nos enferma a todos y ahora descubre esto que cuentas y que ni siquiera se sabe qué es?

—¡Sí sé lo que es! —se plantó Mog en medio de la caverna. Npmw lo miró, ante el nuevo matiz de la conversación.

—¿Qué es?

—Es un color.

—¿Un color?

—Sí, un color —se cruzó de brazos Mog, ahora aliviado.

—¿Cómo, un color?

—Sí, un color. Pero un color solo. Salido de la cosa que puede recubrir.

Npmw continuaba mirándolo, interesada.

—Mira, Npmw —explicó Mog—. Todas las cosas tienen color, tú lo sabes. Las plantas son verdes, algunos animales son marrones. El cielo es azul. Bueno, el fuego es el color rojo, pero sin nada abajo. El color solo. ¿Has visto la sangre? Bueno, es roja. Si a la sangre le sacas el color, te quedan dos cosas. La sangre por un lado y el color rojo por el otro. Como si le sacases la piel a un saurio. El fuego es la piel de la sangre.

Npmw frunció el ceño. Volvió a dar cara a la carne que estaba machacando, pero el palo castigaba ahora, débilmente, el reborde de la piedra.

—La piel de la sangre —musitó.

—Por eso se mueve —asesoró Mog.— Como se mueve la sangre, si la has visto correr por el piso. Y es transparente, porque es un color. También es transparente el color celeste, del agua y del cielo, de lo contrario no veríamos a través de ellos.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó Npmw. Mog se encogió de hombros.

—Grog y Gmub me habían dicho que no lo contara a nadie —exclamó.

—¿Por qué?

Mog volvió a encogerse de hombros.

—No sé.

—Haber descubierto un color no parece tan importante —dijo Npmw.

Mog se marchó hacia el fondo de la caverna. Grog y Gmub no le habían dicho absolutamente nada. Pero a Mog le molestaba quedar como un ignorante frente a su mujer.

EL MONITO

a Osvaldo Ardizzone

Llore Monito, llore. Usted puede. A usted se le permite, que no es vergüenza llorar cuando las lágrimas tienen la pureza recóndita de aquello que llega desde el corazón que no quiere aflojar ante terceros. Tal vez, pibe, tal vez Monito, son las mismas lágrimas que, años atrás, no tantos quizás, usted tuvo que enjugar con el revés de la mano sucia de tierra en el fondo de la casita del patio con geranios y malvones de barrio Arroyito. Tal vez son las mismas lágrimas vertidas por la rabia, la impotencia, la vergüenza, ante el coscorrón justiciero de su viejita laburante cuando usted no llegaba a la hora establecida para tomar la leche.

¿Cómo iba a entender su madre, Monito, aquel cariño entrañable por la pelota de fútbol, que lo mantenía lejos de la casa, demorado en ese romance infantil con la de cuero, en los yuyales sabios del campito que no sabía de redes ni de cal, tras de la vía? ¿Cómo podía entender su viejo, pibe, su viejo, don Telmo, el genovés terco de canzonetta y nostalgia, su noviazgo purrete con la de gajos y ese lenguaje dulcemente nuestro de los túneles, la pisada, el chanfle, los taquitos y la rabona? Porque no era, no, una piba quinceañera, rubia y pizpireta, de ojos celestes como los de la pulpera de Santa Lucía, lo que a usted le impedía volver en el horario, a gritos reclamado por su madre. No era, no, Monito, el despertar púber del primer amor enredado en los últimos giros de un trompo o en la galleta enojosa del hilo de un barrilete, el que lo hacía terminar los deberes de la escuela a las corridas y escapar luego, gorrión ansioso, pájaro encendido, hacia la complicidad abierta de la calle, el griterío alborozado de los pibes y el llamado seductor de un taconeo. No Monito, lo suyo era más simple, como son simples las cosas que nacen del corazón y eluden las frías especulaciones de la mente. No. Lo suyo era tan sólo la caricia tierna de la capellada de su botín zurdo en la pelota, el toque, la volea, la suela que aprieta el fútbol indócil y lo convence, lo persuade, lo amaestra. Lo suyo era el amague, el pique corto, el freno seco, y el pecho amigo para que allí se durmiera la bella amada cuando caía desde el cielo como un globo cansado de volar sin rumbo cierto. ¡Mire qué fácil, pibe, que era aquello! De la misma forma en que el amor, el puro amor, se presenta, florece y crece como una flor nocturna, como un clavel del aire brotado en la luminosidad escasa de un pasillo, así creció en usted el sortilegio. Nadie le enseñó, como no se enseña el dolor ni la paciencia, ni se sabe de dónde surge el gusto por silbar o el de hablar bajo. Usted ya lo traía impreso, se lo digo, quizás desde el fondo de la historia de ese barrio que ha visto nacer a tantos ídolos y guarda en el aire la vibración, el eco, el reverbero de mil goles gritados en la tarde, atronando el cemento, quebrando la quieta y asombrada calma de su río. O lo aprendió como se aprenden estas cosas, mirando a los demás, tratando de atrapar con ojos asombrados el misterio metafísico del chanfle, la secreta ley física que hace que el balón vaya hacia allá y dé una vuelta. Por eso, por todo eso, pibe, no se inquiete si lo ven aflojar y su mirada se empaña como el cristal de una ventana cuando recibe el tamborileo sonoro de la lluvia. No. Llore Monito, llore. Usted puede. A usted se le permite.

Así lo soñó usted tal vez, un día, allá, aferrado a la almohada confidente de su cama, en la casita del patio con geranios y malvones, alguna de esas noches de verano cuando el calor aprieta y el sueño viene.

Ya está el mago de varita presta. Ya está el ilusionista sutil que hace creer en cosas que no existen y miente que en el dorso de su mano se ocultan pañuelos, palomas y barajas. Está en el medio de la cancha y su eterna enamorada, la pelota, parece que se ha ido y está inmóvil, simula emprender vuelo y no se aleja, o bien hace creer que se le escapa pero vuelve bajo la presión apenas ruda de la suela. Ahora el estadio enmudece, el mago muestra el juego. El Monito arranca y empieza el toque, el pelotazo sabio, el amague que argumenta una cosa y dice otra. De la zurda precisa del insider brotan conejos, luces multicolores, toques lujosos, las dos cortas sabidas y una larga, la cabeza alta, el ojo inquieto. El público se deleita. Ya la metió de nuevo bajo el pie, la mostró, "ahí la tenés, es tuya" ha dicho, pero no está más, la sacó, la puso en otro lado, la cambió

de lugar, la amarreteó de nuevo. Allá está el compañero, el wing derecho, no lo ha visto, pero gira y le pone el pelotazo desde cuarenta metros, en el pecho. Sólo faltan los clarines, los clarines, las fanfarrias, el galope incesante de los corceles blancos girando en torno de la cancha y las ecuyeres de pie sobre sus ancas.

Así lo soñó usted, tal vez, un día, Monito. Ya el espectáculo termina y, a pesar de la magia del insider, a pesar de sus moñas y regates, pibe, a pesar de las cuatro pelotas de gol que usted puso en los pies del centroforward, el partido se agosta en la chatura aburrida del empate. Pero faltaba, nomás, la carcajada. El cierre magistral, la pincelada justa que el artista deposita por fin sobre la tela e ilumina el azul, aviva grises y ruboriza la macilencia de los sepias. Faltaba nomás, la carcajada. Ese balón que llega de atrás, como un balazo. El pecho receptor del entrea la tan afecto a refrenar, mullido, el rebote previsto de la bola. Ya empieza la danza, el giro sobre un pie para enfrentar el arco y el resbalar mansamente de la globa del pecho a la rodilla y de allí al suelo. Allí, en la temible ferocidad del área, allí, donde la puerta de las dieciocho se convierte en muralla pertrechada, donde hay piernas, codos, tapones alevosos y guadaña, allí la puso en el piso el entrea. Allí, en esa media luna, en lo que algunos llaman la empanada, allí donde uno se olvida de la novia, del primer amor, de lo aprendido en la escuela, de la Vieja, "vení conmigo" le dijo el Monito a su amiga del alma. Y se metió en el área con pelota dominada.

No sé si hubo un caño o fueron cuatro. Quebró la cintura, pisó el cuero, pareció en un momento que pateaba, se le vinieron dos, se cerró el cuatro pero el Monito la llevaba atada.

Tal vez ya no me acuerdo, decime vos si miento, pero quedó frente al arquero y la puso en un rincón, de cachetada. No el cachetazo mordaz, el del reproche, sino el empujón cordial, el que te aprueba, la palmada que se le da a un pibe y se le dice "cruzá que yo te miro". La pelota entró pidiendo permiso y ni tocó la red de puro cauta. Luego, el pibe se fue hasta su tribuna y adentro de su puño apretó el gol, lo abrió de golpe y fue otra vez paloma y carcajada.

Llore Monito. Así lo soñó usted tal vez un día, en la casa de malvones y geranios del barrio Arroyito. Y se quedó en sueño nomás, no se dio nunca.

¡Tan bueno que parecía de purrete! Nunca llegó a jugar ni en la tercera. Y en el equipo que se arma en la oficina a veces lo ponen un rato y otras, nada. Está gordo, pibe, algo pelado. Y me han dicho que ni va a la cancha.

19 DE DICIEMBRE DE 1971

Sí, yo sé que ahora hay quienes dicen que fuimos unos hijos de puta por lo que hicimos con el viejo Casale, yo sé. Nunca falta gente así. Pero ahora es fácil decirlo, ahora es fácil. Pero había que estar esos días en Rosario para entender el fato, mi viejo, que hablar al pedo ahora habla cualquiera.

Yo no sé si vos te acordás lo que era Rosario en esos días anteriores al partido. ¡Y qué te digo "esos días"! ¡Desde semanas antes ya se venía hablando del partido y la ciudad era una caldera, porque eso era lo que era la ciudad! Claro, los que ahora hablan son esos turros que después vos los veías por la calle gritando y saltando como unos desgraciados, festejando en pedo a los gritos y después ahora te salen con que son... ¿qué son?... moralistas... ¿De qué se la tiran, hijos de mil putas? Ahora son todos piolas, es muy fácil hablar. Pero si vos vieras lo que era la ciudad en esos días, hermano, prendías un fósforo y volaba todo a la mierda. No se hablaba de otra cosa en los boliches, en la calle, en cualquier parte. Saltaban chispas, te aseguro. Y la cosa arrancó con el fato de las cábalas. O mejor dicho, de los maleficios.

Hay que entender que no era un partido cualquiera, hermano, era una final final. Porque si bien era una semifinal, el que ganaba después venía a jugar a Rosario y le rompía el culo a cualquiera. Fuera Central como Ñul, acá le hacía la fiesta a cualquiera. ¡Y cómo estaban los lepra! ¡Eso, eso tendrían que acordarse ahora los que hablan al reverendo pedo y nos vienen a romper las pelotas con el asunto del viejo Casale! ¿No se acuerdan esos turros cómo estaban los lepra? ¿No se acuerdan ahora, mi viejo? Había que aguantarlos porque se corrían una fija, pero una fija se corrían, hermano, que hasta creo que se pensaban que nos iban a llenar la canasta. No que sólo nos iban a hacer la colita sino que además nos iban a meter cinco, en el Monumental y para la televisión. ¡Pero por qué no se van a la concha de su madre! ¡Qué mierda nos van a hacer cinco esos culosroto! ¡Así se la comieron doblada! ¡Qué pija que tienen desde ese día y no se la pueden sacar!

Pero la verdad, la verdad, hermano, con una mano en el corazón, que tenían un equipazo, pero un equipazo, de padre y señor mío.

Hay que reconocerlo. Porque jugaban que daba gusto, el buen toque y te abrochaban bien abrochado. Estaba Zanabria, el Marito Zanabria; el Mono Obberti ¡Dios querido, el Mono Obberti, qué jugador! Silva el que era de Lanús, el albañil. ¡Montes! Montes de cinco; Santamaría, el Cucurucho Santamaría, qué sé yo, era un equipazo, un equipazo hay que reconocer, y la lepra se corría una fija. ¿Sabés cuántos había en la ruta a Buenos Aires, el día del partido? Yo no sé, eran miles, millones, yo no sé de dónde habían salido tantos leprosos. Si son cuatro locos y de golpe, para ese partido, aparecieron como hormigas los desgraciados. Todos fueron. ¡Lo que era esa ruta, papito querido! Entonces, oíme, había que recurrir a cualquier cosa. Hay partidos que no podés perder, tenés que ganar o ganar. No hay tutía. Entonces si a mí me decían que tenía que matar a mi vieja, que había que hacer cagar al presidente Kennedy, me daba lo mismo, hermano. Hay partidos que no se pueden perder. ¿Y qué? ¿Te vas a dejar basurear por estos soretes para que te refrieguen después la bandera por la jeta toda la vida? No, mi viejo. Entonces, ahí, hay que recurrir a cualquier cosa. Es como cuando tenés un pariente enfermo ¿viste? tu vieja, por ejemplo, que por ahí sos capaz hasta de ir a la iglesia ¿viste? Y te digo, yo esa vez no fui a la iglesia, no fui a la iglesia porque te juro que no se me ocurrió, mirá vos, que si no... te aseguro que me confesaba y todo si servía para algo. Pero con los muchachos enganchamos con la cuestión de las brujerías, de la ruda macho, de enterrar un sapo detrás del arco de Fenoy, de tirar sal en la puerta de los jugadores de Ñubel y de todas esas cosas que siempre se habla. Por supuesto que todas las brujas del barrio ya estaban laburando en la cosa y había muñecos con camiseta de Ñubel clavados con alfileres, maldiciones pedidas por teléfono y hasta mi vieja que no manya mucho del asunto tenía un pañuelo atado desde hacía como diez días, de esos de "Pilato, Pilato, si no gana Central en River no te desato". Después la vieja decía que habíamos ganado por ella, pobre vieja, si hubiera sabido lo del viejo Casale, pero yo le decía que sí para no desilusionarla a la vieja.

Pero todo el fato de la ruda macho y el sapo de atrás del arco eran, qué sé yo, cosas muy generales, ya había tipos que lo estaban haciendo y además, el partido era en el Monumental y no te vas a meter en la pista olímpica a enterrar un sapo porque vas en cana con treinta cadenas y

no te saca ni Dios después, hermano. Entonces, me acuerdo que empezamos con la cosa de las cábalas personales. Porque me acuerdo que estábamos en el boliche de Pedro y veníamos hablando de eso. Entonces, por ejemplo, resolvimos que a Buenos Aires íbamos a ir en el auto del Dani porque era el auto con el que habíamos ido una vez a La Plata en un partido contra Estudiantes y que habíamos ganado dos a cero. Yo iba a llevar, por supuesto, el gorrito que venía llevando a la cancha todos los últimos partidos y no me había fallado nunca el gorrito. A ése lo iba a llevar, era un gorrito milagroso ése. El Coqui iba a ir con el reloj cambiado de lugar, o sea en la muñeca derecha y no en la izquierda, porque en un partido contra no sé quién se lo había cambiado en el medio tiempo porque íbamos perdiendo y con eso empatamos. O sea, todo el mundo repasó todas las cábalas posibles como para ir bien de bien y no dejar ningún detalle suelto. Te digo más, estuvimos como media hora discutiendo cómo mierda estábamos parados en la tribuna en el partido contra Atlanta para pararnos de la misma manera en el partido contra la lepra. El boludo de Michi decía que él había estado detrás del Valija y el Miguelito porfiaba que el que había estado detrás del Valija era él. Mirá vos, hasta eso estudiamos antes del partido, para que veas cómo venía la mano en esos días. ¿Y sabés qué te lleva a eso, hermano, sabés qué te lleva a eso? El cagazo, hermano, el cagazo, el cagazo te lleva a hacer cualquier cosa, como lo que hicimos con el viejo Casale.

Porque si llegábamos a perder, mamita querida, nos teníamos que ir de la ciudad, mi viejo, nos teníamos que refugiarnos en el extranjero, te juro, no podíamos volver nunca más acá. Íbamos a parecer esos refugiados camboyanos que se tomaron el piro en una balsa. Te juro que si perdíamos nosotros agarrábamos el "Ciudad de Rosario" y por acá, por el Paraná, nos teníamos que ir todos, millones de canallas, no sé, a Diamante, a Perú, a Cuzco, a la concha de su madre, pero acá no se iba a poder vivir nunca más con la cargada de los leprosos putos, mi viejo. Ya el Miguelito había dicho bien claro que él se la daba, que si perdíamos agarraba un bufo y se volaba la sabiola y te digo que el Miguelito es capaz de eso y mucho más porque es loco el Miguelito, así que había que creerle. O hacerse puto, no sé quién había comentado la posibilidad de hacerse trolo y a otra cosa mariposa, darle a las plumas y salir vestido de loca por Pellegrini y no volver nunca más a la casa. Pero, te digo, nadie quería ni siquiera sentir hablar de esa posibilidad. Ni se nombraba la palabra "derrota".

Era como cuando se habla del cáncer, hermano. Vos ves que por ahí te dicen "la papa", o "tiene otra cosa", "algo malo", pero el cangrejo, mi viejo, no te lo nombra nadie. Y ahí fue cuando sale a relucir lo del viejo Casale.

El viejo Casale era el viejo del Cabezón Casale, un pibe que siempre venía al boliche y que durante años vino a la cancha con nosotros pero que ya para ese entonces se había ido a vivir al norte, a Salta creo, lo vi hace poco por acá, que estaba de paso. Y ahí fue que nos acordamos de que un día, en la casa del Cabezón, el viejo había dicho que él nunca, pero nunca, lo había visto perder a Central contra Ñul. Me acuerdo que nos había impresionado porque ese tipo era un privilegiado del destino. Aunque al principio vos te preguntás, "¿Cómo carajo hizo este tipo para no verlo perder nunca a Central contra Ñul? ¿Qué mierda hizo? Este coso no va nunca a la cancha". Porque, oíme alguna vez lo tuviste que ver perder, a menos que no vayas a los clásicos. Y ojo que yo conozco muchos así, que se borran bien borrados de los clásicos. O que van en Arroyito, pero que a la cancha del Parque no van en la puta vida. Y me acuerdo que le preguntamos eso al viejo y el viejo nos dijo que no, y nos explicó. Él iba siempre, un fana de Central que ni te cuento, pero se había dado, qué sé yo, una serie de casualidades que hicieron que en un montón de partidos con Ñul él no pudiera ir por un montón de causas que ni me acuerdo. Que estaba de viaje por Misiones —el viejo era comisionista—; que ese día se había torcido un tobillo y no podía caminar, que estaba engripado, que le dolía un huevo, qué sé yo, en fin, la verdad, hermano, que el viejo la posta posta era que nunca le había tocado ver un partido en que la lepra nos hubiera roto el orto. Era un privilegiado el viejo y además, un talismán, querido, porque así como hay tipos mufa que te hacen perder partidos adonde vayan, hay otros que si vos los llevás es número puesto que tu equipo gana. No es joda. Y el viejo Casale era uno de éstos, de los ojetudos.

Entonces ahí nos dijimos "Este viejo tiene que estar en el Monumental contra Ñubel. No puede ser de otra forma. Tiene que estar".

Claro, dijimos, seguro que va a estar, si es fana de Central, canalla a muerte. Pero nos agarró como la duda ¿viste? porque nosotros no era que lo veíamos todos los días al viejo, te digo más, desde que el Cabezón se había ido al norte a laburar, al viejo de él no lo habíamos vuelto a ver ni en la cancha, ni en la calle ni en ninguna parte. Además, el viejo ya estaba bastante

veterano porque debía tener como ochenta pirulos por ese entonces. Bah, en realidad ochenta no, pero sus sesenta, sesenta y cinco años los tenía por debajo de las patas.

Entonces, con el Valija, el Colorado y el Miguelito decimos "vamos a la casa del viejo a asegurarnos que va y si no va lo llevamos atado". Porque también podía ser que el viejo no fuera porque no tuviera guita, qué sé yo. Nosotros ya habíamos pensado en hacer una rifa a beneficio, una kermesse, cualquier cosa. El viejo tenía que ir, era una bandera, un cheque al portador.

La cuestión es que vamos a la casa y... ¿a qué no sabés con lo que nos sale el viejo? Que andaba mal del bobo y que el médico le había prohibido terminantemente ir a la cancha, mirá vos. Nos sale con eso. Que no. Que había tenido un infarto en no sé qué partido, en un partido de mierda después que una pelota pegó en un palo, que había estado muerto como media hora y lo habían salvado entre los indios con respiración artificial y masajes en el cuore, que no había clavado la guampa de puro pedo y que le había quedado tal cagazo que no había vuelto a ir a la cancha desde hacía ya, mirá lo que te digo, dos años.

¡Hacia dos años que no iba a la cancha el viejo ese! Y no era sólo que él no quería ir sino que el médico y, por supuesto, la familia, le tenían terminantemente prohibido ir, lógicamente. No sé si no le prohibían incluso escuchar los partidos por radio, no sé si no se lo prohibían, para que no le pateara el bobo, porque parece que el viejo escuchaba un pedo demasiado fuerte y se moría, tan jodido andaba. Vos le hacías ¡Uh! en la cara y el viejo partía. ¡Para qué! Te imaginás nosotros, la desesperación, porque eso era como un presagio, un anuncio del infierno, hermano, era un preanuncio de que nos iban a hacer cagar en Buenos Aires, mi viejo. Entonces empezamos a tratar de hacerle la croqueta al viejo, a convencerlo, a decirle "Pero mire, don Casale, usted tiene que estar, es una cita de honor. ¡Qué va a estar mal usted del cuore, si se lo ve cero kilómetro! Vamos, don Casale —me acuerdo que lo jodia Miguelito— ¿cuántos polvos se echa por día? usted está hecho un toro". Pero el viejo, ni mierda, en la suya. Que no y que no.

Le decíamos que el partido iba a ser una joda, que Ñubel tenía un equipo de mierda y que ya a los quince minutos íbamos a estar tres a cero arriba, que el partido era una mera formalidad, que el gobierno ya había decidido que tenía que ganar Central para hacer feliz a mayor cantidad de gente. No sé, no sé la cantidad de boludeces que le dijimos al viejo para convencerlo. Pero el viejo nada, una piedra el hijo de puta. Para colmo ya habían empezado a rondar la mujer del viejo, madre del Cabezón, y una hermana del Cabezón, que querían saber qué carajo queríamos decirle nosotros al viejo en esa reunión, porque medio que ya se sospechaban que nosotros no íbamos para nada bueno. En resumen que el viejo nos dijo que no, que ni loco, que ni siquiera sabía si iba a poder resistir la tensión de saber que se jugaba el partido, aun sin escucharlo. Porque el viejo los diarios los leía, tan boludo no era, y sabía cómo venía la mano, cómo era la cosa, cómo formaban los equipos, suplentes, historial, antecedentes, chaquetillas, color, todo. Nos dijo más. "Ese día —nos dijo— bien temprano, antes de que empiecen a pasar los camiones y los ómnibus con la gente yendo para Buenos Aires, yo me voy a la quinta de un hermano mío que vive en Villa Diego". No quería escuchar ni los bocinazos el viejo. "Me voy tempranito a lo de mi hermano, que a mi hermano le importa un sorete el fútbol, y me paso el día ahí, sin escuchar radio ni nada". Porque el viejo decía y tenía razón, que si se quedaba en la casa, por más que se encerrara en un ropero, algo iba a oír, algún grito, algún gol, alguna cosa iba a oír, pobre desgraciado, y se iba a quedar ahí mismo seco en el lugar. Así que se iba a ir a radicar en la quinta de ese hermano que tenía, para borrar del asunto.

Muy bien, muy bien. Te digo que salimos de allí hechos bosta porque veíamos que la cosa venía muy mal. Casi era ya un dato seguro como para decir que éramos boleta. Para colmo, al Valija, el día anterior le había caído una tía del campo y él se acordaba que, en un partido que perdimos con San Lorenzo, esa misma tía le había venido el día antes. Era un presagio funesto el de la tía.

Fue cuando decidimos lo del secuestro. Nos fuimos al boliche y esa noche lo charlamos muy seriamente. El Dani decía que no, que era una barbaridad, que el viejo se nos iba a morir en el viaje, o en la cancha, y después se iba a armar un quilombo que íbamos a terminar todos en cana y que, además, eso sería casi un asesinato. Pero al Dani mucha bola no le dimos porque ha sido siempre un exagerado y más que un exagerado, medio cagón el Dani. Pero nosotros estábamos bien decididos y más que nada por una cosa que dijo el Valija: el viejo estaba diez puntos. Había tenido un infarto, es cierto. Pero hay miles de tipos que han tenido un infarto y vos los ves caminando tranquilamente por la yeca y sin hacer tanto quilombo como este viejo pelotudo, con eso de meterse adentro de un ropero, o no ir a la cancha, o dejar que te rigoree la familia como la esposa y la otra, la hermana del Cabezón. Por otra parte, y vos lo sabés, los

médicos son unos turros pero unos turros que se ve que lo querían hacer durar al viejo mil años para sacarle guita, hacerle experimentos y chuparle la sangre. Y además, como decía el Miguelito y eso era cierto, vos lo veías al viejo y estaba fenómeno. Con casi sesenta años no te digo que parecía un pendejo pero andaba lo más bien. Caminaba, hablaba, se sentaba, qué sé yo, se movía. ¡Chupaba! Porque a nosotros nos convidó con Cinzano y el viejo se mandó su medidita, no te digo un vasazo pero su medidita se mandó. La cosa es que el Miguelito elaboró una teoría que te digo, aún hoy, no me parece descabellada. ¡El viejo era un turro, hermano! Un turrado que especulaba con el fato del bobo para pasarla bien y no laborarla nunca más en la vida de Dios. Con el sover del bobo no ponía el lomo, lo atendían a cuerpo de rey y la tenía a la vieja y a la hermana del Cabezón pendientes de él viviendo como un bacán, el viejo. Y... ¿de qué se privaba? De algún faso; que no sé si no fasearía escondido; y de no ir a la cancha. Fijate vos, eso era todo. Y vivía como Carolina de Monaco el otario. Bueno, con ese argumento y lo que dijo el Colorado se resolvió todo.

El Colorado nos habló de los grandes ideales, de nuestra misión frente a la sociedad, de nuestro deber frente a las generaciones posteriores, los pendejos. Nos dijo que si ese partido se perdía, miles y miles de pendejos iban a sufrir las consecuencias. Que, para nosotros, y eso era verdad, iba a ser muy duro, pero que nosotros ya estábamos jugados, que habíamos tenido lo nuestro y que, de últimas, teníamos experiencias en malos ratos y fulerías. Pero los pibes, los pendejitos de Central, éstos, iban a tener de por vida una marca en sus vidas que los iba a marcar para siempre, como un fierro caliente. Que las cargadas que iban a recibir esos pibes, esas criaturas, en la escuela, los iban a destrozar, les iban a pudrir el bocho para siempre, iban a ser una o dos generaciones de tipos hechos bolsa, disminuidos ante los leprosos, temerosos de salir a la calle o mostrarse en público. Y eso es verdad, hermano, porque yo me acuerdo lo que eran las cargadas en la escuela primaria, sobre todo.

Yo me acuerdo cuando perdimos cinco a tres con la lepra en el Parque después de ir ganando dos a cero, cuando se vendió el Colorado Bertoldi, que todavía se estará gastando la guita, y te juro que yo por una semana no me pude levantar de la cama porque no me atrevía a ir a la escuela para no bancarme la cargada de los lepra. Los pibes son muy hijos de puta para la cargada, son muy crueles. ¿No viste cómo descuartizan bichos, que agarran una langosta y le sacan todas las patas? Son unos hijos de puta los pibes en ese sentido. Y lo que decía el Colorado era verdad. Ahora todo el mundo habla de la deuda externa, y bueno, hermano, eso era algo así como lo de la deuda externa, que por la cagada de cuatro reverendos hijos de puta que empeñaron el país, la tenemos que pagar todos y los hijos y los hijos de nuestros hijos. Y si estaba en nosotros hacer algo para que eso no pasara, había que hacerlo, mi querido. Además, como decía el Colorado, ya no era el problema de la cargada de los pendejos ñubelistas, está también el fato del exitismo. Los pibes ven que gana un equipo y se hacen hinchas de ese equipo, son así, casquivanos. Son hinchas del campeón. Entonces, ponele que hubiese ganado Ñubel y... ¡a la mierda!... de ahí en más todos los pibes se hacían de Ñubel, ponele la firma. Y no te vale de nada llevarlos a la cancha, conversarlos, hablarles del Gitano Juárez o el Flaco Menotti, ni comprarles la camiseta de Central apenas nacen. No te vale de nada. Los pendejos ven que sale River campeón y son de River. Son así. Y en ese momento no era como ahora que, mal que mal, vos los llevás al Gigante y los pibes se caen de culo. Entonces, cuando van al chiquero del Parque, por mejor equipo que pueda tener Ñul, los pibes piensan "Yo no puedo ser hinchas de esta villa miseria" y se hacen de Central. Porque todo entra por los ojos y vos ves que ahora los pibes por ahí ni siquiera han visto jugar a Central o a Ñul y ya se hacen hinchas de Central por el estadio. Es otra época, los pendejos son más materialistas, yo no sé si es la televisión o qué, pero la cosa es que se van de boca con los edificios.

Entonces la cosa estaba clara, había que secuestrar al viejo Casale, o si no aguantarse que quince, veinte años después, hoy por ejemplo, la ciudad estuviese llena de leprosos nacidos después de ese partido, y esto hoy ¿sabés lo que sería? Beirut sería un proto al lado de esto, hermano, te juro.

El que organizó la "Operación Eichmann", como la llamamos, fue el Colorado. La llamamos así por ese general alemán, el torturador, que se chorearon de acá una vez los judíos ¿viste? y lo nuestro era más o menos lo mismo. El Colorado es un tipo muy cerebral, que le carbura muy bien el bocho y él organizó todo. El Colorado ya no estaba para ese entonces en la O.C.A.L.. La O.C.A.L., no sé si sabés, es una organización de acá, de Rosario, que se llama así porque son iniciales, O.C.A.L. "Organización Canalla Anti Lepra". Son un grupo de ñatos como el Ku-Klux-Klan, más o menos, que se reúnen en reuniones secretas y no sé si no van con capucha

y todo a las reuniones, o si queman algún leproso vivo en cada reunión. Mirá, yo no sé si es requisito indispensable ser hinchas de Central, pero seguro seguro, lo que tenés que hacer es odiar a los lepra. Tenés que odiar más a los lepra que lo que querés a Central.

Hacen reuniones, escriben el libro de actas, piensan maldades contra los lepra, festejan fechas patrias de partidos que les hemos ganado, tienen himnos, son como esos tipos, los masones esos, que nadie sabe quiénes son. Andan con antorchas. Bueno, de la O.C.A.L., de la O.C.A.L. al Colorado lo echaron por fanático, con eso te digo todo. Pero es un bocho el Colorado y él fue el que organizó todo el operativo.

Y te la cuento porque es linda, te la cuento porque es linda, no sé si un día de estos no aparece en el "Selecciones" y todo. Averiguamos qué ómnibus iba para Villa Diego, adonde tenía la quinta el hermano del viejo Casale. Desde donde vivía el viejo, ahí por San Juan al mil cuatrocientos, lo único que lo dejaba en ese entonces, si mal no recuerdo, era el 305 que pasaba por la calle San Luis. O sea que el viejo tenía que tomarlo en San Luis-Paraguay o San Luis-Corrientes, no más allá de eso a menos que fuera muy pelotudo y lo fuera a tomar a Bulevar Oroño que no sé para qué mierda iba a hacer eso. Ahora, la duda era si el viejo se iba a ir en ómnibus o en auto, porque si se iba en auto nos recagaba, pero nos jugábamos a que se iba a ir en ómnibus porque auto no tenía y seguro que el hermano tampoco tenía porque debía ser un muerto de hambre como él, seguramente. Y te digo que la cosa venía perfecta, porque el viejo nos había dicho que iba a salir bien temprano para no infartarse con las bocinas o sea que nosotros podíamos combinarlo con el horario de salida nuestra para el partido. Porque también nos cagaba si salía a la una de la tarde para Villa Diego porque después ¿cómo llegábamos nosotros a Buenos Aires para la hora del partido con el quilombo que era la ruta y en un ómnibus de línea? Lo más probable es que nos hiciéramos pelota en el camino por ir a los pedos. Y por otra parte, hermano, Villa Diego queda saliendo para Buenos Aires o sea que la cosa estaba clavada, era posta posta.

Después hubo que hablar con los otros muchachos, porque convencer al Rulo no nos costó nada, a él le daba lo mismo y, además, le contamos los entretelones del asunto. Te digo que el Colorado manejó la cosa como un capo, un maestro. El asunto era así, el Rulo es un fana amigo de Central que tiene un par de ómnibus, está muy bien el Rulo. Y en esa época tenía un par de coches en la línea 305. Fue un ojete así de grande, porque si no teníamos que conseguir otro coche, cambiarle el color, pintarlo, qué sé yo, ponerle el número, un laburo bárbaro. Pero el Rulo tenía dos 305 y con uno de éstos ya tenía pensado pirarse para el Monumental el día del partido y más bien que se llevaba como mil monos que también iban para allá. Lo sacaba de servicio y que se fueran todos a la reputísima madre que los parió, no iba a perderse el partido ese.

Entonces, el Rulo, con los monos arriba y nosotros, tenía que estar con el ómnibus preparado, el motor en marcha, por España, estacionado. Y el Miguelito se ponía de guardia, tomando un café, justo en un boliche de ahí cerca desde donde veían la puerta de la casa del viejo Casale. Creo que a las cinco, nomás, de la mañana, ya estaba el Miguelito apostado en el boliche haciéndose el boludo y junando para la casa del viejo. Te juro que ni los tupamaros hubieran hecho un operativo como ése, hermano. Fue una maravilla.

Apenas vio que salía el viejo con una canastita donde seguro se llevaba algún matambre casero, algo de eso, el pobre viejo, el Miguelito cazó una Vespa que tenía en ese entonces, dio la vuelta a la manzana y nos avisó. Cargó la moto en el ómnibus, en la parte de atrás, detrás de los últimos asientos y nos pusimos en marcha.

Ya les habíamos dicho a tres o cuatro pendejos, de esos quilomberos de la barra, que se hicieran bien los sotas, que no dijeran ni media palabra y se hicieran los que apolijaban. Nosotros también, para que no nos reconociera el viejo, estábamos en los asientos traseros, haciéndonos los dormidos, incluso con la cara tapada con algún pulóver, como si nos jodiera la luz, o con algún piloto.

Te digo que el día había amanecido frío y lluvioso, como la otra fecha patria, el 25 de Mayo. Además, el quilombo había sido guardar y esconder todas las banderas, las cornetas, las bolsas con papelititos, los termos, todo eso. Uno de los muchachos llevaba una bandera de la gran puta que medía 52 metros ¡52 metros, loco! Media cuadra de bandera que decía "Empalme Graneros presente" y tuvimos que meterla debajo de un asiento para que el viejardo no la vichara.

La cosa es que el viejo subió medio dormido y se sentó en uno de los asientos de adelante que ya habíamos dejado libre a propósito para que no viera mucho del ómnibus. Rulo le cobró boleto y todo. Y nadie se hablaba como si no nos conociéramos. Y como el ómnibus iba haciendo el recorrido normal, el viejo iba lo más piola, mirando por la ventanilla. La cuestión es que

llegamos a Villa Diego y el viejo tranquilo. Cada tanto, cuando nos pasaba algún auto con banderas en el techo, tocando bocina, el viejo miraba a los que tenía cerca y movía la cabeza como diciendo "¡Mirá vos!".

Se ve que tenía unas ganas de hablar pero nadie quería darle mucha bola para no pisarse en una de éstas. Así que nos hacíamos todos los dormidos. Parecía que habían tirado un gas adentro de ese ómnibus hermano. Como cuando se muere algún ñato ¿viste? que se queda a apoliyar en el auto con el motor prendido y lo hace cagar el monóxido de carbono, creo. Bueno, así parecía que a nosotros nos había agarrado el monóxido de carbono. Pero, cuando llegamos a Villa Diego, por ahí el viejo se levanta y le dice al Rulo "En la esquina, jefe". Y yo no sé qué le dijo el Rulo, algo de que ahí no se podía parar, que estaba cerrado el tráfico, que había que seguir un poco más adelante y el viejo se la comió, pero se quedó paradito al lado de la puerta. Al rato, por supuesto, de nuevo el viejo, "En la esquina". Ahí ya el Rulo nos miró, porque se le habían acabado los versos. Y ahí, hermano... ¡vos no sabés lo que fue eso! Fue como si nos hubiésemos puesto todos de acuerdo y te juro que ni siquiera lo habíamos hablado. Empezaron los muchachos a desplegar las banderas, a sacar las cornetas y las banderas por la ventana, y a los gritos, hermano, "¡Soy canalla, soy canalla!" por las ventanas.

Pero no para el lado del viejo, el pobre viejo, que la cara que puso no te la puedo describir con palabras, sino para afuera, porque los grones, con lo quilomberos que son, se habían ido aguantando hasta ahí sin gritar ni armar quilombo para no deschavarse con el viejo, pero cuando llegó el momento agarraron las banderas, empezaron a sacar los brazos y golpear las chapas del costado del ómnibus y también el Rulo empezó a seguir el ritmo con la bocina.

¿Viste esas películas de cowboy, cuando los choros van a asaltar una carreta donde parece que no hay nadie, o que la maneja nada más que un par de jovatos y de golpe se abren los costados y aparecen 17.000 soldados que los cagan a tiros? ¿Que levantan la lona y estaban todos adentro haciéndose los sotas? Bueno, ese ómnibus debió ser algo así. De golpe se transformó en un quilombo, un escándalo, una de gritos, de bocinazos, cornetas, una joda. ¡Y la gente al lado de la ruta! Porque desde la madrugada ya había gente a los costados de la ruta esperando que pasaran las caravanas de hinchas. Era para llorar, eso, conmovedor, te saludaban, gritaban, levantaban los puños, por ahí algún lepra, a las pérdidas, te tiraba un cascotazo... Pero vuelvo al viejo, el viejo, no sabés la caripela que puso. Porque nosotros lo estábamos mirando porque decíamos: éste es el momento crucial. Ahí el viejo o cagaba la fruta, el corazón se le hacía bosta, o salía adelante. El viejo miraba para atrás, a todos los monos que saltaban y cantaban y no lo podía creer. Se volvió a sentar y creo que hasta San Nicolás no volvió a articular palabra. Te digo que el Rábano, el hijo de la Nancy ya se había ofrecido a hacerle respiración boca a boca llegado el caso, que era algo a lo que todos, mal que mal, le habíamos esquivado el bulto porque, qué sé yo, te da un poco de asco, además con un viejo.

Pero mirá, te la hago corta. Mirá, cuando el viejo ya vio que no había arreglo, que no había posibilidad de que lo dejáramos bajar del ómnibus, se entregó, pero se entregó entregó. Porque, al principio, nosotros nos acercamos y nos reputeó, nos dijo que éramos unos irresponsables, unos asesinos, que no teníamos conciencia, que era una vergüenza, qué sé yo todo lo que nos dijo. Pero después, cuando nosotros le dijimos que él estaba perfecto, que estaba hecho un toro, que si se había bancado la sorpresa del ómnibus quería decir que ese cuore se podía bancar cualquier cosa, empezó a tranquilizarse. El Colorado llegó a decirle que todo era una maniobra nuestra para demostrarle que él estaba perfectamente sano y que incluso el médico estaba implicado en la cosa.

Mirá hermano, y créeme porque es la pura verdad ¿qué intención puedo tener en mentirte, hoy por hoy? mucho antes ya de entrar en Buenos Aires ese viejo era el más feliz de los mortales, te lo digo yo y te lo juro por la salud de mis hijos. El viejo cantaba, puteaba, chupaba mate, comía facturas, gritaba por la ventana y a la cancha se bajó envuelto en una bandera. No había, en la hinchada, un tipo más feliz que él. Vino con nosotros a la popu y se bancó toda la espera del partido, que fue más larga que la puta que lo parió y después se bancó el partido. Estaba verde, eso sí, y había momentos en que parecía que vos lo pinchabas con un alfiler y reventaba como un sapo, porque yo lo relojeaba a cada momento. Y después del gol del Aldo, yo lo busqué, lo busqué, porque fue tal el quilombo y el desparramo cuando el Aldo la mandó adentro que yo ni sé por dónde fuimos a caer entre las avalanchas y los abrazos y los desmayos y esas cosas. Pero después miré para el lado del viejo y lo vi abrazado a un grandote en musculosa casi trepado arriba del grandote, llorando. Y ahí me dije: si éste no se murió aquí, no se muere más. Es inmortal. Y después ni me acordé más del viejo, que lo que alambremos, lo que

cortamos clavos, los fierros que cortamos con el upite, hermano, ni te la cuento. Eso no se puede relatar, hermano, porque rezábamos, nos dábamos vueltas, había gente que se sentaba entre todo ese quilombo porque no quería ni mirar. Porque nos cagaron a pelotazos, ya el segundo tiempo era una cosa que la tenían siempre ellos y ¿sabés qué era lo fulero, lo terrible? ¡Qué si nos empataban nos ganaban, hermano, porque ésa es la justa! ¡Nos ganaban esos hijos de puta! ¡Nos empataban, íbamos a un suplementario y ahí nos iban a hacer refusilar el orto porque estaban más enteros y se venían como un malón los guachos! ¡Qué manera de alambrar! Decí que ese día, Dios querido, yo no sé que tenía el flaco Menutti que sacó cualquier cosa, sacó todo, vos no quieras creer lo que sacó ese día ese flaco enclenque que parecía que se rompía a pedazos en cada centro. Le sacó un cabezazo de pique al suelo a Silva que lo vimos todos adentro, hermano, que era para ir todos en procesión y besarle el culo al flaco ése ¡qué pelota le sacó a Silva! Ahí nos infartamos todos, faltaban cinco minutos y si nos empataban, te repito, éramos boleta en el suplementario. Me acuerdo que miro para atrás y lo veo al viejo, blanco, pálido, con los ojos desenchajados, pobrecito, pero vivo.

Y ahora yo te digo, te digo y me gustaría que me contesten todos esos que ahora dicen que fue una hijaputez lo que hicimos con el viejo Casale ese día. Me gustaría que alguno de esos turrillos me contestara si alguno de ellos lo vio como lo vi yo al viejo Casale cuando el referí dio por terminado el partido, hermano. Que alguno me diga si, de puta casualidad, lo vio al viejo Casale como lo vi yo cuando el referí dio por terminado el partido y la cancha era un infierno que no se puede describir en palabras. Te digo que me gustaría que alguien me diga si alguien lo vio como lo vi yo. ¡La cara de felicidad de ese viejo, hermano, la locura de alegría en la cara de ese viejo! ¡Que alguien me diga si lo vio llorar abrazado a todos como lo vi llorar yo a ese viejo, que te puedo asegurar que ese día fue para ese viejo el día más feliz de su vida, pero lejos lejos el día más feliz de su vida, porque te juro que la alegría que tenía ese viejo era algo impresionante! Y cuando lo vi caer al suelo como fulminado por un rayo, porque quedó seco el pobre viejo, un poco que todos pensamos; "¡Qué importa!" ¡Qué más quería que morir así ese hombre! ¡Esa es la manera de morir para un canalla! ¿Iba a seguir viviendo? ¿Para qué? ¿Para vivir dos o tres años rasposos más, así como estaba viviendo, adentro de un ropero, basureado por la esposa y toda la familia? ¡Más vale morir así, hermano! Se murió saltando, feliz, abrazado a los muchachos, al aire libre, con la alegría de haberle roto el orto a la lepra por el resto de los siglos! ¡Así se tenía que morir, que hasta lo envidio, hermano, te juro, lo envidio! ¡Porque si uno pudiera elegir la manera de morir, yo elijo ésa, hermano! Yo elijo ésa.